

Entre el desarrollo alternativo y las alternativas al desarrollo para el sector rural en México Posturas diversas

Libro electrónico

Boris Marañón Pimentel
Hilda Caballero Aguilar
(coordinadores)



**ENTRE EL DESARROLLO ALTERNATIVO
Y LAS ALTERNATIVAS AL DESARROLLO
PARA EL SECTOR RURAL EN MÉXICO
POSTURAS DIVERSAS**



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

Rector

Dra. Patricia Dávila Aranda

Secretaria General

Dr. Tomás Humberto Rubio Pérez

Secretario Administrativo

Dr. Miguel Armando López Leyva

Coordinador de Humanidades



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS

Dr. Armando Sánchez Vargas

Director

Dr. José Manuel Márquez Estrada

Secretario Académico

Dra. Nayeli Pérez Juárez

Secretaria Técnica

Mtra. Graciela Reynoso Rivas

Jefa del Departamento de Ediciones

ENTRE EL DESARROLLO ALTERNATIVO Y LAS ALTERNATIVAS AL DESARROLLO PARA EL SECTOR RURAL EN MÉXICO POSTURAS DIVERSAS

Boris Marañón Pimentel

Hilda Caballero Aguilar

(coordinadores)



"UNAM, rumbo al medio milenio..."



Primera edición digital en pdf, abril 2026

D. R. © UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Ciudad Universitaria, Coyoacán,

04510, Ciudad de México.

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS

Circuito Mario de la Cueva s/n

Ciudad de la Investigación en Humanidades

04510, Ciudad de México.

ISBN: 978-607-642-809-2

Diseño de portada: Laura Elena Mier Hughes.

Cuidado de la edición: Departamento de Ediciones.

Preparación y cuidado editorial del libro electrónico: Salvador Ramírez.

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Esta obra fue arbitrada por pares académicos en un proceso doble ciego, a cargo del Comité Editorial de Publicaciones No Periódicas del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM.

Las opiniones expresadas en cada uno de los trabajos son de exclusiva responsabilidad de las autoras y de los autores.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Hecho en México

ÍNDICE

Introducción 9

I. LA CRÍTICA AL “DESARROLLO” CAPITALISTA

1. Crítica y alternativas al “desarrollo”. Una nueva propuesta de sociedad desde el horizonte de sentido histórico alternativo de los buenos vivires descoloniales

Boris Marañón e Hilda Caballero 19

2. Alcances y límites de la política pública para el desarrollo rural de México, 1990-2024

Argelia Salinas 45

II. PROPUESTAS ALTERNATIVAS. ESTUDIOS DE CASO

3. La economía campesina en México: una racionalidad económica y tecnológica distinta

Ismael Núñez 71

4. Resiliencia de hogares rurales del Pacífico mexicano

Sophie Ávila-Foucat, Uberto Salgado, Cristina González y Ulises Sánchez 97

5. Alternativas de trabajo y de vida en el campo mexicano.

La cooperativa Ya Munts'i B'ehña (Mujeres Reunidas) en Hidalgo
Hilda Caballero 125

**6. Tosepan Titataniske, Cuetzalan, México: saberes y prácticas
de formas convivenciales de gobierno, “economía” y “sustentabilidad”**

Boris Marañón 157

III. REFLEXIONES FINALES

Reflexiones finales

Boris Marañón e Hilda Caballero 185

Semblanzas 187

Después de más de siete décadas de promoción del “desarrollo” capitalista por parte del presidente de Estados Unidos Harry Truman, en 1949, podemos constatar que este proceso ha sido desigual entre países y al interior de los mismos, igual que entre regiones y localidades, y ha generado cada vez menos prosperidad en reducidos sectores de la población, sobre todo en los llamados “países desarrollados”, y una creciente pobreza para amplios sectores, sobre todo en los desde entonces denominados “países subdesarrollados” y, de manera alarmante, en los sectores rurales. Estos contrastes en las condiciones de vida de la población y sus territorios se exacerbaban en la fase neoliberal del capitalismo global, que se orientó en especial a satisfacer las demandas del mercado mundial, y se impulsó la desregulación de la economía y la privatización de las empresas y los servicios estatales, lo que incrementó las desigualdades internas y la pobreza, en particular en América Latina.

En el caso de México, la disminución del apoyo y la promoción del Estado a las actividades productivas en el campo se tradujo en falta de incentivos para el trabajo en la pequeña producción agrícola campesina-indígena, que es la que sostiene en gran parte los sistemas alimentarios, y generó el monopolio de la tierra y la agroindustria de exportación rentable al capital por parte de grandes empresas y corporaciones nacionales y extranjeras. En este contexto, la población que vive en el sector rural ha tenido que recurrir a diversas estrategias para crear sus condiciones de trabajo y de vida; en muchas ocasiones recurren a la migración, pero en otras rearticulan formas de organización colectiva que les permiten impulsar procesos de producción económica y de reproducción

social mediante una intensa búsqueda de propuestas que se ubican entre el desarrollo alternativo y las alternativas al desarrollo.

El debate entre el desarrollo alternativo y las alternativas al desarrollo tiene ya alrededor de cinco décadas y da cuenta de la búsqueda desde diferentes abordajes de salidas al creciente deterioro de las condiciones de vida de la población y sus territorios, sobre todo en el sector rural. El desarrollo alternativo no cuestiona la racionalidad capitalista y los procesos asociados con ella, en los que tiene un papel fundamental el ámbito económico: el crecimiento, la mercantilización y el acceso a bienes materiales para mejorar las condiciones de vida de la población. En cambio, las alternativas al desarrollo parten de una crítica a la racionalidad capitalista y a los procesos de dominación y explotación que buscan el control de los diversos ámbitos de la existencia social, no sólo el económico (trabajo, autoridad colectiva, subjetividad, relaciones sexo-género-sexualidad, naturaleza), escudriñando en la construcción de otras racionalidades asociadas con relaciones de solidaridad, reciprocidad y complementariedad que nos permitan imaginar y practicar formas no opresivas de relacionamiento entre los humanos y con la naturaleza.

Los trabajos que integran este libro responden a una convocatoria hecha a investigadores del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM interesados en reflexionar, desde diversas perspectivas, sobre los complejos problemas del desarrollo en el sector rural en México. Los autores que participan en esta obra tratan de ir más allá de la crítica e indagan en experiencias que permitan imaginar y promover alternativas para superar las condiciones de marginalidad social en que se encuentran amplios sectores de la población rural.

El eje que integra los trabajos de este libro se orienta a entender críticamente los problemas del desarrollo en algunas zonas rurales de México y a revalorar las propuestas alternativas que se construyen desde los territorios y por los propios productores. Nuestros estudios parten del convencimiento, la pertinencia y, sobre todo, la posibilidad de ensayar y abrir metodologías, conceptos y categorías nuevas, más situadas histórica, política, cultural, geográfica y económicamente en los problemas que aquejan a nuestro país.

Los trabajos de este volumen se agrupan en general en una reflexión crítica a las perspectivas hegemónicas de las ciencias sociales vinculadas con la concepción dominante de desarrollo, por un lado, y en ofrecer lineamientos de acción y medidas de políticas para la solución de problemas a partir de experiencias en curso de organizaciones productivas, por otro.

El objetivo general del libro es reflexionar desde diversas perspectivas acerca de algunas propuestas alternativas actuales para enfrentar los problemas en el sector rural en México y contribuir a la comprensión de fenómenos sociales y económicos asociados con el desarrollo, así como aportar a la generación de algunas soluciones con arreglo a las experiencias que se van construyendo en las propias comunidades. Los objetivos específicos son: 1) presentar algunas reflexiones críticas desde las nuevas perspectivas teóricas latinoamericanas sobre el desarrollo basado en la recuperación cultural, social, económica y ecológica-ambiental latinoamericana del buen vivir, donde se ponen en cuestionamiento los conceptos hegemónicos de crecimiento y desarrollo; 2) rescatar racionalidades sociales y económicas alternativas a la mirada capitalista dominante en México sobre lo rural y respecto del desarrollo, frente a las políticas agropecuarias homogéneas y uniformadoras, derivadas de un marco teórico y de referencia de corte empresarial, vinculadas con la racionalidad instrumental, por lo que se busca analizar esas otras racionalidades, sus prácticas y formas de organización, así como sus apropiaciones tecnológicas, y 3) presentar el despliegue de la diversidad de procesos en el sector rural que se plantean desde el desarrollo alternativo y las alternativas al desarrollo, desde una perspectiva crítica, para plantear políticas públicas estatales y no estatales (formuladas y aplicadas por las organizaciones productivas) que relancen este heterogéneo sector, impulsando el crecimiento de la producción, sobre todo la producción campesina, cuidando los aspectos ecológicos y ambientales. Lo anterior tiene la finalidad de revalorar las propuestas alternativas de trabajo y de vida que buscan asegurar la autosuficiencia alimentaria, el bienestar para la población rural, la ampliación de obras razonables de infraestructura no invasiva, depredadora y extractiva, y el cuidado y el respeto de las comunidades, sus habitantes, territorios y ecosistemas en general.

El libro está organizado en tres partes. En la primera se realiza una reflexión crítica del desarrollo en general (la concepción hegemónica del mismo) y el desarrollo en particular (su aplicación en México mediante políticas públicas estatales) con las contribuciones de Boris Marañón e Hilda Caballero, y de Argelia Salinas Ontiveros, respectivamente. En el primer capítulo, “Crítica y alternativas al ‘desarrollo’. Una nueva propuesta de sociedad desde el horizonte de sentido histórico alternativo de los buenos vivires descoloniales”, Boris Marañón e Hilda Caballero proponen una reflexión crítica de la narrativa del “progreso-desarrollo” y sus fundamentos teóricos y epistemológicos, ya que

en nombre del “desarrollo” y con la promesa de crear empleos, en diversas comunidades se ha legitimado la dominación y la explotación de los seres humanos y la “naturaleza”, a la vez que se justifican despojos y desplazamientos forzados, que desestructuran comunidades y sistemas locales productivos, y generan desequilibrios en los ecosistemas a escala local y global, lo que muestra su inviabilidad histórica, ya que la concepción hegemónica del “desarrollo” es materialmente insostenible y ecológicamente destructiva.

Ambos autores parten de la perspectiva teórica crítica de la descolonialidad del poder, que propone analizar en términos histórico-estructurales las relaciones de poder que legitiman la forma instrumental de darle sentido a la organización de la vida en sociedad, con el fin de reinterpretar los problemas de la realidad actual y reconocer la emergencia de un nuevo horizonte de sentido histórico planteado desde diversas propuestas teórico-prácticas, como la comunalidad, los comunes y los buenos vivires descoloniales, que parten de una racionalidad liberadora de la dominación y la explotación. Son propuestas que impulsan otras formas de relacionalidad que se orientan de manera contradictoria a la reciprocidad y la solidaridad al reconocer la complementariedad y la interdependencia entre los seres humanos y la Madre Tierra.

En el segundo capítulo, “Alcances y límites de la política pública para el desarrollo rural de México, 1990-2024”, Argelia Salinas analiza los aspectos relevantes del marco conceptual que prevalece en la visión oficial en relación con las transformaciones del sector agropecuario mexicano. Esta visión se ha plasmado en la política mediante los planes y programas sectoriales, es decir, en el Plan Nacional de Desarrollo que el poder Ejecutivo da a conocer cada año en nuestro país, el cual incluye el capítulo orientado al desarrollo rural. El objetivo es conocer si el contenido de esos planes muestra congruencia con el concepto de desarrollo que, en principio, es diferente al de crecimiento. Para ello, inicia con una revisión de este concepto y sus diferentes significados a lo largo de los principales periodos del capitalismo mexicano posteriores a la segunda guerra mundial. Esta revisión se acompaña de la crítica a los diferentes conceptos que constituyen el trasfondo de dichos planes y programas y que se corresponden con la concepción económica dominante en cada periodo, misma que, en los hechos, niega cualquier objetivo de desarrollo. Así, por ejemplo, Argelia Salinas afirma que los conceptos de modernización y globalización o el de nueva ruralidad han ido ganado terreno tanto en los círculos gubernamentales como en los académicos. De esta manera arribamos a una conceptualización

por lo menos ecléctica durante el último periodo de gobierno (2018-2024) que afirmándose discursivamente como antineoliberal pretendió rescatar de modo parcial las funciones del Estado.

En la segunda parte del libro se presentan cuatro estudios de caso específicos en zonas rurales que muestran la especificidad de las racionalidades económicas campesinas e indígenas, así como sus cosmovisiones, saberes y prácticas, muchas de ellas no instrumentales, orientadas ante todo a la reproducción de la vida humana y no humana. De este modo, Ismael Núñez, en el capítulo 3, “La economía campesina en México: una racionalidad económica y tecnológica distinta”, identifica la existencia de una forma económica que no responde a los postulados de la racionalidad económica dominante, sino que su dinámica es guiada por otra racionalidad, la de la economía campesina. Se trata de un proceso económico y tecnológico que no encuentra sus incentivos en la obtención de ganancias. Estas formas de producción se localizan de manera más intensa en el centro y el sur de México, en la vasta zona en la que la antropología y la historia ubican importantes sociedades prehispánicas; tal zona se ha denominado región mesoamericana. En esa amplia región ha tenido lugar la permanencia de la economía campesina a lo largo de los siglos, demostrando resistencia a los avatares de los cambios sociales y económicos producidos por el capitalismo en expansión en comunidades indígenas y rurales. Es una amplísima región donde pueden encontrarse pequeñas unidades agropecuarias y forestales indígenas y no indígenas que han resistido las sucesivas etapas históricas de modernización que tratan de imponer la homogeneización productiva, cultural, organizacional y tecnológica.

En el cuarto capítulo, de carácter colectivo, titulado “Resiliencia de hogares rurales del Pacífico mexicano”, de Sophie Ávila-Foucat, Uberto Salgado, Cristina González y Ulises Sánchez, se analiza la capacidad de resiliencia de los hogares rurales frente a las amenazas locales y globales que pueden acentuar las desigualdades y las condiciones de pobreza al disminuir las oportunidades de los hogares para sobrevivir y hacer frente a esas perturbaciones. Frente a estos desequilibrios externos y locales, los hogares implementan diversas estrategias de subsistencia que les permitan mantener o mejorar su bienestar, estrategias que dependen de los activos de capital (social, natural, físico, financiero, humano) disponibles. Por tanto, la resiliencia se da cuando el hogar logra mantener o mejorar sus activos de capital como una forma de medir el bienestar y la conservación de sus medios de vida. El mantener dichos activos depende a su

vez de ciertos atributos de resiliencia, entre ellos la autosuficiencia, la capacidad de aprendizaje, la diversidad y la conectividad. En este sentido los autores analizan la relación entre los activos de capital y los atributos de resiliencia a partir de los resultados de una encuesta aplicada en hogares de comunidades rurales de la costa de Oaxaca.

Después, en los capítulos 5 y 6, Hilda Caballero y Boris Marañón, respectivamente, proponen analizar dos experiencias prácticas en las que encuentran tendencias que se alejan del desarrollo capitalista y se orientan a los buenos vivires descoloniales, una en Hidalgo y otra en Puebla. El objetivo es identificar de qué manera estas experiencias basadas principalmente en la organización colectiva del trabajo y la recuperación de saberes ancestrales van construyendo otro horizonte de sentido histórico distanciándose de la racionalidad instrumental y de la narrativa del desarrollo. Estas experiencias impulsan procesos que se orientan de forma contradictoria a la reproducción de la vida, en tensión con la concepción dominante del desarrollo, que busca sobre todo el crecimiento económico, a consecuencia de fortalecer la organización comunitaria, sus capacidades productivas, su identidad, su cultura y la socialización del poder. Asimismo, van restableciendo relaciones de solidaridad y reciprocidad por medio de la restitución de sus saberes propios, la producción agroecológica y la revaloración del trabajo de las mujeres y su participación en la toma de decisiones. Todo ello mediante un diálogo de saberes (científico y popular) que les permite construir otras formas de relacionalidad entre los seres humanos y con la Madre Tierra, reconociendo la interrelacionalidad, la complementariedad y la interdependencia.

De este modo, en el capítulo 5, “Alternativas de trabajo y de vida en el campo mexicano. La cooperativa Ya Munts’i B’ehña (Mujeres Reunidas) en Hidalgo”, Hilda Caballero analiza de qué manera las mujeres otomíes de la cooperativa Ya Munts’i B’ehña (Mujeres Reunidas), en Ixmiquilpan, Hidalgo, están construyendo alternativas de trabajo y vida frente a la falta de apoyo al trabajo en el campo. Tales alternativas se orientan al cuidado de la familia, la comunidad y la “naturaleza” sobre la base de la organización colectiva del trabajo, la solidaridad y la reciprocidad entre los seres humanos y con la Madre Tierra, la interculturalidad crítica (diálogo de saberes científico y popular), para el impulso de proyectos productivos con base en la autogestión y la autonomía, la revaloración del trabajo de las mujeres y la socialización del poder.

Por su parte, en el capítulo 6, “Tosepan Titataniske, Cuetzalan, México: saberes y prácticas de formas convivenciales de gobierno, ‘economía’ y

‘sustentabilidad’”, Boris Marañón muestra la experiencia de la Unión de Cooperativas Tosepan Titataniske (unidos venceremos, en náhuatl), ubicada en Cuetzalan, Puebla, en lo que se refiere a cómo su cosmovisión relacional entre los humanos y la Madre Tierra orienta racionalidades de convivencia en sus formas de gobierno y en sus saberes y prácticas con respecto a otras formas de concebir la “economía” y la “sustentabilidad”. Desde sus orígenes, en 1977, la Unión ha transitado del abastecimiento de alimentos básicos (como el azúcar) para solucionar la problemática de carestía y altos precios, pasando por la organización de la producción, transformación y comercialización de sus productos (café, pimienta, vainilla, miel), hasta la recuperación de sus cosmovisiones, saberes y prácticas, el impulso de la salud sustentable y de una educación intercultural, así como la lucha por conservar su identidad como un atributo dinámico y no petrificado, y la defensa de su territorio, tratando de conservar su autonomía. Todo este proceso se ha basado en la construcción de una autoridad colectiva horizontal, cooperativa y comunitaria, la cual impulsa un nuevo horizonte de sentido histórico (*yeknemilis*-buenos vivires) como parte de un camino hacia diferentes formas de vida alejadas del “desarrollo” capitalista.

Por último, se presentan unas reflexiones finales que sintetizan los hallazgos y las propuestas enunciadas a lo largo del libro.

Es importante comentar que los casos se seleccionaron considerando el objetivo central de la obra, es decir, entre las posturas diversas respecto del desarrollo alternativo y las alternativas al desarrollo y las diferentes investigaciones acerca de esta problemática, se escogieron las más cercanas a esta discusión.

I.
LA CRÍTICA
AL “DESARROLLO”
CAPITALISTA

1.

CRÍTICA Y ALTERNATIVAS AL “DESARROLLO”. UNA NUEVA PROPUESTA DE SOCIEDAD DESDE EL HORIZONTE DE SENTIDO HISTÓRICO ALTERNATIVO DE LOS BUENOS VIVIRES DESCOLONIALES

Boris Marañón • Hilda Caballero

INTRODUCCIÓN

Las desigualdades sociales, la marginalidad, el desempleo y los desequilibrios ecológico-ambientales —exacerbados por el proceso de reconcentración de riqueza y poder que la globalización económica propició— obligan a reflexionar sobre los fundamentos que han orientado la organización de la vida social en el patrón de poder actual colonial-moderno capitalista. Asistimos a la convergencia de diversos problemas históricos y climáticos como expresión de la crisis irreversible de dicho patrón de poder, lo que obliga a cuestionar sus fundamentos, entre ellos la narrativa dominante del “progreso-desarrollo”,¹ que como idea-fuerza ha permeado todos “los ámbitos de la existencia social: trabajo, autoridad colectiva, subjetividad, sexo-género-sexualidad” y luego agregará el ámbito de la relación con la “naturaleza” [Quijano, 2000], legitimando el uso instrumental y la mercantilización de todas las relaciones sociales al orientarlas a la acumulación de capital y la reproducción del patrón de poder actual sustentado en el produccionismo y el consumismo exacerbados. Asimismo, exige explorar otros horizontes de sentido histórico dirigidos

1. En este trabajo se entrecorren diversos términos como “progreso” y “desarrollo” para desnaturalizarlos y mostrar las relaciones de poder desde las que se construyeron, promovieron y reproducen. Lo anterior tiene la finalidad de cuestionar el uso instrumental de estos términos orientados a la mercantilización de la vida para la reproducción del patrón de poder moderno-colonial capitalista.

a la reproducción del buen vivir o de la vida buena, en un sentido amplio (humana y no humana), que propicie la sustentabilidad de la vida mediante el restablecimiento de los equilibrios en las relaciones entre los seres humanos y con la Madre Tierra.

Este texto tiene dos objetivos: el primero consiste en recuperar algunas críticas al desarrollo que se plantean desde la década de los noventa, en las que se enfatiza su inviabilidad histórica; mientras que el segundo busca mostrar los rasgos más notables de un nuevo proyecto de sociedad denominado buenos vivires descoloniales, mismo que a partir de experiencias prácticas va prefigurando modos de vida basados en la solidaridad económica (producción de valores de uso basada en la reciprocidad), la sustentabilidad (respeto a la Madre Tierra), la interculturalidad crítica (diálogo de saberes científicos y populares) y las relaciones sociales no opresivas (socialización del poder).

En términos teóricos partimos de la perspectiva crítica de la descolonialidad del poder del sociólogo peruano Aníbal Quijano [2000], quien propone analizar en términos histórico-estructurales, en el tiempo y el espacio, las relaciones de poder que legitiman la forma instrumental de darle sentido a la organización de la vida en esta sociedad con el fin de reinterpretar los problemas de la realidad actual y reconocer “la emergencia de un nuevo horizonte de sentido histórico” planteado desde diversas propuestas teórico-prácticas como la comunalidad, los comunes y los buenos vivires descoloniales, que parten de racionalidades liberadoras de la dominación y la explotación. Son propuestas que impulsan otras formas de relacionalidad que se orientan de manera contradictoria a la reciprocidad y la solidaridad entre los seres humanos y con la Madre Tierra, reconociendo su interrelacionalidad, complementariedad e interdependencia.

En términos metodológicos proponemos vincular la concepción hegemónica del “progreso-desarrollo” capitalista con los desequilibrios sociales y ecológico-ambientales que se han exacerbado con la globalización del patrón de poder. El objetivo es desnaturalizar la organización jerárquica, racista, antropocéntrica, eurocentrada y patriarcal de esta sociedad, e identificar las relaciones de poder que legitiman la dominación y la explotación de diversos sectores sociales y de la Madre Tierra, enfocándonos en el sector rural.

Es importante recuperar las críticas a la concepción hegemónica del “desarrollo”, que desde la década de los noventa se vienen sumando, puesto que el proceso de globalización económica, en lugar de significar el fin de la Historia

y la mejora del bienestar de la mayoría de la población mundial persiguiendo la idea del desarrollo, provocó el incremento de la desigualdad social, que se expresa en mayor dominación y explotación de las personas, y en la destrucción acelerada de la Madre Tierra, entre otros problemas. Esto ha derivado en diversos análisis que proponen pensar en el “posdesarrollo” [Escobar, 2005], crítica al desarrollo y la racionalidad instrumentales [Marañón, 2014], “alternativas al desarrollo” [Escobar, 2012], “desarrollos otros” [Sandoval, 2022] y “prosperidad sin crecimiento” [Jackson, 2022], etcétera. No obstante, la meta de alcanzar el desarrollo capitalista sigue vigente, planteada desde 1987 como “desarrollo sostenible” [ONU, 1987], a inicios del siglo XXI como Objetivos de Desarrollo del Milenio y, desde 2015, como Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). Estos objetivos están presentes en las agendas de investigación, orientan las políticas públicas y la inversión e insisten en que con las instituciones básicas del actual patrón de poder capitalista (el Estado, la democracia representativa, el mercado, la empresa capitalista, el salario, el conocimiento científico y la explotación de la “naturaleza”) alcanzaremos el prometido “desarrollo”. En este sentido, pretenden resolver los problemas sociales y ecológico-ambientales sin revertir el produccionismo y el consumismo, y sin alterar la estructura global de poder ni las relaciones de dominación y explotación que buscan controlar los diversos ámbitos de la existencia social. La propuesta de los ODS ha ocupado los principales espacios de debate buscando cerrar las posibilidades de imaginar, sentipensar y practicar otras formas de relacionalidad y organización de la vida en sociedad.

CRÍTICA AL “PROGRESO-DESARROLLO” MODERNO-COLONIAL CAPITALISTA, PROMOTOR DE DESEQUILIBRIOS SOCIALES Y ECOLÓGICO-AMBIENTALES

Se propone hacer una reflexión crítica de la narrativa del “progreso-desarrollo” y sus fundamentos teóricos y epistemológicos, ya que en nombre del “desarrollo”, con la constante urgencia de crecimiento económico y la promesa de crear empleos para mejorar las condiciones de vida de la población, en diversas comunidades se ha legitimado la dominación y explotación de los seres humanos y la “naturaleza”, justificando despojos y desplazamientos forzados, desestructurando comunidades y sistemas locales productivos, y generando desequilibrios sociales y ecológico-ambientales a escala local y global, lo que muestra su inviabilidad histórica.

El incremento de las manifestaciones de los problemas históricos (pobreza, desigualdad, desempleo, migraciones forzadas, violencia patriarcal, concentración de riqueza y poder, entre otros) y la exacerbación de los problemas climáticos (calentamiento global, sequías, inundaciones y destrucción ecológica-ambiental) alertan en cuanto a que no es deseable, en términos subjetivos, ni alcanzable, en términos materiales, el “desarrollo” promovido por el patrón de poder actual, materialmente insostenible y ecológicamente destructivo.

La crisis generalizada de la civilización occidental que se manifiesta de manera compleja en estos problemas históricos y climáticos ha llevado a cuestionar con firmeza la posibilidad de florecer como sociedad sin expandir implacablemente la economía [Jackson, 2022: 25], puesto que “lejos de elevar el nivel de vida de quienes más lo necesitan, el crecimiento ha defraudado a gran parte de la población del mundo en los últimos 50 años. En particular en los últimos años son unos cuantos los afortunados a quienes ha llegado la riqueza” [Jackson, 2022: 47]. Continuar considerando el progreso-desarrollo como crecimiento económico ha generado diversas críticas porque sus beneficios han sido inequitativos, como lo muestran los datos de la concentración de la riqueza: “la mitad más pobre de la población del mundo gana menos del 7 % del ingreso global, en tanto que el 1 % superior, por el contrario, gana más o menos 20 % del ingreso global y posee casi la mitad de la riqueza del mundo”, lo cual genera “islas de prosperidad y océanos de pobreza” [Jackson, 2022: 46].

Jackson insiste en que necesitamos desvincular la concepción de bienestar del creciente consumo de bienes materiales, ya que el “crecimiento es insostenible” porque el incremento de la demanda de recursos y los costos ambientales “agravan las profundas disparidades del bienestar social” [Jackson, 2022: 151]. En contraste, señala que hay procesos que son vitales para sentirse bien, como la confianza, la seguridad, el sentido de comunidad, las relaciones sociales, un empleo digno y la posibilidad de participar en la vida de la sociedad [Jackson, 2022: 129].

Desde el pensamiento crítico latinoamericano, diversos autores [Quijano, 2000; Lander, 2019; Esterman, 2012; Escobar, 2017; Giraldo, 2014, entre otros] señalan que nos encontramos frente a una crisis de la sociedad occidental o, mejor dicho, de su “patrón de poder moderno-colonial, capitalista y patriarcal” [Quijano, 2000], el que, a partir de su racionalidad instrumental, orientó el sentido de la organización de la vida en sociedad a la reproducción y acumulación de capital. Esto conllevó una crisis en diversos aspectos: en su forma de

organización social, de reproducción material, de explicación del mundo y de dar sentido a diversas acciones. Asimismo, han señalado la necesidad de indagar sentipensamientos y prácticas desde otro horizonte de sentido histórico, orientadas por racionalidades solidarias y liberadoras de los seres humanos y la Madre Tierra, como lo están haciendo diversas experiencias populares en América Latina.

UNA REVISIÓN HISTÓRICO-ESTRUCTURAL DESCOLONIAL DEL “PROGRESO-DESARROLLO” COMO IDEA-FUERZA COLONIZADORA

Con base en una perspectiva histórico-estructural descolonial se ha identificado que la concepción hegemónica del “progreso” se planteó desde la visión eurocéntrica de la realidad social, que consideró Europa y Estados Unidos como los modelos a seguir en la organización de la sociedad, que deslegitiman una diversidad de formas de vida. Esta mirada lineal de civilización, progreso y evolución erigió la colonialidad-modernidad capitalista como la única y la mejor, una mirada que se reforzó con la idea del “progreso-desarrollo” que se extendió al resto del mundo y se consolidó con la globalización del “patrón de poder moderno-colonial capitalista” desde la década de los noventa.

El reacomodo en la correlación de fuerzas de la economía mundial que desplazó el centro del sistema capitalista mundial de Europa a Estados Unidos después de la segunda guerra mundial permitió establecer los mecanismos de ordenamiento y control para facilitar la incorporación de los países periféricos a la producción de bienes y materias primas para la expansión global del patrón de poder capitalista.

El informe del presidente estadounidense Harry Truman en 1949 propuso impulsar un programa de “desarrollo” de las regiones consideradas atrasadas con objeto de favorecer la transformación económica del mundo “subdesarrollado”. En su informe clasifica los países en “desarrollados” y “subdesarrollados” según su ingreso per cápita y obliga a América Latina y otras regiones del Sur a aplicar políticas, diseñar instrumentos y establecer indicadores para alcanzar la prosperidad material, el progreso tecnológico y el despliegue de la economía de mercado como requisito para salir del “subdesarrollo”; con esto, la aspiración al “desarrollo” se hizo universal [Esteva, 1996].

Quijano [2000] señala que el “desarrollo” se convirtió en una idea-fuerza para la acción social, en aspiración e impulso de transformaciones mayores en

la sociedad, que dejaba de lado el análisis de las relaciones de poder y la expansión del patrón de poder capitalista a escala mundial. El “desarrollo económico” se asoció con el principio de ganancia, con la lógica de la rentabilidad y el funcionamiento del mercado, y orientó el trabajo en particular a la producción y el consumo de bienes materiales, que se posicionaron como el sentido de la vida.

CRÍTICAS A LA CONCEPCIÓN HEGEMÓNICA DEL DESARROLLO

Entre las críticas a la concepción hegemónica del “desarrollo” destacan los aportes de Arturo Escobar [2007] quien, con base en una perspectiva histórico-estructural, analiza a profundidad que la construcción del discurso del “desarrollo” se efectuó bajo condiciones de desigualdad de poder; desde la visión de los dominadores se constituyó la idea del “Tercer Mundo” para ejercer control sobre los países periféricos. Este discurso reforzó el patrón de desarrollo occidental “como la norma a seguir por los países etiquetados como subdesarrollados”, con la finalidad de establecer y sostener relaciones de subordinación de los países pobres frente a los ricos, lo que generó persistentes desequilibrios entre ellos.

Además, se reforzó la visión antropocéntrica del “desarrollo”, la cual coloca al humano en una posición exterior a la “naturaleza”, considerada “recurso natural” a disposición del bienestar humano, lo que fortalece la idea de que debía ser intervenida y dominada por el conocimiento científico, como afirmaba Bacon. Así, “la ciencia occidental y la tecnología se conciben como determinantes de la prosperidad material, que le darían dirección y significado al desarrollo” [Escobar, 2007: 73].

De igual manera, se planteó que para alcanzar dicho “desarrollo” sólo se consideraban válidas las formas de conocimiento que suponían certeza y “objetividad” en la construcción de los programas mediante la participación de expertos, mientras que los saberes populares y las formas de vida rurales e indígenas se presentaban como obstáculo para lograrlo. Esto consolidó el saber científico como el único válido, quitó legitimidad a una diversidad de saberes populares milenarios, de formas de organización del trabajo y tecnologías no intrusivas, y generó fuertes desequilibrios en la relación sociedad-“naturaleza”.

Además, la difusión de las ideas de Schumpeter, desde la década de los treinta, tuvo resonancia ya que hacían énfasis en el papel del empresario

privado para alcanzar el progreso y señalaban que “esa capacidad empresarial era casi inexistente en los países considerados atrasados” [Escobar, 2007: 138]. Con estas ideas se justificó la intervención de “expertos”, técnicos, gobiernos y empresarios para la transformación de territorios, de diversas formas de trabajo y de vida. El discurso del “desarrollo” se orientó en especial a lograr el crecimiento económico, asumiendo que el mercado sería el mejor distribuidor de la riqueza.

Con la expansión de los procesos de industrialización y urbanización, en las décadas de los cincuenta y sesenta el discurso de la modernización cobró gran importancia. El concepto de “economía dual” de Arthur Lewis sustentó la visión de la vida económica y social de los países en dos sectores: tradicional y moderno [Escobar, 2007]. Al equiparar lo tradicional con el atraso, planteaba la necesidad de eliminarlo pues Lewis lo consideraba un obstáculo para el proceso de modernización. Con la difusión de estas ideas se empató el modelo histórico-económico de Rostow, quien planteaba que “todos los países atravesaban por una sucesión lineal de estadios en su transición a la modernidad” [Escobar, 2007:135]. Esa concepción economicista unilineal del progreso establecía que las sociedades debían pasar por cinco etapas: 1) sociedad tradicional, 2) condiciones previas para el despegue, 3) impulso inicial, 4) periodo de madurez, y 5) alto consumo masivo [Rostow, 1959]. Esto se convirtió en una ruta a seguir para que los países clasificados como “subdesarrollados” alcanzaran el crecimiento económico y con ello el “desarrollo”. Con el impulso y la difusión de estas ideas se prolongaron los desequilibrios en la relación campo-ciudad, considerada esta última como el lugar para lograr el desarrollo individual y de los países.

Desde entonces, como señala Esteva [1996: 52], los países “dejaron de ser lo que eran, en toda su diversidad, y se convirtieron en un espejo invertido de la realidad de otros”. Estados Unidos y los llamados países “desarrollados” fueron usados como referentes para considerar a los demás países del mundo, por lo que la idea del “desarrollo” surge con un inseparable atributo colonizador que inferioriza diversos países y regiones, deslegitima sus formas de organización e impone una manera de entender el “desarrollo”.

Entre los cincuenta y los sesenta se aplicaron políticas para promover el “desarrollo” en todo el mundo periférico subordinado a la hegemonía de Estados Unidos. En este proceso fue fundamental la intervención del Estado para impulsar políticas de industrialización, crear empleos y reconocer derechos

de ciudadanía, que generaron resultados desiguales y contradictorios tanto en el crecimiento económico como en la distribución del ingreso. Como señaló Prebisch [1981], “las experiencias de industrialización por sustitución de importaciones entraron en profundos desequilibrios macroeconómicos y sociopolíticos”, y mostraron que “dentro del sistema capitalista no había solución alguna para los problemas del desarrollo latinoamericano”. También Furtado [1974] había señalado que el “desarrollo” era un mito y alertaba desde entonces acerca de que la presión sobre los recursos no renovables y el grado de contaminación serían tan grandes que el sistema colapsaría, pues se veía que el proceso civilizatorio era de carácter en general predatorio. Estas reflexiones permiten identificar que la concepción hegemónica del “desarrollo” es en su esencia moderno-colonial y de carácter histórico-estructural, en la que las relaciones de poder anteponen las exigencias del mercado capitalista para preservar la reproducción del patrón de poder y acumulación mundial a pesar de las consecuencias sociales y ecológico-ambientales que estamos enfrentando.

LA NARRATIVA DOMINANTE DEL PROGRESO-DESARROLLO Y SUS CONSECUENCIAS PARA EL SECTOR RURAL

Desde la modernidad y su racionalidad instrumental se plantea una mirada dualista y evolucionista del devenir histórico que clasifica las sociedades como atrasadas/modernas, precapitalistas/capitalistas, subdesarrolladas/desarrolladas. Estos postulados articulados a la mirada colonial de relaciones de poder jerárquicas ubican el “desarrollo” capitalista como la forma superior de organización de la vida social y clasifican la diversidad de formas de existencia, como premodernas, arcaicas, tradicionales, “ubicadas en un momento anterior del desarrollo histórico de la humanidad, lo cual dentro del imaginario del progreso enfatiza su inferioridad” [Lander, 2000: 7].

Quijano [2000] señala que el discurso del “desarrollo” se rige por los principios de colonialidad; se refiere a su edificación bajo condiciones de desigualdad, en las que se construye al sujeto “subdesarrollado” de manera que permita ejercer el poder sobre él mediante una serie de diferenciaciones y “discriminaciones que configuran las prácticas discursivas y políticas de jerarquización racial y cultural”.

Con base en esta narrativa, a los países llamados “subdesarrollados” se les considera incapaces de hacerse cargo de su destino, lo que legitima la

intervención de agentes externos, llámense gobiernos de países centrales, organismos internacionales, grandes corporaciones, empresas, élites económicas y políticas, entre otros, que orientan las decisiones y las acciones en diversos territorios y comunidades para la reproducción del patrón de poder capitalista.

En síntesis, esta narrativa y las relaciones de poder que estructuran la sociedad ha generado importantes desequilibrios que persisten y amenazan diversas formas de vida (humana y no humana). Algunos de los desequilibrios se identifican en diferentes disputas: la disputa capital/trabajo, en favor del primero; el apoyo y fomento a la iniciativa privada y el desdén por las iniciativas sociales; la prioridad del “desarrollo” económico y la subordinación del desarrollo social; promoción e integración al mercado global y el mercado local supeditado a las demandas globales; producción y consumo intensivo y extensivo, a pesar de la destrucción de la Madre Tierra y el agotamiento de los bienes naturales; dominio de los saberes científicos y deslegitimación y silenciamiento de los saberes populares, e impulso y apoyo al desarrollo urbano y abandono del campo, entre otros.

Algunos de estos aspectos deslegitimados por los discursos, las políticas y los análisis académicos sobre el desarrollo se ha buscado incorporarlos en los Objetivos del Desarrollo Sostenible (poner fin al hambre, la pobreza y la desigualdad; combatir el cambio climático; lograr la igualdad de género, y empoderar a la mujer, entre otros), por la vía de reconocer los problemas sociales y ambientales generados, pero orientados a sostener el patrón de poder y acumulación vigente, sin cuestionar la dominación, la explotación y el enriquecimiento exacerbado. Se vuelven a plantear como promesas a alcanzar, a las que no podemos renunciar pero que siempre pueden posponerse, como sucedió con la propuesta de acabar con el hambre en 2015 planteada en los Objetivos de Desarrollo del Milenio en el año 2000 y que, al no lograrse, se postula de nuevo.

El desarrollo, llevado a políticas económicas macroeconómicas y sectoriales, significó para el agro, en su conjunto, su subordinación a la meta de la industrialización para la sustitución de importaciones, asignándole el papel de proveedor de divisas, alimentos y fuerza de trabajo baratos, lo que agravó los desequilibrios sectoriales, entre ellos el incremento de la marginalidad social con la consiguiente intensificación de la migración tanto hacia los centros urbanos industriales como hacia Estados Unidos. La denominada modernización

del campo implicó, en América Latina y México, el impulso de los paquetes tecnológicos de la revolución verde, lo cual resultó en un incremento de la productividad y la producción, pero con un marcado sesgo en el apoyo a la agricultura bajo riego y comercial, proveedora de insumos para la agroindustria, lo que deja de lado la pequeña agricultura, de temporal.

Después, a partir de la década de los ochenta, las políticas desarrollistas fueron desplazadas por las neoliberales capitalistas, las que impulsaron un drástico cambio de reglas de juego: se decretó la apertura comercial, la reducción de aranceles y la eliminación progresiva de apoyos a la producción mediante la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (Conasupo), el Banco de Desarrollo Rural (Banrural), Fertilizantes Mexicanos (Fertimex) y la Productora Nacional de Semillas (Pronase); y en los años noventa, el fin del reparto agrario, la privatización del ejido y el aliento a la formación del mercado de tierras. La firma del Tratado de Libre Comercio (TLC) con Estados Unidos y Canadá, en 1992, consolidó este proceso de privatización del agro y su articulación subordinada a la economía estadounidense desde el principio eurocéntrico de ventajas comparativas, de modo que Estados Unidos aporta cada vez más productos básicos (maíz, frijol y trigo, entre otros), mientras que México aporta bebidas alcohólicas (cerveza, tequila y mezcal), jitomate, aguacate y productos de panadería, entre otros [*El Economista*, 24 de mayo de 2024].

Esta inserción de la agricultura mexicana en el TLC ha privilegiado la agricultura comercial empresarial y marginado la pequeña agricultura campesino-“indígena”, a la vez que consolida la vulnerabilidad comercial y la dependencia alimentaria, en especial de Estados Unidos, país que provee la mayor parte de los productos agropecuarios básicos (maíz, trigo, frijol, arroz, soya, carne de cerdo y leche, entre otros) requeridos para el consumo humano: “países como Estados Unidos y Francia son grandes productores de alimentos porque mantienen una estructura de apoyo y subsidio a sus pequeños productores” [Razo y Mendoza, 2021].

Es costoso el apoyo a pequeños productores, pero lo toman como estrategia de soberanía alimentaria; por ejemplo, en el caso de México, en 1980 se importaba el 11 por ciento de los alimentos que se consumían a nivel nacional, para el 2011 ese grado de dependencia se incrementó a un 50 por ciento y [en 2021], el 57 por ciento del consumo nacional, sobre todo

de granos básicos, depende del exterior [Uberto Salgado Nieto, citado en Razo y Mendoza, 2021].

En 2018 la renegociación del TLC, que dio paso al Tratado entre México, Estados Unidos y Canadá (TMEC), reafirmó la convicción del gobierno mexicano de que estos tratados impulsan el crecimiento de nuestra economía, aunque las normas que organizan la producción, la distribución y el consumo de bienes han generado diversos procesos desfavorables, sobre todo para el sector rural en México, entre los que destacan:

a) profundas asimetrías o brechas en la estructura productiva y tecnológica entre países; b) mecanismos extraeconómicos (como subsidios, *dumping* o boicots) y medioambientales; c) ineficiente aplicación de las políticas de libre cambio y bajo presupuesto en el sector; d) razones sociales, como la falta de educación, y e) un contexto económico mundial desfavorable, por ejemplo, las secuelas de la crisis mundial de 2008 [Hernández, 2021: 1123].

Estos procesos profundizan las relaciones de dominación y explotación de la fuerza de trabajo y de los bienes naturales, lo que conlleva la subordinación en particular del sector rural en los países periféricos, consolida la organización jerárquica entre países y sectores, e impide que compitan en los circuitos centrales de la economía global.

Desde la visión eurocéntrica neoliberal, este intercambio tiene ventajas para México, pues en los últimos años se ha registrado una balanza comercial agropecuaria favorable por la consolidación de grandes agroempresas transnacionales en el país (Maseca, Bimbo, Nestlé y Bachoco, entre otras), sin reparar en la debilidad política que supone depender de Estados Unidos en materia de alimentos y en las consecuencias sociales que esto acarrea.

Los datos señalan que el intercambio comercial en el sector agrícola se intensificó, las exportaciones agrícolas aumentaron en los 25 años del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), pues se pasó “de 380 millones en 1995 a 1 300 millones de dólares en 2019, el de las importaciones agrícolas también se incrementó en estas últimas dos décadas: de 220 millones de dólares en 1995 a 1 100 millones de dólares en 2019” [Hernández, 2021: 1132].

En contraste, “la superficie sembrada nacional de maíz disminuyó casi dos millones de hectáreas: ‘al pasar de 9 196 478 hectáreas en 1994 a 7 157 586 en 2019, lo que representa una reducción del 22 % en la superficie destinada a ese cultivo” [Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera (SIAP), 2021, citado en Hernández, 2021: 1132]. Ello convirtió a nuestro país en importador de uno de los productos básicos de la dieta alimentaria con mayor demanda. De 2012 a 2015 México importó el 80 % de maíz amarillo, el 95 % de soya, el 79 % de arroz y el 59 % de trigo [Hernández, 2021: 1133].

Entre las principales repercusiones sociales se encuentra la disminución de la población ocupada en actividades agropecuarias, que pasó de 7 752 426 empleos en 1995 a 6 574 359 en 2020, es decir, “una pérdida de más de un millón de empleos rurales” [Hernández, 2021: 1133], lo cual se traduce en incremento de la población en condiciones de pobreza y de la migración de personas a las ciudades y al extranjero, en especial a Estados Unidos.

El desarrollo capitalista ha generado diversos desequilibrios entre países y al interior de ellos. Uno de estos desequilibrios se manifiesta en las condiciones de vida de la población y de sus territorios, que se expresa en las brechas entre el sector rural y el urbano. La persistencia de la pobreza rural ha sido histórica, “el *Informe anual del Banco Mundial* de 2008 señaló que tres cuartas partes de la población en situación de pobreza en el mundo habitaban en zonas rurales” [Coneval, 2020: 20]. Asimismo, la mayoría de la población rural se encuentra en situación de pobreza en América Latina. En el informe *Panorama de la pobreza rural en América Latina y el Caribe*, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) indicaba que: “uno de cada dos pobladores rurales se encuentra en situación de pobreza, y uno de cada cinco pobladores rurales pasa hambre (pobreza monetaria extrema)” [FAO, 2018: 6].

En el caso de México, para 2018, “la pobreza afectó al 55.3 % de la población total en el medio rural (correspondiente a 17 millones de personas)” [Coneval, 2020: 5]. Las brechas en las condiciones de vida de la población en el ámbito rural y el urbano se expresan tanto en los ingresos como en diversas carencias, “la población que no contó con ingresos suficientes para cubrir sus necesidades básicas (tanto alimentarias como no alimentarias) [...] fue de 56.7 %, mientras que en el urbano fue de 46.3 %, correspondiente a 17.4 y 43.7 millones de personas, respectivamente” [Coneval, 2020: 19]. En relación con otras carencias: la mayor brecha se presentó en el “acceso a los

servicios básicos en la vivienda (43 puntos porcentuales)” que refiere a la infraestructura física: agua potable, drenaje, electricidad, entre otros [Coneval, 2020: 18].

Estos desequilibrios se expresan por regiones dentro de cada país; en el caso de México, para 2018 los municipios con población rural que presentaron mayores porcentajes de pobreza se localizan en Chiapas (85.2 %), Guerrero (76.6 %), Oaxaca (73.8 %) y Veracruz (71.4 %). Mientras que los municipios con menores porcentajes se localizan principalmente en el norte del país, en los estados de Nuevo León (18.5 %), Baja California (19.9 %), Aguascalientes (21.0 %) y Baja California Sur (21.7 %) [Coneval, 2020: 2].

En este contexto, diversas comunidades y experiencias van construyendo formas alternativas de organización colectiva del trabajo, la producción y la propiedad, desde otro horizonte histórico de sentido, para enfrentar y revertir la “dominación y explotación del patrón de poder moderno-colonial capitalista” [Quijano, 2000].

LOS BUENOS VIVIRES COMO ALTERNATIVA AL “DESARROLLO” CAPITALISTA Y A SU PATRÓN DE PODER MODERNO-COLONIAL CAPITALISTA²

La categoría “nuevo horizonte histórico de sentido”, propuesta por Quijano [2011a], permite dar cuenta de la emergencia de “una nueva intersubjetividad mundial”, de un “movimiento de la sociedad” impulsado por sectores “indígenas” y populares que se resisten al despojo, la destrucción capitalista de la Madre Tierra y los procesos de mercantilización total de la vida, protestan desde sus sentipensamientos y prácticas, rechazan la incesante producción, mercantilización y acumulación de ganancias; “las desigualdades de sexo-género y sexualidad, la verticalidad en la organización colectiva de la vida, la imposición violenta de modos de vida universalizantes desde la racionalidad instrumental y el eurocentrismo” [Marañón y López, 2020]. Se trata, como señala Quijano [2011], de un “nuevo horizonte de sentido que plantea el reconocimiento y la comunicación entre los diversos, sin que la diferencia signifique jerarquía”. Esto se evidencia en la propuesta de los buenos vivires descoloniales, que reconoce y defiende los derechos de la Madre Tierra y emerge como alternativa a la modernidad, el “desarrollo” y el capitalismo.

2. Esta sección está basada en Marañón y López [2020].

La experiencia reciente en Ecuador y Bolivia ha mostrado que, no obstante la aprobación de los derechos de la “naturaleza” y de otras iniciativas fundamentales como la plurinacionalidad del Estado y el régimen de “desarrollo” del *sumaq kawsay/sumaq qamaña*, no ha podido concretarse el cambio cosmocéntrico y descolonial porque existe una tensión entre racionalidades e imaginarios y relaciones de fuerza entre los que propugnan el viraje cosmocéntrico y la reorganización de la economía (cambio de la matriz productiva) sobre bases colectivas y comunitarias, respetando a la Madre Tierra, y quienes priorizan la redistribución del ingreso, con fuerte control estatal, a partir de la captación de una parte de la renta de la “naturaleza” de las empresas capitalistas transnacionales, en especial mineras y petroleras, fortaleciendo el extractivismo y argumentando que en una segunda etapa se harían las transformaciones encaminadas hacia el buen vivir. Así, la profundización del extractivismo ha implicado despojo de territorios, destrucción de la Madre Tierra, por ejemplo, por la deforestación de los bosques y la contaminación de ríos y lagos, con la consiguiente represión a las organizaciones “indígenas” que resisten [Lander, 2019; Martínez y Acosta, 2017; Gudynas, 2017; Prada, 2011; Marañón, 2012].

El extractivismo produce una forma específica subordinada y dependiente de inserción en el patrón de poder mundial que acentúa y expande la explotación del trabajo y la “naturaleza”, consolida y fortalece al Estado monocultural y la narrativa del “progreso”-“desarrollo”, y profundiza la inferiorización de los “indígenas” al destruir sus territorios y culturas, y consolidar la colonialidad del poder.

El extractivismo de los denominados gobiernos progresistas, por tanto, no permite concebir ni practicar la “sustentabilidad” alejada del dualismo, del antropocentrismo, de la “naturaleza” como exterioridad, ni de relaciones opresivas entre los humanos basadas en la colonialidad. Para que esto sea posible, habría que impulsar la “sustentabilidad” como poder social desde la perspectiva de la socialización del poder, es decir, de una autoridad colectiva alejada del Estado-nación, que se estructure desde la horizontalidad, la rotación de cargos, la deliberación y la toma de decisiones por consenso. En las experiencias de los denominados gobiernos progresistas, la propuesta de los Estados plurinacionales tampoco pudo concretarse significativamente porque predominó la visión del Estado como única autoridad legítima [Prada, 2011; Lander, 2019].

Los buenos vivires representan tanto una “crítica radical” de los fundamentos y los efectos del “desarrollo”, como una potente “propuesta societal”

alternativa: “El Bien Vivir como expresión de las poblaciones ‘indígenas’ de América Latina configura una alternativa de vida social que sólo puede ser realizada como la des/colonialidad del poder” [Quijano, 2011a: 77].

En términos generales, los buenos vivires constituyen una propuesta “epistemológica, filosófica y de vida que puede ser vista como un proyecto de reoriginalización cultural de los dominados, explotados y racializados en América Latina”, entendida como “un proceso dialéctico que puede surgir de la negativa, de la subversión de los dominados a imitar la cultura dominante” [Marañón y López, 2020: 97], de manera que puede propiciar la “producción de significados originales”, no “meramente versiones subalternas de la cultura criollo-euronorteamericana” [Quijano, 1990], que plantean alternativas para resolver el “<nudo arguediano> (entrelazamiento entre la utopía de la liberación social y la identidad), que caracteriza a América Latina desde el siglo XVI, atacando de manera simultánea los problemas de identidad, modernidad y democracia” [Quijano, 2011b].

LOS BUENOS VIVIRES, PROPUESTA POLÍTICA DE TRANSFORMACIÓN SOCIAL

Por su parte, Gudynas [2014] “identifica un campo político conformado tanto por componentes indígenas como occidentales, que coinciden en el cuestionamiento al ‘desarrollo’ capitalista y la postulación de alternativas a éste, más allá de la modernidad/colonialidad”; también lo considera un “campo plural” de diferentes “buenos vivires” con sus especificidades, no todas ellas verbalizables o caracterizables desde el saber occidental. Se trata de un “nuevo horizonte histórico, un proyecto liberador alternativo anclado en la idea básica de restablecer las relaciones de complementariedad y reciprocidad entre las personas y con la ‘Naturaleza’ a fin de proteger la Vida en general” [López, 2012; 2014]. Asimismo, refiere a estrategias diversas de viejo cuño que provienen principalmente de pueblos originarios,³ pero impulsadas en la actualidad para enfrentar las presiones que imponen los procesos de dominación y explotación de la

3. El reconocimiento y respeto a la diversidad permitiría “desindianizar” los aportes no-occidentales; la categoría “indio” o indígena perdería centralidad para hacer visibles las contribuciones de los pueblos quechua, aymara, kichwa, ashuar y un largo etcétera, con sus particularidades, reconociendo que estas identidades no son puras sino que están interrelacionadas o “hibridadas” con lo moderno occidental, puesto que “no todos los indígenas son promotores del Buen Vivir”, lo que no es un demérito pues “ni todos los alemanes son ambientalistas ni todos los franceses entienden qué sucedió en su revolución” [Gudynas, 2014: 136-144].

modernidad/colonialidad, entendiendo que “no son resabios de un pasado perfecto e inmutable” [Quintero, 2014] sin esencializaciones e idealizaciones.

Para el caso de Bolivia —que junto con Ecuador han colocado en sus textos constitucionales estos temas—, Uzeda [2009] señala que “el Buen Vivir tiene tres acepciones: (a) como ‘precepto moral’, vivir respetando valores como la relacionalidad, correspondencia, complementariedad y reciprocidad; (b) como ‘conquista social’, al ser incluido en la Constitución”, estableciendo la idea de “vida digna” como superación de la pobreza y la exclusión, y el derecho a sus formas propias de vida, lo que de acuerdo con el autor implica “materializar” los discursos sobre el buen vivir, “desmaterializar” los espacios de la vida cotidiana que han sido invadidos por el mercado y el consumismo desenfrenado, y dejar de seguir las pautas de los referentes culturales del Norte; y (c) como “fórmula o consigna política”, significativa, movilizadora y aglutinadora, que “para bien o para mal, puede ser instrumentalizada por gobiernos, partidos políticos y movimientos sociales”. Esto último hace referencia a las disputas en torno a los conceptos, sus significados y significantes, disputas de las que el buen vivir no está exento; por ello se insiste en abordar los buenos vivires desde la des/colonialidad del poder.

LOS BUENOS VIVIRES COMO PROPUESTA EPISTEMOLÓGICA

Como propuesta epistemológica, el buen vivir se refiere a planteamientos que “invitan a romper de raíz con varios conceptos asumidos como indiscutibles, empezando por el concepto tradicional de ‘progreso’ y ‘desarrollo’” [Acosta, 2014: 121]; se abre una posibilidad a la descolonialidad del saber y se relativiza el eurocentrismo.

Los buenos vivires suponen una ruptura con el dualismo radical propio del eurocentrismo. La dicotomía sujeto-objeto, que supuso la separación hombre-humano/naturaleza y la legitimación del dominio y la explotación de la segunda por el primero, es cuestionada desde las propuestas andinas —y de otras latitudes— de los buenos vivires (*sumaq kawsay* en quechua y *suma qamaña* en aymara); los seres —humanos y no humanos— existen siempre en relación, nunca como objetos o individuos.⁴ En ese sentido:

4. Escobar señala que la *relacionalidad* se extiende a una vasta variedad de terrenos teóricos —desde la geografía, la antropología y los estudios culturales hasta la biología, la informática y la

El vivir bien no puede concebirse sin la comunidad. Irrumpe para contradecir la lógica capitalista, su individualismo inherente, la monetarización de la vida en todas sus esferas, la desnaturalización del ser humano y la visión de la naturaleza como “un recurso que puede ser explotado, una cosa sin vida, un objeto a ser utilizado” [...]. Al hablar de vivir bien se hace referencia a toda la comunidad, no se trata del tradicional bien común reducido o limitado sólo a los humanos, abarca todo cuanto existe, preserva el equilibrio y la armonía entre todo lo que existe [pues está la] conciencia de que todo está conectado, todo está relacionado y todo es interdependiente. En el vivir bien no existen las jerarquías sino las responsabilidades naturales complementarias [...]. Nosotros no somos dueños de la tierra, nosotros pertenecemos a ella. Entonces, más que reclamar un derecho de propiedad, lo que pedimos es el “Derecho de Relación” con la Madre Tierra [Huanacuni, 2010: s.p.].

Así pues, la relacionalidad, la interconexión, la interdependencia y la interrelación son principios del *cosmocimiento* o *cosmoconciencia* andina [Oviedo, 2012]⁵ que contrastan de manera total con el dualismo radical del eurocentrismo. Dávalos [2008] sostiene que la teoría económica vigente adscribe el paradigma cartesiano del hombre como “amo y señor de la naturaleza” y la comprende desde un ámbito externo a la historia humana; en cambio, los buenos vivires incorporan la “naturaleza” en la historia.

Entonces, con los buenos vivires: 1) se abandona la pretensión del “desarrollo” como un proceso lineal, de secuencias históricas que deben repetirse; 2) se defiende una relación con la Madre Tierra no objetivada o cosificada; 3) las relaciones sociales no se limitan al plano económico mercantil, en el que

ecología— asociados con categorías como ensamblajes, redes y actor-redes, ontologías no dualistas y relacionales, emergencia y autoorganización, horizontalidad, hibridez, virtualidad, etc. [Escobar, 2014: 86].

5. El autor apela por estos términos para desligarse de la palabra “cosmovisión” en referencia a lo andino, al plantear que la “visión” entraña una posición básicamente intelectual, racional, lógica, interpretativa (pensamiento) que se asocia con un conocimiento objetivo que se superpone y anula el conocimiento subjetivo —lo sensitivo, perceptivo, emocional, ritual, artístico, mágico, vivencial (sentimiento)—, que el autor considera el otro componente básico complementario de la vida. Busca dar cuenta de una conciencia, asimilada como forma de sabiduría, cosmocimiento —conocimiento del pensamiento/sentimiento—, entendimiento, comprensión y asimilación desde lo intelectivo-perceptivo-espiritual-vivencial, en el cual no hay separación ni preeminencia de uno sobre otro [Oviedo, 2012: 51].

todo se reduce a cosas o mercancías; 4) se reconceptualiza la calidad de vida o “bien-estar” en formas que no dependen solamente de la posesión de bienes materiales o los niveles de ingreso; 5) se va más allá de una postura materialista, ya que en su seno conviven otras espiritualidades y sensibilidades; 6) se lucha por la descolonización de los saberes, y 7) por una toma de decisiones democrática, orientada a la socialización del poder, categoría ésta que permite cuestionar la naturalización del Estado como única y legítima autoridad pública colectiva en todo tiempo y todo espacio, proponiendo formas no estatales de su ejercicio. Quijano [1981, 1992] ha llamado la atención acerca de cómo en el marxismo la idea de comuna-democracia directa, planteada a partir de la Comuna de París en 1871 por Marx, fue desplazada por la propuesta de captura del Estado al asignarle a éste la función rectora en camino hacia otra sociedad.

Uno de los elementos más importantes de los buenos vivires es la identificación de valores intrínsecos en lo no-humano, lo que lo distancia de manera radical de la mirada dualista eurocéntrica. En función de esta nueva mirada se redefinen de inmediato las comunidades, ampliándose a lo no-humano, y se generan concepciones alternas de la “naturaleza” [Gudynas y Acosta, 2011]. Éste es, pues, uno de los aportes fundamentales del buen vivir: recuperar la unidad, la complementariedad entre sociedad y “naturaleza”, y establecer entre ambas un vínculo relacional y no de exterioridad, como una alternativa que surge de los pueblos latinoamericanos y como una vía para la subsistencia humana con base en los conocimientos ancestrales de respeto a la Madre tierra. Los buenos vivires plantean una nueva forma de relación entre los seres humanos y no humanos, una relación de reciprocidad y complementariedad que se expresa en la necesidad de reconocer los límites físicos del “desarrollo” convencional y subordinar los objetivos “económicos” al funcionamiento de los sistemas naturales, sin perder de vista el respeto a la dignidad y la mejoría de la calidad de vida de las personas [Acosta, 2010 y 2011]. Esta lucha de liberación es, ante todo, un esfuerzo político que empieza por reconocer que el capitalismo, y en general el patrón de poder actual, destruye sus propias condiciones biofísicas de existencia.

Como plantea Nancy Fraser [2024] en su libro *Capitalismo caníbal*, este sistema devora todo lo que es esencial para vivir, canibaliza el trabajo femenino y el de la naturaleza, los somete a las leyes del mercado, y subordina la reproducción social y la ecológica-ambiental a la reproducción de capital, lo que se expresa en la crisis del cuidado y la crisis ecológica. Fraser apunta que se

requiere explorar otras perspectivas para construir un orden social alternativo sobre la base de una mirada integral de la vida, no sólo desde lo económico, sino considerando aquellos aspectos que han estructurado la sociedad capitalista, “sobre todo el género/la sexualidad, la raza/el imperio, la ecología y la democracia” [Fraser, 2024: 213]. Es decir, necesitamos una mirada amplia de la sociedad capitalista para visibilizar las diversas injusticias estructurales, no nada más la explotación de clase. Propone un doble giro epistemológico que no se enfoque únicamente en la producción, sino que considere la reproducción social y la preservación de la naturaleza, la capacidad de la Tierra para sustentar la vida y renovarse. Para ello, señala, se “debe poner fin al aprovechamiento parasitario de la naturaleza por parte del capital, así como a la explotación de la riqueza de los pueblos sometidos y, con ellos, a la opresión racial/imperial” [Fraser, 2024: 219].

DIFICULTADES PARA CONSTRUIR ALTERNATIVAS

En el plano más concreto de las expresiones de los buenos vivires, su inclusión como principio rector en las constituciones de Bolivia y Ecuador es un hito de gran relevancia que se ha traducido en los planes nacionales de “desarrollo” de dichos países, valga decir, con diversas tensiones y contradicciones [Escobar, 2014; Gudynas, 2011a].

No obstante, las realidades políticas de estas casi dos décadas del presente siglo están lejos de haber seguido esta orientación, pues tanto en Ecuador como en Bolivia los gobiernos denominados “progresistas” han seguido una orientación que ha afianzado la dominación capitalista colonial-moderna, que fortalece el Estado-nación monocultural; en lugar de avanzar hacia el Estado plurinacional, se ha consolidado el Estado monocultural; en lugar de comenzar la modificación de la matriz productiva al favorecer la integración de la producción y el consumo a partir de los bienes naturales propios del país y sentar las bases de una organización económica comunitaria-solidaria, se ha aumentado el poder de las empresas capitalistas transnacionales y nacionales al profundizar el extractivismo capitalista, la reprimitización de la economía, la devastación de la Madre Tierra y el despojo de los territorios “indígenas”.

Esta realidad adversa a los movimientos de resistencia que distorsionó e instrumentalizó la propuesta de los buenos vivires, que emergió de las

comunidades indígenas, requiere una severa crítica, que puede tener un importante sustento desde la teoría de la des/colonialidad del poder, pues de lo que se trata es de impulsar un proyecto político que parta de la interculturalidad crítica, es decir del diálogo de saberes en igualdad política y epistémica, que reconozca e incorpore las cosmovisiones, los saberes y las prácticas, así como las racionalidades solidarias y liberadoras “indígenas”, en el impulso de otra sociedad basada en el trabajo y la propiedad colectivos, el autogobierno, la generación creciente de valores de uso, los diferentes, en la profundización del Estado plurinacional, el respeto a la Madre Tierra y la igualdad en términos de sexo-género-sexualidad, a partir de identificar la existencia de una disputa entre racionalidades (una instrumental y otra solidaria y liberadora), vinculadas con visiones del mundo y relaciones de poder subjetivas y materiales entre dominantes y dominados, explotadores y explotados, y que debe seguir haciendo un esfuerzo por desnaturalizar y desobedecer el sentido común hegemónico que se origina en el eurocentrismo, su racionalidad, su modo de producir saberes científicos, su imaginario y su memoria histórica, para legitimar este patrón de poder moderno-colonial, capitalista, mundial, eurocentrado y patriarcal [Quijano, 2014; Martínez y Acosta, 2017; Prada, 2011].

Asimismo, se ha incluido en las discusiones de diversos movimientos sociales el reclamo de aplicabilidad que se le hace al buen vivir, lo que en los casos de Bolivia y Ecuador se asocia con la dificultad práctica de los planes y programas, esto es, las acciones concretas no responden a los preceptos, lo que han reconocido los propios promotores de los buenos vivires, pues se enfrentan a incapacidades, manipulaciones o inercias gubernamentales, o responden a una perspectiva más propagandística del buen vivir. También es posible señalar que el buen vivir no se presenta a sí mismo como una disciplina académica, una estrategia de acción o un plan de gestión gubernamental, de hecho, Gudynas considera que se trata de una “filosofía política”, usando el término occidental más cercano, y añade:

Es un lugar donde se encuentran otros conceptos, tales como participación, igualdad, democracia, etc. Esas ideas no son planes de acción en sí mismas, aunque de ellas se derivan planes de acción de acuerdo con las diferentes formas en que son entendidas [...]. El buen vivir en sentido sustantivo se ubicaría en el plano de otras ideas guía como participación o igualdad, ¿cuál es el problema en encontrar diferentes contenidos o

presenciar debates entre distintos abordajes? Resulta sorprendente que se reconozca como positiva la exploración de distintas concepciones, pongamos por caso, de la participación, las que a su vez generarán distintas aplicaciones concretas, pero se cuestione eso en el caso del buen vivir, exigiendo una unidad monolítica y un manual de aplicación asociado [Gudynas, 2014: 138-140].

Por ello hablamos de tendencias a la descolonialidad del poder y a los buenos vivires descoloniales, no a proyectos acabados, que se identifican en la construcción de diversas experiencias, que plantean alternativas al desarrollo, como las que se presentan en los capítulos 5 y 6 de este libro. No se trata de negar la necesidad de operativizar la propuesta de los buenos vivires en escalas mayores, aunque rebasa los alcances de esta contribución. Aquí se busca presentar los aspectos más generales y sustanciales de lo que consideramos una propuesta societal alternativa a la modernidad/colonialidad no exenta de dificultades. Una primera dificultad que sortear es la persistencia del discurso del “desarrollo” como una idea fuerza; a pesar de la evidencia de sus limitaciones e impactos, existe un fuerte apego a viejas ideas y dificultades para imaginar alternativas [Gudynas, 2011b].

REFLEXIONES FINALES

Pensar en alternativas implica, como se ha venido insistiendo, una ruptura epistemológica con el eurocentrismo y una apertura para aprender a desaprender, abandonar los dualismos y las jerarquizaciones legitimados por la intersubjetividad eurocéntrica y que han naturalizado —y a la vez velado— relaciones de dominación y explotación entre los seres humanos y de éstos con la Naturaleza. Insistimos, pues, en la pertinencia y la posibilidad de descolonizar el saber, de abrirnos a las epistemologías del Sur, reconocer procesos en curso y “evaluarlos” con generosidad, ya que, como señala De Sousa [2010: 14]: “Lo nuevo tiene en su contra no solamente teorías y conceptos viejos, sino también fuerzas sociales y políticas que se movilizan con particular eficacia cuando son confrontadas con algo nuevo”.

En la tarea de operativización del buen vivir en indicadores y políticas es pertinente apuntar la necesidad de abrir espacio a los saberes propios y las realidades concretas de las poblaciones ya que no es posible continuar con

acciones de intervención para el “desarrollo” de carácter vertical que perpetúan una relación de exterioridad sujeto-objeto y que muchas veces se contraponen con las racionalidades o cosmoconciencias propias de esos pueblos o comunidades.

BIBLIOGRAFÍA

- Acosta, A. [2014], “El Buen Vivir, una alternativa al desarrollo”, en Pablo Quintero (comp.), *Crisis civilizatoria, desarrollo y Buen Vivir*, Buenos Aires, Del Signo: 127-134.
- Acosta, A. [2011], “Sólo imaginando otros mundos, se cambiará éste. Reflexiones sobre el Buen Vivir”, en Ivonne Farah y Luciano Vasapollo (coords.), *Vivir bien: ¿Paradigma no capitalista?*, La Paz, CIDES-UMSA/Sapienza/Oxfam: 189-208.
- Acosta, A. [2010], “Hacia la Declaración Universal de los Derechos de la Naturaleza”, *Revista América Latina en Movimiento*, 454.
- Coneval [2020], *Pobreza rural en México*, México, Coneval.
- Dávalos, P. [2008], “Reflexiones sobre el *sumak kawsay* (el buen vivir) y las teorías del desarrollo”, Plataforma Buen Vivir, recuperado de <<https://n9.cl/2rcsk>>.
- Escobar, A. [2017], “Desde abajo, por la izquierda y con la tierra: la diferencia de Abya Yala/ Afro/Latino/América”, en H. Alimonda (coord.), *Ecología política latinoamericana*, México, UAM/Clacso: 51-68.
- Escobar, A. [2014], “América Latina en una encrucijada: ¿modernizaciones alternativas, posliberalismo o posdesarrollo?”, en Pablo Quintero (comp.), *Crisis civilizatoria, desarrollo y Buen Vivir*, Buenos Aires, Del Signo: 59-106.
- Escobar, A. [2012], “Más allá del desarrollo: posdesarrollo y transiciones hacia el pluriverso”, *Revista de Antropología Social*, Universidad Complutense de Madrid, 21: 23-62.
- Escobar, A. [2007], *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*, Caracas, El Perro y la Rana/Ministerio del Poder Popular para la Cultura.
- Escobar, A. [2005], “El ‘postdesarrollo’ como concepto y práctica social”, en Daniel Mato (coord.), *Políticas de economía, ambiente y sociedad en tiempos de globalización*, Caracas, Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, Universidad Central de Venezuela: 17-31.
- Estermann, J. [2012], “Crisis civilizatoria y Vivir Bien. Una crítica filosófica del modelo capitalista desde el *allin kawsay/suma qamaña*”, *Polis. Revista Latinoamericana*, 11 (33): 149-174.
- Esteve, G. [1996], “Desarrollo”, en Wolfgang Sachs (ed.), *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, Lima, PRATEC: 52-78.

- FAO [2018], *Panorama de la pobreza rural en América Latina y el Caribe*, Santiago, FAO.
- Fraser, N. [2024], *Capitalismo caníbal. Qué hacer con este sistema que devora la democracia y el planeta, y hasta pone en peligro su propia existencia*, México, Siglo XXI.
- Furtado, C. [1974], “El mito del desarrollo y el futuro del Tercer Mundo”, *El Trimestre Económico*, 41 (162) 2: 407-416.
- Giraldo, O. [2014], *Utopías en la era de la supervivencia. Una interpretación del Buen Vivir*, México, Ítaca.
- Gudynas, E. [14 de julio de 2017], “Postextractivismos en Ecuador: indultar a la Naturaleza”, *Plan V*: 1-7, recuperado de <<https://n9.cl/5p1hq>>.
- Gudynas, E. [2014], “El malestar moderno con el Buen Vivir”, en Pablo Quintero (comp.), *Crisis civilizatoria, desarrollo y Buen Vivir*, Buenos Aires, Del Signo: 135-162.
- Gudynas, E. [2011a], “Tensiones, contradicciones y oportunidades de la dimensión ambiental del Buen Vivir”, en Ivonne Farah y Luciano Vasapollo (coords.), *Vivir bien: ¿Paradigma no capitalista?*, La Paz, CIDES-UMSA/Sapienza/Oxfam: 231-246.
- Gudynas, E. [2011b], “Más allá del nuevo extractivismo: transiciones sostenibles y alternativas al desarrollo”, en Fernanda Wanderley (coord.), *El desarrollo en cuestión. Reflexiones desde América Latina*, La Paz, Oxfam-CIDES UMSA: 379-410.
- Gudynas, E. y Acosta, A. [2011], “El buen vivir o la disolución de la idea del progreso”, en Mariano Rojas (coord.), *La medición del progreso y del bienestar. Propuestas desde América Latina*, México, Foro Consultivo Científico y Tecnológico: 103-110.
- Hernández, J. [2021], “La agricultura mexicana del TLCAN al T-MEC: consideraciones teóricas, balance general y perspectivas de desarrollo”, *El Trimestre Económico*, 88(352): 1121-1152, México, FCE, octubre-diciembre, <<https://doi.org/qs8m>>.
- Huanacuni, F. [2010], *Buen Vivir/Vivir Bien. Filosofía, políticas, estrategias y experiencias regionales andinas*, Lima, CAOI.
- Jackson, T. [2022], *Prosperidad sin crecimiento. Bases para la economía de mañana*, México, FCE.
- Lander, E. [2000], “Ciencias sociales: saberes coloniales y ‘eurocéntricos’”, en Edgardo Lander (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas Latinoamericanas*, Buenos Aires, Clacso: 11-40.
- Lander, E. [2019], *Crisis civilizatoria. Experiencias de los gobiernos progresistas y debates en la izquierda latinoamericana*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- López, D. [2014], “La reciprocidad en las prácticas de solidaridad económica en México”, en Boris Marañón (coord.), *Descolonialidad y cambio societal: experiencias de solidaridad económica en América Latina*, México, Clacso/IIEC/UNAM: 165-202.
- López, D. [2012], “La relevancia de la reciprocidad como relación social primordial en las propuestas de solidaridad económica y de una sociedad alternativa: algunas

- reflexiones teóricas”, en Boris Marañón (coord.), *Solidaridad económica y potencialidades de transformación en América Latina. Una perspectiva descolonial*, Buenos Aires, Clacso: 155-180.
- Marañón, B. [2014], “Crisis global y descolonialidad del poder: la emergencia de una racionalidad liberadora y solidaria”, en Boris Marañón, (coord.), *Buen vivir y descolonialidad: crítica al desarrollo y la racionalidad instrumentales*, México, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM: 20-59.
- Marañón, B. [2012], “Hacia el horizonte alternativo de los discursos y prácticas de resistencias, descoloniales. Notas sobre la solidaridad económica en el Buen Vivir”, en Boris Marañón (coord.), *Solidaridad económica y potencialidades de transformación en América Latina. Una perspectiva descolonial*, Buenos Aires, Clacso: 125-154.
- Marañón, B. y López, D. [2020], “Des/colonialidad del poder, crisis del ‘progreso’-‘desarrollo’ y emergencia de los Buenos vivires como nuevo horizonte de sentido histórico”, *Bajo el Volcán*, 1 (2): 77-112, recuperado de <<https://n9.cl/bwufx>>.
- Martínez, E. y Acosta, A. [2017], “Los Derechos de la Naturaleza como puerta de entrada a otro mundo posible”, *Revista Direito e Práxis*, 8(4): 2927-2961.
- Morales, R. [24 de mayo de 2024], “Exportaciones de productos de México crecieron 4.1 % en 2024”, *El Economista*, recuperado de <<https://n9.cl/suzh3>>.
- ONU [1987], *Informe de la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo*, Organización de Naciones Unidas.
- Oviedo, A. [2012], “El posmoderno buen vivir y el ancestral sumakawsay”, en Alejandro Guillén y Mauricio Phélan (comps.), *Construyendo el Buen Vivir*, Cuenca, PYDLOS/ Universidad de Cuenca: 49-82.
- Prada, R. [2011], “La defensa de los derechos de la Madre tierra en el TIPNIS”, *Nuestra América*, octubre, 16: 52-60.
- Prebisch, R. [1981], *Capitalismo periférico: crisis y transformación*, México, FCE.
- Quijano, A. [2014], “Presentación. Un nuevo debate latinoamericano”, en Aníbal Quijano (ed.), *Des/colonialidad y bien vivir. Un nuevo debate en América Latina*, Lima, Cátedra América Latina y la Colonialidad del Poder, Editorial Universitaria.
- Quijano, A. [2011a], “‘Bien vivir’: entre el ‘desarrollo’ y la ‘des/colonialidad del poder’”, *Ecuador Debate*, 84: 77-87.
- Quijano, A. [2011b], “Arguedas: Poética de la verdad”, en Ramón Mujica (comp.), *Segunda mesa redonda sobre Todas las Sangres*, Lima, Biblioteca Nacional del Perú.
- Quijano, A. [2000], “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en Edgardo Lander (comp.), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, Clacso: 201-246.

- Quijano, A. [1992], “Después de la caída. El significado de la crisis del socialismo para América Latina y Europa del Este”, en Heraclio Bonilla (ed.), *Después de la caída. El significado de la crisis del socialismo para América Latina y Europa del Este*, Quito, Flacso: 43-48.
- Quijano, A. [1990], “Estética de la utopía”, *Hueso Húmero*, diciembre, 27: 32-42.
- Quijano, A. [1981], “Poder y democracia en el socialismo”, *Sociedad y Política*, 12: 32-42.
- Quintero, P. [2014], “Introducción”, en Pablo Quintero (comp.), *Crisis civilizatoria, desarrollo y Buen Vivir*, Buenos Aires, Del Signo: 11-26.
- Razo, A. y Mendoza, D. [2021], “Más del 50 por ciento del consumo de alimentos en México depende del exterior”, *Global Revista*, 17 de marzo, UNAM, recuperado de <<https://n9.cl/qwzi51>>, consultado el 22 de octubre de 2024.
- Rostow, W.W. [1959], “The stages of economic growth”, *The Economic History Review*, 12 (1): 1-16.
- Sandoval, E. [2022], *Sentipensar intercultural y metodología para la sustentabilidad de desarrollos otros*, México, UAIM.
- Sousa Santos, B. de [2010], *Refundación del Estado en América Latina. Perspectivas desde una epistemología del Sur*, La Paz, Plural.
- Uzeda, A. [2009], “Suma qamaña. Visiones indígenas y desarrollo”, *Traspatios*, 1: 33-51.

ALCANCES Y LÍMITES DE LA POLÍTICA PÚBLICA PARA EL DESARROLLO RURAL DE MÉXICO, 1990-2024

Argelia Salinas

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este trabajo es analizar los aspectos relevantes de la visión oficial acerca de las transformaciones del sector agropecuario mexicano. Esta visión se ha venido plasmando en la política pública rural mediante los planes y programas sectoriales, es decir, en el Plan Nacional de Desarrollo que el poder Ejecutivo da a conocer cada año en nuestro país, en el que se incluye el capítulo orientado al desarrollo rural.

A mayor precisión, nos interesa conocer si tal visión muestra congruencia con el concepto de desarrollo que, en principio, es diferente al de crecimiento. Para ello iniciaremos con una revisión de este concepto y sus diferentes significados a lo largo de los principales periodos del capitalismo mexicano posterior a la segunda guerra mundial.

Esta revisión se acompaña de la crítica al marco analítico de los documentos oficiales que constituyen el trasfondo de la visión del Estado mexicano y que se corresponden con la concepción económica dominante en cada periodo, misma que, en los hechos, niega cualquier objetivo de desarrollo. Así, por ejemplo, los conceptos de modernización, globalización o de nueva ruralidad han ido ganando terreno tanto en los círculos gubernamentales como en los académicos. De esta manera se arriba a una conceptualización por lo menos ecléctica durante el último periodo de gobierno que, afirmándose como anti-neoliberal, pretendió rescatar parcialmente las funciones del Estado.

ANTECEDENTES. AUJE Y DECLIVE DEL MODELO DE SUSTITUCIÓN DE IMPORTACIONES DE LA ECONOMÍA MEXICANA

La década de los sesenta fue sin duda la época dorada de la economía mexicana. Entre 1940 y 1960, en México y en general en América Latina se impulsó el modelo de sustitución de importaciones (MSI), en el que a partir de las divisas generadas por las exportaciones agrícolas se logró importar los bienes de capital requeridos por la industria. Otra función relevante de la agricultura consistió en solventar la demanda interna de alimentos; hay que resaltar que en este periodo las importaciones de alimentos no superaron el 2 % de la oferta total, además de cumplir con la provisión de insumos para la industria nacional [Palacio *et al.*, 2011: 37]

En aquel periodo de altas tasas de crecimiento con estabilidad del tipo de cambio e índices marginales de inflación, los grandes empresarios se beneficiaron con abultadas ganancias; ello fue posible gracias a los subsidios y la protección contra la competencia externa.

Otro factor coadyuvante por el lado de la demanda fue el incremento sostenido del salario real y la expansión de los programas de asistencia y seguridad social.

Durante este periodo, el papel del Estado fue de gran relevancia pues lideró el fomento, la regulación y la protección del sector productivo frente al exterior; esta política estatal favoreció tanto la producción como la exportación de alimentos. De igual modo, la inversión en infraestructura física y social favoreció el crecimiento económico y alentó la inversión en varios países de América Latina, en especial Brasil y México [Vázquez, 2017: 12]. En este contexto, México se caracterizó por la autosuficiencia alimentaria.

En la década de los ochenta las promesas del modelo neoliberal aplicado al campo mexicano mostraron todo lo contrario. El producto interno bruto (PIB) agropecuario y forestal descendió un 9.5 % durante 2002-2004 respecto del periodo 1980-1982; en este mismo lapso la producción per cápita de granos disminuyó un 9.8 % y la de carnes rojas bajó un 29.3% [Calva, 2007: 20]. La tendencia decreciente del PIB agropecuario en 2009 llegó a la cifra del -3 % como consecuencia de la crisis mundial de 2008 para luego recuperarse con el 4.3 % en el año 2015. Cinco años después, en 2020, el PIB agropecuario decreció debido a la crisis económica y sanitaria y registró la cifra del -4.6% del PIB [Banco Mundial y OCDE, 2024: s.p.]. En lo referente al comercio, la cancelación

de los precios de garantía derivó en un drástico descenso del importe de los productos agropecuarios de México en los que el país tiene desventajas comparativas, de tal modo que los productores de maíz perdieron el 50.3 % del poder adquisitivo de su grano, los de trigo perdieron el 49.6 % y los de frijol, el 45.3 % [Calva, 2007: 21]

Bajo el nombre de políticas de ajuste y reestructuración, a finales de los ochenta se empezó a privilegiar la participación del capital privado en la economía nacional conforme a la tendencia mundial hacia la imposición del modelo económico neoliberal.

La propiedad y la calidad de los suelos para la producción agropecuaria en México constituyen otro factor determinante de las condiciones productivas de los pequeños y medianos productores. Además de la permanencia de un sector latifundista que cuenta con las mejores tierras irrigadas del país, las reformas neoliberales se enfocaron en una suerte de privatización del ejido por medio del Programa de Certificación de los Derechos Ejidales Agrarios (Procede) aplicado en 1992. Se pensó que con dicho programa se podía impulsar un mercado de tierras con nuevos propietarios con alta capacidad de inversión para competir en un mercado mundial con mayores exigencias. Ese intento no fructificó debido, entre otras causas, a que los ejidatarios y campesinos de México cuentan con tierras sumamente dependientes de la lluvia, ubicadas, además, en zonas con características que no facilitan el uso de tractores debido a su orografía. Por el contrario, los ejidatarios y comuneros se apoyaron en el programa de certificación para que, a pesar de las condiciones limitadas, siguieran trabajándolas [Appendini, 2010: 91].

En síntesis, fue la propia crisis estructural la que anuló todo intento de solución dentro del modelo virtuoso de la economía mixta de posguerra. México, entre las principales economías primario-exportadoras de América Latina, había superado esa etapa y los efectos negativos sobre los pequeños productores no fueron menores. La producción de granos básicos se tornó insuficiente frente al crecimiento de la población, lo que dio lugar a una tendencia a importar esos alimentos además de recurrir a la ampliación de la frontera agrícola [Cardoso y Pérez, 1987: 190].

Las condiciones de la acumulación habían cambiado y era preciso adecuarse a los nuevos tiempos. La profundización de las políticas de ajuste habían avanzado ya bastante cuando los miembros de las escuelas de pensamiento económico dominantes se percataron de que los mecanismos de reestructuración

apuntaban hacia un nuevo modelo de acumulación y que para orientarse y encauzar la política económica favorable al capital se requería un marco conceptual de referencia que más que explicar las causas del colapso diera cuenta de la estructura económica más conveniente al capitalismo y de los mecanismos para construirla, esto es, que cohesionara la conciencia burguesa en torno a sus propósitos comunes.

Es así como desde los años sesenta saltaría a la palestra la concepción económica neoliberal que había larvado por largo tiempo en el subsuelo de los éxitos atribuidos al keynesianismo, pues, como nos lo recuerda Perry Anderson [1996], el neoliberalismo hunde sus raíces ideológicas en la década de los cuarenta del siglo xx y su adalid es el economista austriaco Fiedrich Hayek, quien convoca en 1947 a otros intelectuales que comparten su orientación a un encuentro en Mont Pelerin, Suiza, donde se funda la sociedad que lleva el nombre del lugar de reunión, con el propósito de combatir el keynesianismo, pues, según ellos, la regulación del mercado con fines igualitaristas destruía la libertad y la competencia, motores de la prosperidad. En pleno auge de la llamada economía mixta poco podían incidir las apelaciones neoliberales. Sin embargo, al sobrevenir la crisis general a inicios del decenio de los sesenta, y con ella la quiebra teórica del keynesianismo, la mesa ideológica sustituta ya estaba puesta y se privilegió el mercado al mismo tiempo que se redujo la participación del Estado. De igual manera, se difundió en general el concepto de “globalización” para en apariencia explicar la nueva dinámica de la economía mundial. Veamos cómo la “globalización” y la “economía pura de mercado” confluyen en lo que los analistas críticos denominaron el modelo económico neoliberal.

EL CONCEPTO DE GLOBALIZACIÓN EN EL MARCO DEL NEOLIBERALISMO Y SUS IMPLICACIONES

Como lo refiere Guillermo de la Dehesa [2000: 18], uno de los primeros analistas que utilizó el término “globalización” fue Theodore Lewitt, en 1983, para referirse a la globalización de los mercados, es decir, a un libre comercio mundial sin trabas por parte de los Estados nacionales. En este sentido económico “la globalización equivaldría a una convergencia de los mercados que permitiría a las empresas multinacionales vender los mismos bienes de la misma manera en todo el mundo” [Guillén, 2005: 27]. Este autor nos plantea que la

globalización —retomando a Joachim Hirsh— es un fenómeno multidimensional que abarca cuatro dimensiones: la técnica, que se refiere al surgimiento de nuevas tecnologías que se expanden a escala planetaria; la política, relacionada con la división del mundo en bloques enemigos y donde Estados Unidos se configuró como la potencia militar dominante mundial; la ideológico-cultural, que se refiere a la universalización de modelos de valor y la generalización del modelo de consumo capitalista; y una dimensión económica relacionada con la liberalización del movimiento de mercancías, servicios, capitales y dinero [Guillén, 2005: 29]. En este contexto, “la globalización” aparece como concepto paralelo al de neoliberalismo, es decir, el nuevo modelo de economía pura de mercado contrapuesta al modelo keynesiano que implica la intervención amplia de mercado.

Desde luego el término no nace en el vacío; en esos años el estrangulamiento de los mercados representaba un problema crucial para las empresas de los países avanzados, por lo que no es extraño que se propusiera la flexibilización de las fronteras políticas al comercio internacional. Pero es a partir del llamado Consenso de Washington que adquiere su conformación más acabada, es decir, cuando ya era de aceptación general que la meta no consistía en regresar a la vieja versión estatista de la economía, sino avanzar en el allanamiento de todos los obstáculos al libre juego de la oferta y la demanda.

En efecto, en la primavera de 1989 John Williamson [2004], miembro del Institute for International Economics, al intervenir en el senado estadounidense en favor del Plan Brading para ayudar a los países deudores, aduce también que estos países debían implantar cambios profundos en su política económica. La idea es retrabajada por Williamson y ese mismo año propone el término “Consenso de Washington” en una conferencia convocada por dicho Instituto.

En realidad, la propuesta de Williamson no era novedosa. Como ya se vio en el apartado anterior, desde mediados de los setenta varios países venían implantando políticas de ajuste. La originalidad consistía más bien en la propuesta de profundización de las políticas de corte neoliberal con carácter permanente y no transitorio y, por otra parte, en constituirse en el intelectual que cohesionaba la conciencia de su clase en torno a los propósitos comunes respecto a la economía mundial, en especial en las altas esferas de las decisiones económicas en Washington: los miembros del Congreso, el personal directivo de la administración pública, la Reserva Federal, la burocracia de las instituciones financieras internacionales, las agencias económicas del gobierno

estadounidense y los círculos intelectuales. Es decir, Williamson retoma las ideas coincidentes de estos grupos (de ahí el término “consenso”) y las estructura en un conjunto de propuestas coherentes, resumidas en 10 puntos:

- 1) Disciplina fiscal.
- 2) Reordenamiento de las prioridades en el gasto público.
- 3) Reforma fiscal.
- 4) Liberalización de las tasas de interés.
- 5) Tasas de cambio competitivas.
- 6) Liberalización del comercio internacional.
- 7) Apertura a las inversiones extranjeras directas.
- 8) Privatización.
- 9) Desregulación económica.
- 10) Preservación de los derechos de propiedad [Williamson, 2004: 3].

Desde entonces, este decálogo del neoliberalismo se conoce como el Consenso de Washington, un verdadero catecismo que deben aplicar los países. Conviene destacar la siguiente apreciación de este autor: “El objetivo principal del Consenso de Washington (1990) fue en su origen detener el alza de los precios, muy intensa en América Latina durante los años noventa. Se presenta de manera similar a los 10 mandamientos y tiene un hilo conductor: la liberalización de los mercados” [Salama, 2006: 25].

De acuerdo con el Consenso, ya no es bajo la conducción del Estado sino de la libre concurrencia que habrá de generarse riqueza y bienestar social. El examen de sus implicaciones, la negativa del gobierno estadounidense a implantar en su propio país lo que preconiza para otros, así como los resultados nefastos experimentados ya por varios países, obligados a dar marcha, no pueden sino llevar a la conclusión de que no son precisamente la prosperidad ni el crecimiento sin inflación la consecuencia infalible de la aplicación del decálogo.

Como quiera que sea, la idea de globalización adquiere su forma más acabada en el Consenso coincidiendo con éste en lo referente a que el libre mercado exige una participación menos amplia del Estado, así como la desregulación y la apertura de fronteras. Es decir, ambos conceptos se presentan como la única salida posible a los problemas económicos del mundo y en torno a ella se ha creado un conjunto de conceptos secundarios, como el de “governabilidad

global”, mediante la cual se intenta vender la tesis de que la globalización económica implantada por medio de gobiernos legítimos redituará a favor del crecimiento económico.

En otras palabras, se pretende que la desaparición de las fronteras nacionales redundará en beneficio de todos, cuando en realidad más bien apunta hacia una absorción de las economías nacionales débiles por parte de los países avanzados; una suerte de fase superior del imperialismo que está dejando como excrecencia la acentuación masiva de la pobreza en los países subdesarrollados.

LA NUEVA CARACTERIZACIÓN OFICIAL DEL SECTOR RURAL EN MÉXICO

El concepto de “globalización”, que, como ya se refirió, no explica las causas de las crisis, pero pugna por soluciones favorables al capital y en menoscabo de las clases trabajadoras, ha tenido amplia aceptación internacional, al grado de haberse creado ya una contracorriente altermundista que, si bien acepta en principio una mayor integración de los países, considera que no tiene por qué llevarse a cabo necesariamente a costa de los oprimidos. Incluso los gobiernos de algunos países la han rechazado en la versión del Consenso de Washington y buscan soluciones en integraciones regionales menos depredadoras, si bien no exentas de conflictos debido a las presiones de los centros mundiales de poder y de las fracciones de las burguesías internas, que se benefician de su asociación subordinada al imperialismo. Otros gobiernos, más cautos, evaden la jerga neoliberal, pero en la práctica no dejan de apegarse más o menos fielmente a su contenido.

En lo que hace a los gobiernos mexicanos, desde la época de Miguel de la Madrid hasta hoy se han seguido de manera puntual las recetas neoliberales y han hecho suyos los objetivos del Consenso a partir de su edición. Así, asociados con la idea de globalización han surgido otros términos que se aplican a sectores específicos. En particular hay dos en boga: “modernización” y “reformas estructurales”. De acuerdo con la concepción oficial, toda la economía está sujeta a modernización, pero el concepto de “reformas estructurales” se aplica en específico a la esfera laboral, de producción de energía y de recaudación de impuestos, cuidándose, eso sí, de no aclarar en los medios de comunicación masiva que implican la supresión de las conquistas laborales, la privatización de las empresas estatales proveedoras de energía y la aplicación regresiva de impuestos.

Por el contrario, mientras que el concepto de “modernización” es menos utilizado que el de “reformas estructurales” en los sectores antes mencionados, a la agricultura se le aplica casi de forma exclusiva el primero. La connotación es evidente: el campo es lo más atrasado del conjunto económico y ahí más que una reforma se requiere un cambio de la estructura agraria, es decir, una transformación radical de las relaciones sociales imperantes; más específicamente, se precisa el golpe que erradique de una vez por todas al sector campesino.

Carlos Salinas reformó el artículo 27 constitucional con la mira de quitar al ejido su estatus de inalienabilidad y así conformar un mercado de tierras en beneficio de los grandes capitales. Otro paso dado por el gobierno salinista fue la apertura acelerada y unilateral del mercado agropecuario, aun antes de la firma del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), además de haberlo dejado comprometido a la apertura total dentro del área norteamericana para el año 2008.

Al signarse el TLCAN se sabía que habría de impactar de modo negativo en el sector campesino, razón por la cual se fundó el Programa de Ayuda al Campo (Procampo), concebido para apoyar el ingreso de los productores de granos básicos y oleaginosas como compensación por la reducción de precios originada en dicha apertura.

Según un estudio efectuado en la década de los noventa y referido por Casco Flores,

en las unidades de producción de menor tamaño el programa tiende a ser el más importante ingreso monetario. El mayor apoyo relativo se ubica en el estrato de cero a 10 diez hectáreas, donde representa en promedio el 18.24 % del ingreso total de las familias. Sin embargo, en ese estrato se presentan variaciones extremas. En el rango de 8 a 9 hectáreas la importancia relativa del apoyo en el ingreso es del 9.31 %, mientras que en el rango de cero a una hectárea es del 31.95 por ciento [Casco, 1999: 36].

Sin embargo, este programa no tuvo un horizonte temporal indefinido; su vigencia se restringió a 15 años desde su fundación en 1993, es decir, concluyó en 2008, el mismo año en que el sector quedó por completo abierto a la competencia de los otros países integrantes del TLCAN. En el fondo, se trató de un programa de auxilio al campesinado en su fase terminal.

En el mismo artículo de Casco Flores, que entonces fungía como subsecretario de Planeación de la Secretaría de Agricultura, Ganadería y Desarrollo Rural, se sostiene que México requería ajustarse a los desafíos de la globalización. Uno de los principales retos que le planteó la apertura para la estrategia agropecuaria fue la política de precios. En vez de concentrar su atención en la fijación de un precio basado en los costos de producción o de comercialización, dicho precio debería propiciar su verdadero nivel de mercado y al mismo tiempo apoyar las iniciativas que elevaran y diferenciaron el precio para los productores con base en un crecimiento económico, lo que llevó al aumento de los conflictos agrarios; por eso el gobierno de Vicente Fox, que se ufano de antipopulista, se vio obligado a desarrollar, con el nombre de “Oportunidades”, un programa masivo de ayuda a los grupos marginados. Esto fue una clara manifestación de que tras bambalinas no se tenía plena confianza en que los programas de apoyo a la competitividad tendrían un éxito más o menos amplio. Y es que, en efecto, el análisis de los primeros resultados no deja mucho margen al optimismo. Si, por un lado, la oleada de pobreza rural producto de la liberalización apuntó hacia la extinción de los campesinos, por el otro, no se les ofrecía una opción de mejorar sus condiciones de vida en los sectores alternos a los que se les empujó.

La revisión de los programas de gobierno de Carlos Salinas de Gortari hasta el de Enrique Peña Nieto no revela elemento alguno relacionado con lo que se considera “desarrollo”, entendiendo por ello la distribución de la riqueza para proporcionar los medios que permitan a todos los mexicanos una calidad de vida aceptable.

EL CRECIMIENTO Y EL DESARROLLO: ANTECEDENTES Y CONNOTACIÓN ACTUAL

Los conceptos crecimiento y desarrollo han dado lugar a profundos debates, sobre todo cuando el segundo apareció junto a la terminología económica. Es frecuente que estos conceptos se confundan. No obstante, la preocupación internacional por las implicaciones que ambos tienen para la población permanece hasta hoy día. La revisión documental de ambos conceptos nos permite afirmar que el de crecimiento domina el pensamiento económico, como afirma Jones:

El crecimiento económico se ha tratado como una solución para muchos otros problemas económicos. La repetición constante, por parte

de políticos e investigadores, de los atractivos atribuibles a un rápido crecimiento económico ha conseguido que muchos lo consideren como una panacea capaz de curar todos los males económicos [Jones, 1998: 2].

Cabe precisar que el crecimiento económico es el incremento de la riqueza de cualquier país, medido por lo general cada año, mejor conocido como PIB (producto interno bruto), y se expresa en términos monetarios. Es una medición cuantitativa que tiene sus limitantes en tanto que no refleja cómo se distribuye entre la sociedad y menos aún explica la calidad de vida cuando este indicador aumenta.

En cuanto al concepto de desarrollo, al terminar la segunda guerra mundial se comenzó a generar la idea de un necesario crecimiento para arribar al desarrollo. Crecer y luego distribuir la riqueza generada era la idea prevaleciente. Naturalmente, los países subdesarrollados experimentaron una nueva forma de vinculación con el mundo desarrollado y también quedaron cubiertos con el manto teórico del keynesianismo, del crecimiento para el desarrollo y aún más, de la ayuda financiera para el desarrollo con organismos como la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID). Además, nacieron en Breton Woods otras instituciones nuevas como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, la Organización de las Naciones Unidas (ONU), la Organización internacional del Comercio (OIC), el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio (GATT) y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Todas bajo el consenso respecto de la nueva forma de organizarse a partir del Estado nación. Al Estado se le consideró el eje rector de la economía y al conjunto de Estados de mayor desarrollo, el eje del sistema económico mundial.

En esta época predominó la idea de la autodeterminación de los pueblos en el marco de sus respectivos Estados. Asimismo, la planeación económica y la intervención estatal fueron la base del auge de la producción y el comercio exterior. En suma, Breton Woods expresaba la conformación de una nueva estructura económica internacional; no se trataba ya de la confrontación bilateral entre países, sino del sometimiento a normas internacionales que emanarían de instituciones con ese carácter. Dichas instituciones constituyeron el soporte en escala mundial de la función que cada país tendría como objetivo: pleno empleo, estabilidad de precios, tasas aceptables de crecimiento, balanza comercial equilibrada y distribución equilibrada del ingreso. Es decir, estas instituciones se configuraban como la garantía del paradigma keynesiano, que

lo mismo se consideraba aplicable a los países desarrollados que a los subdesarrollados.

No obstante, los países subdesarrollados se integraron al sistema económico mundial de forma subordinada toda vez que los desequilibrios externos de las economías más débiles propiciaban un escaso margen para la toma de decisiones realmente propias, soberanas. Por ejemplo, los fondos prestados se canalizaron al desarrollo del potencial productivo en el sector agropecuario y minero, complementarios con la industria de los países desarrollados. Es así como se empezaron a presentar importantes contradicciones. La industrialización sustitutiva de importaciones se vio truncada en el sector de bienes de capital [Tavares, 1989].

Ya en los setenta se evidenció lo contradictorio de estos procesos: dependencia financiera, dependencia tecnológica y, años después, dependencia alimentaria. Bajo este contexto quedaba en entredicho no sólo el objetivo del crecimiento, sino el de la estabilidad de los precios, el empleo y la distribución equitativa, en suma, el equilibrio macroeconómico y, por tanto, el desarrollo económico y social. Aun así, el interés por el desarrollo económico está presente sobre todo en el ámbito académico, así lo constata la revisión documental. Al respecto, Marshal escribe un relevante artículo en el que expresa las múltiples preocupaciones de lo que implica el desarrollo para América Latina, mismo que por su importancia y vigencia señala:

El desarrollo se convierte en un camino que cada sociedad nacional debe elegir basándose en sus valores y no en un molde que se le impone. Las tendencias subyacentes de voluntarismo en el raciocinio desarrollista reaparecen constantemente en diversas formas para satisfacer las exigencias políticas. Pasan entonces a primer plano varias interrogantes conexas: ¿Puede el “desarrollo” significar lo que se desea que signifique? ¿Tienen todas las comunidades nacionales que hoy existen en el escenario mundial la capacidad y a la vez el derecho de “desarrollarse”? ¿Puede una sociedad o los agentes que actúan en nombre de una sociedad, elegir imágenes del futuro distintas de aquéllas hasta ahora vigentes, sin sentirse limitados por el pasado y el presente de la sociedad, y convertir estas imágenes en realidad a través de una acción racional? ¿En qué condiciones? Suponiendo que el desarrollo puede y debe significar cosas distintas para diferentes sociedades y que el logro de un estilo nacional de desarrollo viable y

aceptable depende tanto de la voluntad política como de condiciones económicas y culturales previas ¿qué utilidad tienen las fórmulas internacionales que establecen lo que debería ser el “desarrollo”? [Marshall 1976: 132].

Más adelante plantea que:

Las declaraciones internacionales yuxtaponen y procuran conciliar proposiciones que derivan de concepciones muy diferentes del desarrollo. La formulación más autorizada y coherente, que aparece en el párrafo 18 de la Estrategia Internacional de Desarrollo, contiene al menos tres proposiciones separables: i) que “la finalidad del desarrollo es dar a todos mayores oportunidades de una vida mejor”; ii) que los objetivos más concretos relacionados con esta finalidad (el crecimiento acelerado, los cambios estructurales, la distribución más equitativa del ingreso y de la riqueza, la ampliación de los servicios sociales, la protección del medio) forman “parte del mismo proceso dinámico”, y son simultáneamente fines y medios; iii) que es a la vez viable y deseable avanzar hacia todos los objetivos al mismo tiempo y en forma “unificada”. La Estrategia enumera los objetivos sociales que hay que unificar en una lista impresionante de compromisos expresados en términos generales; en otra parte se concentra en el objetivo económico más tradicional de alcanzar una tasa de aumento de la producción de al menos 6 % y, en términos relativamente precisos, en los requisitos económicos para alcanzar este objetivo. [...] Los objetivos sociales siguen siendo vulnerables a los argumentos de que el logro de la “finalidad” del desarrollo exige concentración inmediata en el crecimiento acelerado; de que ninguna sociedad es capaz de perseguir en forma “unificada” todos los demás objetivos expuestos en la Estrategia, y de que los intentos de los gobiernos de hacerlo dentro de los sistemas políticos y con los limitados recursos existentes sólo lograrán paralizar la capacidad —en el mejor de los casos insuficiente— de acelerar el crecimiento económico. La meta económica sigue siendo vulnerable al argumento de que una política concentrada en lograr tasas muy altas de crecimiento económico agrava inevitablemente las tensiones societales, agudiza la mala distribución de la riqueza y de poder y distorsiona los estilos de vida en forma que hace cada vez más difícil acercarse a la “finalidad” del desarrollo [Marshall 1976: 132-133].

Amartya Sen ha realizado importantes contribuciones para la comprensión del significado del desarrollo; al respecto, plantea lo siguiente:

El estrecho vínculo entre el desarrollo económico y el crecimiento económico es al mismo tiempo una cuestión de importancia y una fuente de considerable confusión. No cabe duda de que, dadas otras cosas, una expansión de la opulencia debe contribuir a las condiciones de vida de las personas. Al trazar una distinción entre desarrollo y crecimiento, deben distinguirse claramente entre sí. En primer lugar, en la medida en que el crecimiento económico se refiere únicamente al PNB per cápita, deja fuera la cuestión de la distribución de ese PNB entre la población [Sen, 2004: 1].

No obstante, es el marco limitado del crecimiento económico lo que prevalece tanto en el análisis de las instituciones de carácter internacional relacionadas con la problemática rural, agravada por los actuales fenómenos del cambio climático, como en el enfoque de los gobiernos de la mayor parte del mundo y algunos sectores de la academia y la investigación; de ahí que esta visión, al cobrar hegemonía, se transmite a un sector muy específico pero estratégico que es el desarrollo rural.

El desarrollo rural hace alusión a un subsector muy particular del sistema económico en el que interactúan el capital, la tierra y el trabajo. Cuando finaliza la segunda guerra mundial y surgen las nuevas instituciones encargadas de promover el desarrollo de todos los países, queda a la vista un conjunto de países que, al no crecer, tampoco se desarrollaron, lo que originó el término subdesarrollo, pero, además, estos últimos países quedaron supeditados a la dependencia económica y tecnológica. En este contexto surgieron también numerosas investigaciones enfocadas a explicar los problemas del campo en México. Nos parece importante dar cuenta de las limitaciones de aquellas publicaciones concernientes al ámbito académico frente a la complejidad que hoy caracteriza a este sector estratégico de nuestro país. Consideramos muy relevante referirnos a la “nueva ruralidad”.

LA NUEVA RURALIDAD

En los últimos tiempos ha surgido un nuevo término para caracterizar los cambios que está experimentando el campo en América Latina, el de “nueva

ruralidad”, que poco a poco va ganando aceptación entre los especialistas y México no es la excepción. Uno de los primeros trabajos en emplear dicho término es el del Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, que justo lleva por título “Nueva ruralidad”. En ese documento se hace referencia a las transformaciones en el agro latinoamericano, pero en ningún momento se ofrece una definición; el trabajo se restringe más bien a describir los cambios y a proponer políticas que, aceptando la globalización, promuevan el desarrollo del campo mediante la superación de las viejas políticas asistenciales y de compensación, pues considera que “la ruralidad debe adaptarse a las nuevas tendencias mundiales”. Por ejemplo, en uno de los primeros documentos [Echeverría, 2002: 2], el autor trata más en extenso la cuestión de la nueva ruralidad, pero tampoco se encuentra una definición en ninguna parte de sus 208 páginas; cuando más se dice que se intenta “abordar lo rural desde la perspectiva del espacio y el territorio”, “incorporando sus dimensiones económica, ambiental social, cultural, histórica y política”, pero no se logra esclarecer la compleja problemática de ese momento y sus implicaciones. Bajo este enfoque se llega al supuesto de que más allá de sus efectos negativos, la globalización es una oportunidad para reestructurar el campo en beneficio de sus habitantes, sin preguntarse siquiera si tales supuestos, resumidos en el Consenso de Washington, excluyen del progreso a la población rural de los países latinoamericanos —como lo está constatando la experiencia— ni cuestionarse cómo habrán de enfrentar los campesinos la abrumadora superioridad económica de las transnacionales de los alimentos.

En realidad, con el término “nueva ruralidad” se describen los cambios con el propósito de diseñar políticas públicas que promuevan un desarrollo rural que no se contraponga a la oleada neoliberal sustentada en el Consenso de Washington. En todo caso, no explica más que el término “modernización” y esa limitación conceptual representa al mismo tiempo su debilidad operativa respecto a los objetivos propuestos. Si se profundiza la crítica, podría afirmarse que el vocablo no define y sí, en cambio, trata de extrapolar al territorio lo que es propio de las relaciones sociales.

A lo largo de estas notas se ha intentado mostrar que los conceptos utilizados por las instancias oficiales no surgieron en el vacío. Fue la crisis la que obligó a implantar nuevas políticas en favor del capital y, en la medida en que iban adquiriendo un carácter permanente, requirieron nombres que, si bien no explicaban, sí cumplían con la función de justificar y constituirse

en eufemismos capaces de ocultar las crudezas de la realidad y, en todo caso, esto era lo importante.

Desde la óptica oficial los cambios en el campo, en la medida en que están siendo más brutales que en otros sectores, justifican plenamente el empleo de expresiones atenuantes. Sin embargo, lo que se juega es nada menos que el futuro de los campesinos; es demasiado como para pasar por alto el papel de ocultamiento que desempeñan las expresiones referidas, pues si la globalización es combatida en las calles, el campo y los centros de trabajo, también lo debe ser en la academia debido a su carácter excluyente de las mayorías.

Con la irrupción de las crisis del capitalismo surgieron o se manifestaron de manera abierta otros problemas asociados con el proceso de acumulación capitalista. No se trataba de problemas coincidentes con la crisis sino orgánicamente vinculados con ella, de ahí que las políticas estatales y los organismos multilaterales tenían que enfrentar esa problemática y, como paso necesario para sus acciones, debían caracterizarla. Para uno de esos problemas, el ambiental, hubo de buscarse también el término que mejor lo definiera de acuerdo con las políticas implantadas para rehabilitar el proceso de acumulación; el vocablo que mejor se ajustó a esos fines fue el de *sustainability*, de fundamentación política-ideológica y no teórica; esto es, que el concepto se diseñó con el propósito de justificar las políticas convenientes al capital [Gasca, 2005]. La referencia anterior, unida a la crítica conceptual objeto de este trabajo, indica que a la crisis general del capitalismo le ha sucedido no sólo una reorganización también general de su conducción política, sino también la búsqueda de un nuevo marco pseudoconceptual justificativo.

La embestida neoliberal no sólo pone en aprietos al sector campesino, también somete a la incertidumbre el futuro de un segmento significativo de pequeños agricultores. La lógica de una agricultura integrada a la producción de mercancías en un marco de libre competencia no puede más que desplazar a los productores no competitivos. En México la reforma agraria se dio por terminada con las modificaciones salinistas al artículo 127 constitucional. Desde entonces se asiste a un proceso de reconcentración de la tierra por diversas vías. Una de las cuestiones cruciales a resolver atañe a la competitividad del sector agropecuario mexicano. ¿Es competitivo el campo mexicano en la economía globalizada? y, si no, ¿cuáles son los factores que determinan esa falta de competitividad? ¿Son de carácter estructural u obedecen a otros elementos que una adecuada política económica podría subsanar? Uno de los pocos

trabajos que han abordado esta cuestión es el de Blanca Rubio [2013]. Esta autora sostiene que los precios internos de ciertos productos agropecuarios han sido algunos años más bajos que los internacionales, a pesar de lo cual se les ha importado, lo que en apariencia iría en contra de la racionalidad económica. En su estudio, dicha autora parte de una realidad que se soslaya con frecuencia:

La demanda de granos básicos y productos pecuarios ha crecido en los años noventa, pero los productores no encuentran quién les compre sus productos. [Y abunda:] A pesar de que los precios internos puedan ser más bajos que los internacionales, como en el caso del frijol de 1996 a 1999, del maíz blanco en 1995, del trigo en 1992, 1995 y 1997, se han incrementado las importaciones de dichos cultivos, como si la racionalidad económica no cupiera en los importadores [Rubio, 2013: 17].

A pocos años de haber entrado en vigor el TLCAN, algunos autores como De Janvry y Sadoulet [1997: 28] hicieron un balance inicial de su impacto en la agricultura de México y Estados Unidos. Estos autores partieron de supuestos según los cuales:

- 1) Estados Unidos incrementaría su exportación tanto de granos, oleaginosas y productos cárnicos que hacen uso intensivo de tierras y de capital, como de frutas de hueso y de pomo que se producen mejor en las latitudes septentrionales.
- 2) México incrementaría sus exportaciones de hortalizas que requieren mano de obra intensiva como son fruta y nueces, además de las exportaciones no competitivas como café y frutas tropicales.

En su visión neoclásica, estos autores parten de la concepción de la escasez relativa, por la cual cada país será menos competitivo en aquellos productos de que menos disponga, incluidos los insumos y los medios para producirlos. El concepto de escasez, como es bien sabido, constituye la piedra angular en la formación de los precios de la teoría neoclásica y sobre esa base considera ocioso cuestionarse si no hay otros factores que incidan en los mismos.

Otro supuesto, implícito, es que el comercio se efectuará con absoluta libertad y sin elementos que modifiquen artificialmente los precios. Por razones

de espacio no mencionamos a otros autores con similar enfoque, lo cierto es que el Tratado de Libre Comercio de América del Norte y el actual Tratado entre México, Estados Unidos y Canadá (T-MEC) han dejado saldos negativos al campo mexicano al afectar a millones de pequeños productores que incluso hoy forman parte de la población migrante.

Mediante la investigación de campo podemos comprobar las numerosas dificultades que enfrentan los pequeños productores de México, por lo que resulta importante ilustrar con un estudio de caso en un poblado del estado de Oaxaca, cuyo contenido reproducimos en esta investigación.

CÓMO SOBREVIVEN LOS PEQUEÑOS PRODUCTORES: LA AGRICULTURA DE CONSERVACIÓN EN LA REGIÓN MIXTECA DE OAXACA Y EL VALLE DEL MEZQUITAL (HIDALGO)

En 2007, la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) afirmaba que “hablar de agricultura de conservación (AC) suena demasiado bien para ser verdad”. Y tenía razón, si se considera que, por lo menos desde 1992, el mundo entero abrazó la propuesta del desarrollo sustentable quedando sólo en eso: una propuesta sin la correspondiente acción. En 2006 [Salinas, 2014: 60], se detonó en México la crisis del maíz y la tortilla, que generó un caudal de problemas económicos y sociales, en particular en la población urbana y rural con mayor grado de pobreza, sobre todo porque el maíz constituye parte de la cultura alimentaria de la sociedad mexicana. Muy pronto, en 2008, la crisis económica mundial hizo su aparición como crisis alimentaria global, en particular de granos básicos: maíz, frijol, trigo, arroz y oleaginosas. Los efectos de esa crisis recayeron en especial sobre los pequeños productores de México dedicados a la agricultura de temporal para el autoconsumo. A dicha crisis se adicionó la ambiental, expresada en lo que se ha denominado cambio climático; bajo este contexto, el problema de la producción suficiente de alimentos se constituyó como uno de los retos más relevantes para la humanidad, puesto que la alimentación es una de las necesidades básicas con una característica especial: no puede postergarse sin poner en peligro la vida.

En 2010, dos instituciones, la Secretaría de Agricultura, Ganadería y Pesca y el Centro Internacional de Mejoramiento de Maíz y Trigo (CIMMYT), impulsaron el programa de apoyo al campo denominado MasAgro con el objetivo de fomentar el crecimiento de la productividad del campo mexicano mediante

la agricultura de conservación (AC) con técnicas e insumos agroecológicos. En 2014, las regiones seleccionadas por quien escribe para la investigación de campo fueron la Mixteca Oaxaqueña y el Valle del Mezquital en el estado de Hidalgo.

Cabe recordar de manera breve que la AC consiste en lo siguiente:

En vez de quemar los residuos de los cultivos tras la cosecha o de meter en el suelo la biomasa al arar, todo se deja en su lugar, como cubierta del terreno. Al inicio de la siguiente temporada agrícola no se labran las tierras en absoluto; se utiliza, en cambio, un equipo especial para enterrar directamente las semillas. Además de reducir la acumulación de minerales, la erosión y la pérdida de agua, la cubierta del suelo inhibe la germinación de malas hierbas, protege los microorganismos del suelo y contribuye a la formación de materia orgánica. Los resultados: menor inversión de tiempo y de mano de obra en la preparación de las tierras, menor consumo de combustible y menos contaminación del aire, menor necesidad de insumos químicos y cosechas e ingresos agrícolas más abundantes [FAO, 2006: s.p.].

Hay que mencionar que la práctica de la AC no es algo sencillo: no se trata de una mera aplicación técnica, exige una planificación cuidadosa de las rotaciones de los cultivos, nuevas actitudes frente al control de las malas hierbas y para combatir las plagas, así como una serie más de conocimientos modernos sobre la agricultura de precisión. Por ende, requiere entendimiento técnico, científico, así como la capacitación de los productores. Con todo, en el mundo entero —desde el trópico húmedo hasta el Ártico— cada vez más agricultores han adoptado la AC, que para 2006 ya abarcaba alrededor de 100 millones de hectáreas agrícolas, sobre todo en las regiones norte y en el sur de Estados Unidos, aunque también se practica en África y Asia, y en fechas más recientes, en América Latina. La AC, por supuesto, implica con mucho las prácticas convencionales combinadas con los nuevos conocimientos para enfrentar las adversidades de la naturaleza que hoy el cambio climático profundiza a escala mundial. Como toda actividad económica, la agricultura constituye un sector estratégico en todo el mundo y requiere la inversión de importantes recursos en investigación científica y tecnológica, materias primas, bienes de capital, almacenamiento y conservación, entre otros.

LA AGRICULTURA DE CONSERVACIÓN FRENTE AL CAMBIO CLIMÁTICO

La región Mixteca en el estado de Oaxaca, lo mismo que la del Valle del Mezquital, en Hidalgo, forman parte de la “geografía de la pobreza”, denominación que, entre otras, alude a las condiciones agronómicas dependientes en su totalidad del comportamiento climatológico para el cultivo y el aprovechamiento, sobre todo, de alimentos. No obstante, en ambas entidades del país destaca la riqueza cultural y alimentaria, e incluso la de sus recursos naturales, además de sus bellos paisajes. Todo lo antes referido se encuentra hoy en verdadero riesgo si no se toman las medidas adecuadas para preservarlo y asegurar así el futuro de las próximas generaciones y los ecosistemas. Culpar a la naturaleza e incluso a los campesinos ha resultado la explicación más fácil y elusiva del carácter antropogénico del deterioro de la naturaleza hasta llegar, incluso, a la destrucción; basta con un recorrido panorámico para constatar el daño ambiental.

Desde la década de los sesenta se consolidó en México una modalidad de crecimiento polarizado, es decir, con la participación de un sector de la agricultura empresarial con bienes financieros y tecnológicos, y un grupo de minifundistas de escasos recursos o carente de ellos. De modo que la crisis económica, la agroalimentaria y la ambiental afectan en mayor medida a los minifundistas; basta mencionar que ocho de cada diez familias son pobres y cuatro forman parte de las extremadamente pobres. En la agricultura empresarial, el 1.8 % de los productores concentra el 20 % de la tierra cultivable y el 45 % del valor de la producción; asimismo, dispone de la mayor parte de las superficies de riego, mientras que el 86 % de los productores con menos recursos reúne las superficies de temporal que, en su mayoría, son áreas montañosas no aptas para la agricultura. En la actualidad, México cuenta con una superficie agrícola de 31.5 millones de hectáreas [Luiselli, 2017: 23], de las cuales el 18 % es de riego y el 82 % restante, de temporal. Se calcula que sólo el 5 % es apropiado para cultivos de buen temporal; de éste, el 31 % es superficie semiárida y nada más puede emplearse para cultivos de secano, mientras que el 63 % sólo es aprovechable para la agricultura mediante sistemas de riego.

La superficie agrícola ejidal concentra 20.3 millones de hectáreas (el 84 % de temporal y el 16 % de riego) y se distribuye, sobre todo, en los estados de Baja California, Baja California Sur, Durango, Sonora y Oaxaca. En el área ejidal participan 29 951 ejidos y comunidades agrarias con cerca de 3.5 millones de productores y sus familias dedicados a la agricultura de granos básicos y

otros cultivos, como caña de azúcar y café. De acuerdo con las modalidades de interacción con el medio ambiente, el tipo y el grado de deterioro ambiental pueden originarse por lo siguiente: 1) la explotación intensiva por parte de los grandes productores, lo que se traduce en erosión del suelo y pérdida de la fertilidad, deforestación, sobreexplotación acuífera y contaminación por uso irracional de agroquímicos, y 2) los agricultores de escasos recursos, quienes, para subsistir, sobreexplotan las tierras inadecuadas para la agricultura que, al agotarse, abandonan para trasladarse a tierras con algún grado de fertilidad. En consecuencia, la lucha por la sobrevivencia provoca el desplazamiento hacia otras regiones para formar nuevos asentamientos, en muchos casos a costa de la deforestación. Es aquí donde se ubican la Mixteca de Oaxaca —en particular San Antonino Monteverde, del distrito de Nicananduta— y la región del Valle del Mezquital, en Hidalgo —sobre todo el municipio Francisco I. Madero—, donde se practica la AC. Cabe mencionar que ambas entidades de la república forman parte de la geografía de la pobreza, en la que la producción de alimentos básicos es fundamental tanto para el consumo familiar como para el comercio local.

DE LA UTOPIA A LA REALIDAD: RESULTADOS PROMISORIOS DE LA AGRICULTURA DE CONSERVACIÓN EN SAN ANTONINO MONTEVERDE Y FRANCISCO I. MADERO

El municipio de San Antonino Monteverde pertenece al distrito de Nicananduta (lugar donde brota agua) y se localiza en una zona montañosa, con pendientes, a 2 300 metros sobre el nivel del mar; tales características causan grandes pérdidas de los cultivos cuando la lluvia es extremosa. La población de este lugar transita a pie, mientras que los visitantes llegan en camioneta a través de un estrecho camino de terracería.

El cultivo principal es el maíz, que se siembra en pequeñas parcelas de un cuarto de hectárea o menos. Los agricultores y sus familias, en su mayoría ejidatarios con parcelas que no llegan a una hectárea, dependen por completo de las lluvias para alimentarse. Aquí la AC se amalgama con la convencional y la enriquece con nuevos conocimientos que los productores adquieren de algún integrante del municipio capacitado con anterioridad. Por ello se reconoce cada vez más la complementación de saberes. Es así como cobra importancia el extensionismo rural, entendido como un “proceso educativo, de aprendizaje de intercambio de conocimientos, por lo que se requiere de un

programa de educación rural para rescatar la experiencia y desarrollar las capacidades y habilidades de los productores del campo mediante la educación formal e informal” [Luiselli, 2017: 389]. Las innovaciones comprenden desde nuevas modalidades de siembra, como la formación de camas para evitar que la lluvia arrastre el cultivo, previa preparación del suelo para cero labranzas, hasta colocar una alfombra de rastrojo. Por ende, la precisión en la cantidad de semillas sembradas ha reducido el gasto en su compra; con esta finalidad han optado por una sembradora que sea útil para la aplicación del fertilizante, como la matraca, que es una herramienta sencilla de operación manual. La cantidad de fertilizante que se aplica al momento de la siembra es muy importante y para calcular las cantidades exactas se utiliza una corcholata como unidad de medida en lugar de colocar en el surco las semillas que caben en la mano; en su mayoría, cultivan maíces criollos. Los avances en el crecimiento de los cultivos se contrastan al dividir la parcela en dos partes: una bajo el método convencional y la otra con las prácticas basadas en la AC. Los resultados son evidentes: el tamaño de las milpas con la AC supera en mucho los cultivos convencionales. Las técnicas de la AC implican la rotación de cultivos para aprovechar la fertilización de forma natural. Este municipio da cuenta de los incrementos de la productividad y la reducción de los costos, lo que representa un importante logro al considerar que cada familia consume ocho kilogramos de maíz diarios para su alimentación: cuatro en el almuerzo y el resto en la cena (se estiman, en promedio, familias de seis integrantes).

Lo que esta investigación de campo demuestra es que las afectaciones de la crisis económico-ambiental continuarán recayendo en los pequeños productores del campo mexicano. Por lo anterior, la agricultura de conservación y otros proyectos agroecológicos son de gran relevancia para mitigar tales crisis.

No está de más reconocer que los conocimientos “tradicionales” no se contraponen con el conocimiento actualizado en los centros académicos. Es por esta razón que la AC aparece como una urgente necesidad para este “México profundo”, en palabras del reconocido autor Guillermo Bonfil.

REFLEXIÓN FINAL

En conclusión, en este siglo XXI continuamos frente al condicionamiento del desarrollo a partir del crecimiento económico, una ecuación irresoluble si se

recuerda que el capitalismo no crece de forma continua, que históricamente ha presentado ciclos de crecimiento a los que suceden ciclos de depresión y decrecimiento económico.

Por último, es preciso mencionar que la desigualdad económica y social mundial, regional y nacional constituye el principal factor que se contrapone al desarrollo y esa desigualdad es más notoria en el ámbito rural. Es así como entendemos que éste es un proceso de transformación y evolución de una sociedad que se puede promover y construir por medio de estrategias económicas, políticas, sociales y ambientales con la finalidad de alcanzar el más alto nivel de vida mediante un equilibrio entre los elementos naturales y artificiales del planeta para garantizar así el desarrollo de generaciones futuras. Dicha transformación y evolución debe llevarse a cabo a partir de las localidades hacia el mundo, por la vía del intercambio tanto de experiencias en lo social como de valores de uso y no sólo de valores de cambio, monetarios.

Superar el círculo vicioso mencionado líneas arriba implica conceptualizar lo posible; implica, por tanto, superar conceptos vacuos y analizar las nuevas formas de organización económica, política, social y ambiental que ya están germinando en el ámbito local, como lo son las del bien vivir.

BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, P. [1996], “Neoliberalismo: balance provisorio”, en Perry Anderson, *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*, Buenos Aires, Eudeba: 13-28, recuperado de <<https://n9.cl/3yfdzx>>, consultado el 20 de octubre de 2024.
- Appendini, K. [2010], “La regularización de la tierra después de 1992: la ‘apropiación campesina’ de Procede”, en *Los grandes problemas de México, Tomo XI Economía rural*, México, Colegio de México: 63-94.
- Banco Mundial y OCDE [2024], *Producto Interno Bruto Mundial*, Washington.
- Barahona, R. [1987], “Conocimiento campesino y sujeto social campesino”, en Gonzalo Tapia (ed.), *La producción de conocimientos en el medio campesino*, Chile, Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación: 31-60.
- Bartra, A. [2001], “La patria peregrina”, en *Memorias del XXI Seminario de Economía Agrícola del Tercer Mundo*, México, IIEC-UNAM.
- Calva, J.L. [2007], “Políticas de desarrollo agropecuario”, en José Luis Calva (coord.), *Desarrollo agropecuario, forestal y pesquero. Agenda para el desarrollo*, vol. 9, México, UNAM/Porrúa: 17-33.

- Cardoso, C. y Pérez, H. [1987], *Historia económica de América Latina. Tomo II: Economías de exportación y desarrollo capitalista*, Barcelona, Crítica.
- Casco Flores, J.A. [1999], *La estrategia de modernización del sector agrícola de México*, México, Comercio Exterior.
- Dehesa, G. [2000], *Comprender la globalización*, Madrid, Alianza.
- Echeverría, R. [2002], *Nueva ruralidad. Visión del territorio en América Latina y el Caribe*, Costa Rica, Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura.
- FAO [2006], “Agricultura de conservación”, recuperado de <www.fao.org/ac/index.html>, consultado el 10 de junio de 2025.
- Gasca, J. [2005], “Teoría, metodología y política del desarrollo sostenible”, *Mundo Siglo XXI*, 2, México, Instituto Politécnico Nacional.
- Gobierno de la República [1990 a 2023], *Plan Nacional de Desarrollo*, México.
- Guillén, H. [2005], *México frente a la mundialización neoliberal*, México, Era.
- Janvry, A. de y Sadoulet E. [1997], “El TLC y la agricultura: evaluación inicial”, *Investigación Económica*, México, IIEC-UNAM, 57 (221): 13-60.
- Jones, H. [1998], *Introducción a las teorías modernas del crecimiento económico*, Barcelona, Bosh.
- Luiselli, C. [2017], *Agricultura y alimentación en México*, México, Siglo XXI.
- Marshal, W. [1976], “Enfoques del desarrollo: ¿De quién y hacia qué?”, *Revista de la Cepal*, Santiago de Chile, 1: 129-172.
- Morin, J. [1985], *L'excellece technologique*, París, Publi Union.
- Nelson, R. y Winter, S. [1982], *An evolutionary theory of economic change*, Cambridge, Harvard University Press.
- Núñez, I. [2001], “Multiculturalidad ¿oportunidad o amenaza? Dos formas de concebirla: la europea y la mexicana”, en S. Arriarán y E. Hernández (coords.), *Hermenéutica analógica-barroca y educación*, México, UPN.
- Palacio, V., Almaguer G. y Muñoz, M. [2011], *El campo mexicano: 1970-2007*, México, Universidad Autónoma Chapingo.
- Pérez, M. [2011], “La diversificación y la integración productiva como alternativa de desarrollo para los socios de la cooperativa Tosepan Titataniske: Alcances y limitaciones en el contexto económico actual”, tesis de doctorado en Economía, México, Facultad de Economía-UNAM.
- Rodríguez G., G. [1980], “Tendencias de la producción agropecuaria en las dos últimas décadas”, *Economía Mexicana*, México, CIDE, 2: 57-103.
- Rubio, B. [2013], *La crisis alimentaria mundial. Impacto sobre el campo mexicano*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM.

- Salama, P. [2006], “Apertura y pobreza: ¿qué clase de apertura?”, *Comercio Exterior*, enero, 56 (1): 57-103.
- Salinas, A. [2014], “La agricultura de conservación: una alternativa para la crisis alimentaria en México”, *Enlace*, Texcoco, Centro de Mejoramiento del Maíz y Trigo.
- Salinas, A. [2012], “Importancia estratégica de la agricultura en México”, en Gustavo López Pardo y Verónica Villarespe Reyes (coords.), *Los problemas actuales de la economía nacional*, México, IIEC-UNAM: 31-49.
- Sen, A. [2004], “The concept of development”, *Handbook of Development Economics*, 1, Harvard University: 11-26.
- Tavares, C. [1989], *El proceso de sustitución de importaciones como modelo de desarrollo en América Latina*, México, FCE.
- Vázquez, L. [2017], “Revisión del modelo de sustitución de importaciones: vigencia y algunas consideraciones”, *Economía Informa*, 404, México, Facultad de Economía-UNAM: 4-17.
- Williamson, J. [2004], “A short history of the Washington Consensus”, recuperado de <<http://www.iie.com>>, consultado el 20 de mayo de 2024.

II.
PROPUESTAS
ALTERNATIVAS. ESTUDIO
DE CASO

LA ECONOMÍA CAMPESINA EN MÉXICO: UNA RACIONALIDAD ECONÓMICA Y TECNOLÓGICA DISTINTA¹

Ismael Núñez

INTRODUCCIÓN

En términos generales el pensamiento económico, en su corriente dominante, ha postulado que el eje sobre el que gira toda la actividad económica es la racionalidad del productor o el consumidor. De allí se desprenden las nociones de crecimiento y progreso, que son tan apreciadas para definir las como objetivos económicos naturales de cualquier sociedad y en cualquier época.

Este capítulo está dedicado a mostrar la existencia de una forma económica que no responde a los postulados de la racionalidad económica convencional, sino que su dinámica es guiada por otra racionalidad: la economía campesina. Se trata de un proceso económico y tecnológico que no encuentra sus incentivos tan sólo en la obtención de ganancia. El trabajo se adscribe a la tradición de estudios campesinos que parten de los inicios del siglo xx con Chayanov. Esta forma de producción se ubica en el centro y el sur de México, en la vasta zona en la que la antropología y la historia ubican importantes sociedades prehispánicas y que han denominado región mesoamericana.

En esa amplia región ha tenido lugar la supervivencia de la economía campesina a lo largo de los siglos, en donde las comunidades indígenas y rurales han afrontado los avatares de los cambios sociales y económicos producidos por el capitalismo en expansión. Es una amplísima región donde pueden

1. Este trabajo es una versión revisada y aumentada de una ponencia presentada en el XLV Congreso Internacional de Americanística del Circolo Amerindiano en 2023, en Perugia, Italia.

encontrarse pequeñas unidades agropecuarias y forestales indígenas y no indígenas que han resistido las sucesivas etapas históricas de modernización que tratan de imponer la homogeneización productiva, cultural, organizacional y tecnológica.

Una de las formas más persistentes de descalificación de las unidades campesinas ha sido tipificarlas como formas productivas primitivas y precarias en las que existen conocimientos y tecnologías atrasadas, sin variación, con conocimientos que pasan de una generación a otra.

Este trabajo demuestra que esa visión estática de la economía campesina es equivocada. La perspectiva cambia cuando se abordan las causas que han hecho que aún sea vigente la unidad económica campesina, cuando se analiza la racionalidad de sus comportamientos económicos y tecnológicos, y cuando se esclarecen los verdaderos objetivos y los procesos económicos y tecnológicos que se ponen en juego para conseguir tales objetivos.

LOS LUGARES DE LA INVESTIGACIÓN

Los sitios en los que se efectuaron los estudios para abordar los procesos señalados fueron cinco: Tlalnepantla, en Morelos; Ixtenco, Nanacamilpa y Atlhuetzia, en Tlaxcala, y Mixquic, en la Ciudad de México. Los trabajos de campo se llevaron a cabo en una primera etapa de 2001 a 2003 como parte de un proyecto apoyado por el Conacyt; luego se realizaron visitas de levantamiento de más información en los años 2008 y 2009, así como en 2014 y 2015 con campesinos de Ixtenco y Atlhuetzia. Es conveniente señalar que las comunidades presentan un rango amplio de conservación de la economía campesina y por lo tanto también de sus relaciones con el mercado tanto para vender sus excedentes como para comprar productos necesarios para la producción y la vida diaria. Hacerlo de este modo posibilita la observación y el análisis de la adaptabilidad de la economía campesina a sus entornos capitalistas, pero también su capacidad para conservar sus prácticas y procesos propios.

Así, podemos encontrar formas diversas de cambios y evolución de la producción campesina. Y es posible observar que su evolución no es la misma en todos los lugares pues depende de su cambiante contexto económico, social y cultural. A diferencia de la antropología, que tiende a observar comunidades en “estado más puro”, nosotros, con una mirada más económica, observamos las diferencias en la producción y las modificaciones tecnológicas.

Lo que hemos encontrado es algo distinto a las nociones de uso común sobre el agro mesoamericano que lo describen tan sólo como atrasado. Hallamos muchos tipos de prácticas productivas que adquieren sentido en su contexto territorial, agroecológico, cultural, económico y de pequeña propiedad.

Tlalnepantla, Morelos, es una comunidad que pasó de un aislamiento importante todavía en los cuarenta a tener un fuerte lazo comercial con la vocación por el sembradío de nopal y su comercialización en la Ciudad de México. Sin embargo, dado lo pequeño de las unidades productivas, muchos productores dedican parte de su terreno y tiempo a la siembra para el autoconsumo, y dejan el nopal como un complemento del ingreso.

Mixquic, en las orillas rurales de la Ciudad de México, es un núcleo poblacional muy apegado a la tradición productiva campesina con base en los cultivos sobre chinampas. Su cercanía con los grandes centros de consumo del pasado y los actuales lo ha hecho un proverbial abastecedor de hortalizas. Existen dos formas de producir las hortalizas: en terrenos de tierra firme, que permiten el uso de maquinaria y equipo, y en islotes chinamperos, que exigen más trabajo y en los que resulta difícil utilizar tractores y otros equipos, es decir, la chinampa se sigue trabajando de modo tradicional. Sin embargo, esta forma de trabajo tradicional se mantiene fuerte porque las chinampas resultan tres o cuatro veces más productivas que los cultivos en tierra firme.

Nanacamilpa, en el estado de Tlaxcala, fue históricamente una región productora de pulque en aquellas enormes haciendas del siglo XIX que vendían grandes cantidades a la capital del país y a la ciudad de Puebla. La producción pulquera continuó con la Revolución mexicana y su reparto de tierras en minifundios; con el avance cercano de fábricas de malta cervecera, parte de los esfuerzos también se dedicaron a la producción de cebada para la elaboración de la malta y a la pequeña producción de trigo. Estos cultivos comerciales no dominaron la totalidad de las siembras ya que algunas hectáreas del minifundio se conservaron para los cultivos de autosubsistencia: maíz, en primer lugar, haba y frijol. En Nanacamilpa convive la agricultura comercial dirigida al mercado y la economía campesina que produce en su mayor parte para el consumo propio.

Atlihuetzia, también en Tlaxcala y muy cercano a la capital del estado, cuenta con terrenos en pendientes y por ello desde hace siglos se aplica la agricultura en terrazas (bancales les llaman). Es frecuente observar que las casas se encuentren en los terrenos de cultivo y que esto favorezca la producción para el consumo familiar. Aunque ya no se reclaman como población indígena, los

registros indican que han sido una población náhuatl, ahora con formas de vida occidentalizadas por completo, pero conservando en cierta medida sus cultivos y procedimientos tradicionales, combinándolos con trabajos de muy diverso tipo fuera de sus terrenos de cultivo e incluso fuera de su municipio.

Por último, San Juan Ixtenco es un poblado de corte más rural que combina la actividad artesanal con las actividades agrícolas de temporal. Sí se reclama como pueblo originario y hablante de la lengua yuhmu, que es cercana al otomí. La población no presenta una alta tasa de crecimiento, lo que podría implicar una baja presión por la tierra, aunque el promedio de posesión por persona es muy pequeño: tres hectáreas. Son tierras de temporal, como lo han sido desde épocas prehispánicas, y se vive con la amenaza de peligro para sus cultivos de maíz y otros que son para el consumo familiar y para los eventos propios de la cultura religiosa o cívica de los pobladores, por ejemplo, la apertura de carreteras pasando por sus terrenos o el impulso de programas para cambiar por cultivos de mayor rentabilidad. Hay dos maneras de atenuar las difíciles condiciones del temporal: una es la consecución de trabajos eventuales en fábricas o en servicios de hombres y mujeres en la cercana ciudad de Huamantla, y otra es el alto grado que ha alcanzado la calidad de sus semillas, que junto con abonos naturales y fertilizantes químicos de uso masivo han logrado rendimientos por encima de la media nacional. Una característica de Ixtenco es que las casas se encuentran en el pueblo y no suelen contar con un patio o traspatio, como en otras poblaciones, donde practiquen la pequeña ganadería, los árboles frutales, la lechería bovina o caprina.

Entre los hallazgos de la investigación es factible mencionar la existencia de rasgos locales de producción que si se omiten o dejan de lado generan falsas impresiones de una homogeneidad en el contexto histórico, económico, cultural y agroecológico que no existe en la realidad de la pequeña agricultura y menos aún en la actividad productiva campesina. Es posible afirmar que las localidades muestran un abanico de situaciones y adaptaciones distintas en las que tiene lugar la producción campesina. Pasar por alto esa diversidad de contextos en los que ocurre el proceso productivo de origen campesino ha llevado a suponer un campesinado homogéneo y por tanto a considerar como iguales la economía campesina, la economía familiar de monocultivo y la pequeña agricultura comercial. Sobre tal homogeneidad se han ensayado erráticos y sucesivos proyectos de desarrollo con magros resultados para la agricultura campesina mesoamericana.

FUENTES METODOLÓGICAS Y CONCEPTUALES

Se aplicó el método etnográfico porque a partir de estudios particulares en unidades productivas es posible “la teorización de las relaciones y las estructuras abstraídas que permiten el pasaje del caso concreto a otros casos o condiciones generales” [Weiss *et al.*, 1988].

Se procuró indagar acerca de los objetivos para emprender la producción y las razones por las que utilizar las técnicas y los procedimientos en cada caso, así como los motivos para no usar otros.

Tratándose de un proceso productivo de corte prehispánico, se tomaron en cuenta las peculiaridades que diferencian a la comunidad y la unidad campesina de la producción agropecuaria convencional.

Una vez reunidos los hallazgos de los procesos y las motivaciones económicas de la producción campesina, se acudió a los estudios de la producción campesina de Alexander Chayanov [1981] para caracterizar el comportamiento económico campesino de las localidades estudiadas. Por otra parte, estos hallazgos en términos de los conocimientos agroecológicos desplegados por los productores nos condujeron a reconocer la existencia de un reservorio de conocimientos en todos los productores campesinos y sus comunidades, lo que nos acercó a los trabajos de Víctor Toledo y colaboradores [2000] para reconocer que estamos frente a una modalidad de producción antigua que paradójicamente abraza los principios de la agroecología moderna.

Y como no resultaba lógico ubicar esta modalidad campesina en el campo de la agricultura capitalista, aun en la de pequeña escala, acudimos a los trabajos de Luis Villoro [2000; 2001], quien señala que hay modalidades históricas distintas a las dominantes que perviven y coexisten con las instituciones sociales, políticas y económicas de Occidente, y con Guillermo Bonfil [2008] convinimos en que, en mayor o menor medida, el ámbito mesoamericano es ejemplo de una matriz civilizatoria y cultural distinta a la occidental.

Por otra parte, los hallazgos acerca del conocimiento productivo y tecnológico, los procesos de aprendizaje desplegados por los productores y las formas de hacerse del conocimiento y a la vez de difundirlo mostraron muchas y grandes coincidencias con los descubrimientos que sobre la tecnología y la innovación ha aportado el enfoque evolucionista del cambio tecnológico [Dosi, 1988; Freeman, 1974; Pavitt, 1994; Dutrénit *et al.*, 2007; Yoguel *et al.*, 2013]. Tal

enfoque nos ha ayudado a identificar características tecnológicas y económicas de la economía campesina.

Como puede observarse, el método etnográfico permitió realizar los hallazgos del proceso tecno-productivo campesino en sus contextos particulares. El método de corte cualitativo nos guiaba a utilizar referentes conceptuales conocidos para analizar ciertos hallazgos, pero en otros casos también nos indicaba que habría que buscar referentes que al principio no estaban en nuestro acervo teórico cercano. Así, el método etnográfico posibilitó el descubrimiento de las particularidades de una economía campesina mesoamericana que la distinguen de la pequeña agricultura capitalista moderna.

LOS PROCESOS PRODUCTIVOS CAMPESINOS

A continuación se presentan los procesos productivos observados en las localidades de estudio. Merece mencionarse desde ahora que los productores experimentan de manera permanente intentando mejorar sus procesos y sus productos, y que los impulsos para la experimentación pueden provenir del propósito de vender parte de sus productos al mercado o del de consumirlos internamente por la familia campesina. Se retoman en este apartado testimonios de los productores para ejemplificar la diversidad de motivaciones y ejercicios productivos que los campesinos ensayan.

Experimentación para producir para el mercado

En la localidad de Atlahuetzia, Tlaxcala, se observa a productores realizando experimentaciones constantes y buscando información, informantes especializados o vecinos con alguna experiencia práctica. En este caso se trata de una productora que quiere cambiar la cría de sus pocos cerdos de autoconsumo a cría de cerdos con más peso para venderlos en su localidad y hacerse de ingresos monetarios por esta vía. Ella lo narra de la siguiente forma:

Pues ése es el..., ésa es la otra controversia que tengo yo porque..., por ejemplo, el puerco que teníamos antes, pues era... no muy corriente, porque no, no era muy corriente..., pero se mantenía con muy poquito grano, comía cuanto se le echaba de comer, nunca se enfermaba. Ahora, pues, el puerco que se dice que se cría, se le da alimento, se enferma muy constantemente, se le tiene otra clase de cuidados muy especiales, contrario al que

antes criábamos. Éste debe tener un lugar muy especial, limpio, con agua, vigilándole siempre la comida, cuidando que no se le acumule el estiércol y esa clase de cosas. En cambio, en el corriente, nada de eso. Se le ponía su comida en la mañana de lo que había. Muy poquito maíz, muy poquito grano... y al campo [Díaz *et al.*, 2004: 75].

Este caso muestra la necesidad del cambio en la producción para transitar del autoconsumo a la producción para la venta. Éste no es un cambio fácil. La productora buscó información entre sus vecinos y conocidos luego de haber comprado los nuevos cochinitos y experimentar que los cuidados que daba a los anteriores, que básicamente eran para su propio consumo, ahora no le funcionaban, porque los animales se enfermaban.

La negativa inicial para modificar los procedimientos de cuidados entre las dos razas de cochinos podría interpretarse como una negativa del campesino al cambio y desafortunadamente ésta es la impresión mayoritaria que prevalece y concluye que aquel es reacio al cambio. Sin embargo, fue ensayando consejos de sus vecinos, siempre que no la desbordaran en gastos y que la inversión no terminara siendo más alta que la ganancia esperada.

Más tarde recibió el consejo de un veterinario que recomendó cambiar la dirección de los chiqueros para evitar el aire frío y que no estuvieran expuestos de modo permanente a enfermedades. Lo hizo así también porque vio los corrales de otro productor direccionados de esa manera. Como resultado de sus experimentaciones pudo reducir los meses de crianza, los gastos en alimentos y medicinas para los cerdos, y al final salieron a la venta.

Un fenómeno de la experimentación del productor campesino es que ésta no ocurre sólo como parte de la unidad productiva, sino que es posible que ocurra como una experimentación grupal, ya que el almacén de conocimientos crece tanto en el nivel individual como en la comunidad. La experimentación con conocimientos nuevos no se debe nada más a la elección del individuo, sino que éste acude a la experimentación de la comunidad para evaluar las posibilidades del nuevo conocimiento. Encontramos una red de experimentación colectiva de productores que presentan más o menos las mismas condiciones económicas, culturales y agroecológicas.

Además de que el campesino experimenta e introduce procedimientos técnicos nuevos para él con el motivo de vender excedentes al mercado, existen otras motivaciones, como veremos en los siguientes apartados.

Experimentación impulsada por la creatividad

Un campesino de Nanacamilpa recuerda haber sembrado maíz palomero en un área de su parcela en Cuamatzingo, también en Tlaxcala, y narró lo siguiente:

—El que llegamos a sembrar por curiosidad fue el maíz palomero. Ése es muy rápido, se da muy rápido. Se veía la milpa chiquitita y unas mazorquitas, pero cuando quisieron ir a traer unos elotes, ya era puro maíz. No nos dimos cuenta qué tiempo hizo.

—No entiendo: ¿ya era puro maíz?, pues así debe ser, ¿no?

—Ya estaba muy duro. O sea, no se dio uno cuenta de en qué tiempo o momento fue elote. Cuando nosotros pensamos que ya estaban los elotes, pues ya era puro maíz² [Díaz *et al.*, 2004: 76].

Aquí, el campesino, motivado por la curiosidad, sembró maíz palomero pensando que su maduración sería la misma que la del maíz habitual. Sin embargo, el maíz en experimentación lo hizo mucho más rápido y además de asombrarle le ha dejado nuevos aprendizajes.

A diferencia de la motivación impulsada por el mercado, aquí es la curiosidad, la creatividad, la que conduce a la experimentación. Esta última la realiza basándose en sus conocimientos previos que, si bien le sirven, descubre además en el proceso experimental otras posibilidades de producto para incorporar al conjunto de su unidad productiva.

Vamos descubriendo que los campesinos conservan la tradición en sus procesos productivos, pero al mismo tiempo incorporan o modifican tecnologías que no son sino innovaciones en las formas de trabajo y a veces también en la integración de nuevos productos.

El experimentar campesino, que bien cabe identificar con la innovación, puede producirse, como hemos visto, con el objetivo de vender la producción en el mercado. En este caso es importante mencionar que las experimentaciones o innovaciones campesinas combinan conocimientos de dos fuentes: del sistema de conocimientos tecno-productivos modernos y del sistema de conocimientos tradicionales campesinos. En el caso del nuevo producto, el maíz palomero, la experimentación se practica utilizando casi exclusivamente conocimientos y técnicas del sistema campesino.

2. Para el campesino, elote se refiere al fruto ya listo, tierno para su consumo. Cuando los granos ya están duros los denomina simplemente maíz o mazorca.

Enseguida veremos otro caso en el que la motivación surge de experimentar en cultivos tradicionales usando casi de manera exclusiva conocimientos tradicionales.

Experimentación en cultivos tradicionales

Aunque el eje de la producción de la unidad campesina desde tiempos prehispánicos han sido el maíz, el frijol, el chile y la calabaza, a la milpa se han integrado otros productos que desde hace siglos forman parte de la producción y la dieta campesina; es el caso del haba. Por lo tanto, puede considerarse un cultivo tradicional en la economía campesina.

Encontramos a un productor en Ixtenco que esperaba que el cultivo de haba sembrada a mayor escala en su parcela tuviera los mismos o parecidos resultados que la siembra en pequeña escala que aplicaba en el traspatio de su casa. Sin embargo, en la experimentación ocurrieron eventos inesperados.

Como ahora que sembré haba... Ve usted que de este lado se puso buena el haba; [pero] para allá sembré también —para lo barroso— y nomás tenía unas dos tres habitas en la vara; unas no tenían nada. Eso ya se ve en el terreno al primer año que se siembra, ya se ve qué lado se pone bueno y qué lado no. Sí, sembré este año pasado haba, y vi que se puso mejor, para el próximo año la siembro allá y del lado barroso ya no siembro haba [Díaz *et al.*, 2004: 7].

Cuando un campesino decide sembrar en otro terreno implica experimentar, observar, registrar y en consecuencia tomar decisiones tecno-productivas; en este caso para futuras siembras. Sembrar otro cultivo, el haba en lugar de maíz y ahora en escala mayor, implica enfrentarse a una gran cantidad de imponderables que sólo pueden atenuarse con los conocimientos previos, como el clima, la humedad, las lluvias, el tipo de tierra, la inclinación del terreno, las altitudes, los vientos, las medidas de fertilizantes orgánicos o químicos, el conocimiento de las herramientas, las frecuencias y la conveniencia de los deshierbes, la calidad de sus semillas, el frío y las heladas, la cantidad de trabajo que no le impida atender el resto de cultivos y otras actividades productivas, caseras o artesanales, que también atiende el campesino mesoamericano, y un nutrido etcétera.

El productor no tenía más que su experiencia sembrando en su traspatio; le resultaba muy difícil adelantar un pronóstico de los resultados al intentar

escalar su producción. Sin embargo, esto no nos autoriza a decir que carecía de conocimientos; en realidad se trata de insuficiencia para un emprendimiento nuevo, lo mismo que les sucede a los ingenieros agrónomos cuando enfrentan procesos nuevos.

Un factor del proceso productivo campesino mesoamericano que contribuye a la incertidumbre es que por lo general se siembra en tierras de temporal. Tal incertidumbre con respecto a los resultados finales se enfrenta como en cualquier proceso productivo capitalista, sea en la industria o la agricultura convencional. Aquí el campesino, con su acervo, elabora hipótesis tecnológicas basadas en el sistema de conocimientos tradicionales y, si es posible, en el de conocimientos tecnológicos modernos. Nos parece evidente que el caso del haba indica que los incentivos para la experimentación y la obtención de más producto tradicional no provienen del mercado.

En efecto, el entorno comunitario contribuye con sus conocimientos y experiencias a las hipótesis tecnológicas que elabora el productor y por supuesto también colabora el conocimiento proveniente de técnicos agropecuarios y empresas de insumos.

Queremos exponer otro caso en el que los impulsos para la experimentación y el cambio se presentan en un campesino que intenta sembrar calabaza en otros terrenos y se enfrenta a dificultades.

—La calabaza es lo mismo, pero allá no ha querido pegar la calabaza. Quién sabe por qué allá no quiere pegar..

—¿Qué es lo que siembra usted?

—Maíz y, casi por lo regular, frijol también. Haba y calabazas también le echo, pero no salen... hay unas como tejocotes... Y abajo, en la tabla, salen más chiquitas; y en los panclitos de allá arriba sí salen más grandes.

—¿A qué cree que se deba eso?

—Quien sabe, a lo mejor es que tiene mejor... este... allá le echaron hace años... le echaron majada [abono orgánico]. Entonces, los terrenos, lo que necesitan es majada orgánica [Díaz *et al.*, 2004: 75].

El productor experimenta con un producto tradicional de la alimentación campesina: la calabaza. Usa sus conocimientos previos, pero no le son suficientes pues obtiene pocas y muy pequeñas calabazas. Piensa en algunas causas de los fracasos y recuerda que en un espacio de su terreno sí se han dado

bien. Elabora entonces la hipótesis de que aquel terreno, hacía muchos años, lo habían fertilizado orgánica y abundantemente. Atribuye entonces a aquella fertilización la causa de sus fracasos en otros espacios de sus terrenos. Estas relaciones cognitivas no pueden elaborarse desde la aplicación automática de recomendaciones agrícolas provenientes de los libros especializados que están al uso en las escuelas.

En este caso, los incentivos para experimentar también provienen de las mismas necesidades del productor para aumentar la producción de un cultivo tradicional. Los incentivos no provienen, o al menos no de modo preponderante, del mercado. Claro que si obtiene excedentes luego de satisfacer su consumo familiar acudirá al mercado como vendedor.

Cabe destacar que en estos dos ejemplos la experimentación se hace sobre productos tradicionales de la producción y la dieta campesina, que los incentivos para emprender cambios provienen de la misma lógica de atender primero las necesidades de la reproducción alimentaria de la familia y que el inventario de información del que se echa mano es del acumulado en el sistema de conocimientos campesino y menos del sistema de conocimientos agrícolas modernos.

Experimentación con las semillas, producción de conocimiento

El mejoramiento de las semillas es algo que se ha venido practicando desde hace muchos siglos entre los campesinos de la Mesoamérica mexicana. Esto significa, por un lado, el resguardo de los avances conseguidos hasta el momento y, por otro, la producción de nuevo conocimiento de las mejores semillas al seleccionarlas y usarlas.

Vistos los procesos productivos campesinos de manera superficial dan la impresión de que la rutinización es repetición.³ Sin embargo, en la agricultura campesina se busca que la semilla sea de la mejor calidad, por lo que su búsqueda y selección se consideran una tarea muy importante. Todos los conocimientos y su experiencia sobre el territorio se ponen en práctica para seleccionar la mejor y más adecuada semilla. ¿Cómo lo hace? Intercambia semillas con otros productores de la comunidad y comunidades vecinas pues sabe que en

3. En el enfoque evolucionista de la innovación, las rutinas se consideran los procesos a partir de los cuales surgen las innovaciones. Sin embargo, en general se ha tendido a calificar los procesos productivos campesinos como una repetición en la que nunca hay cambios, no existe la acumulación de conocimientos y menos aún la experimentación que puede traer consigo innovación.

este cambio de semillas evita la degradación productiva de la semilla propia, asegura la diversidad genética.

Son acciones deliberadas para seleccionar la mejor y la más adecuada. Los productores intercambian semillas con otros productores de la comunidad para no perder productividad y si es posible, incrementarla. En algunos lugares no es raro ver que dicho intercambio ocurre en un acto religioso el 2 de febrero, fin del invierno e inicio de un nuevo ciclo. En efecto, es común ver que el “Día de la Candelaria” se intercambian semillas entre productores de la comunidad al tiempo que se las bendice en las iglesias. Se produce entonces un evento económico, agrícola, pero también religioso comunitario.

Hay que decir de nuevo que estamos ante campesinos que se movilizan en la mejora de los procesos productivos y de los productos, y que emprenden una incesante búsqueda de mejoras tecnológicas que consiguen dentro del sistema campesino de conocimientos, pero también del sistema de conocimientos técnicos de la producción moderna.

RESULTADOS DEL TRABAJO DE CAMPO

La experimentación en los procesos productivos es algo natural y en ese sentido también la hemos encontrado en el trabajo campesino. Tal experimentación sucede sobre la base de dos sistemas de conocimientos: el propio sistema de conocimientos productivos tradicionales que ha acumulado esta forma de producción mesoamericana y el sistema de conocimientos agrícolas y pecuarios modernos.

La pervivencia de estos conocimientos tradicionales campesinos en México es parte de la obra de Elena Lazos, quien ha dedicado también atención a detallar los esfuerzos productivos campesinos por mantener vivas sus formas de organización [Lazos, 2013].

Del mismo modo que la experimentación puede conducir a la innovación, encontramos que puede producirse con el fin de lograr un nuevo producto, que fue el caso de la productora de cerdos o de modo menos esperado el del maíz palomero. Identificamos también que el productor experimenta desplegando nuevos procedimientos y que en ese trabajo innova en procesos. ¿Son innovaciones radicales? No, pero esto es lo que sucede en el día a día de la producción en general, se trata de innovaciones graduales.

En la economía campesina pueden permanecer en tensión los dos sistemas de conocimientos, el tradicional y el moderno, pero lo importante para

el productor es conseguir los mejores resultados en función de sus propósitos y que se adecuen a sus posibilidades económicas y técnicas. Por ello son dos sistemas de conocimientos que en la práctica representan dos reservorios de los cuales el campesino puede echar mano según le convenga. En el quehacer cotidiano se produce, en realidad, lo que varios autores han denominado un diálogo de saberes [Argueta *et al.*, 2012]. O como lo llama Díaz Tepepa [2001], un “acoplamiento de saberes”.

También puede suceder que de la experimentación no se concrete una innovación en proceso, en producto, en equipo o en la organización del trabajo, pero quedará un resultado que puede aprovecharse en el futuro, el aprendizaje.

En nuestros hallazgos observamos que la experimentación no siempre es impulsada por el mercado, como en el caso de la productora de cerdos para la venta. En la lógica de la cultura y la producción campesina —y a diferencia de la producción agrícola capitalista— existen impulsos que no obedecen siempre a la ganancia. Notamos que, si los impulsos provienen del mercado o si se originan por las necesidades alimentarias campesinas, las continuas experimentaciones indican que la innovación es intrínseca a la agricultura campesina.

Si bien hemos echado mano del enfoque evolucionista de la innovación para explicar parte de nuestros hallazgos, hay que destacar que frente a una forma agrícola de producir de origen prehispánico no es lícito aplicar mecánicamente o trasladar conceptos. Éstos nos ayudan mucho a describir el fenómeno económico y tecnológico, pero ha sido muy importante ubicarlos, entenderlos y usarlos en la lógica campesina, en la que se privilegian los valores de uso, la utilidad de consumo que cada producto tiene para la reproducción de la vida de la familia y la comunidad, antes que el valor de cambio que producirá ganancias.

Encontramos que la producción campesina que no es de monocultivo es variada en productos y una parte de los terrenos de sembradío se utiliza para el consumo familiar, otra parte es objeto de intercambio en la misma comunidad y una fracción variable más sirve para la venta en el mercado. Esa venta permitirá sumar ingresos monetarios, mismos que aumentarán con otras fuentes como el trabajo jornalero estacional en lejanos cultivos de la agricultura moderna capitalista, el trabajo temporal en la albañilería o el de las mujeres en ayudantías en casas o con la venta de artesanías.

Ya presentados los hallazgos del trabajo de campo pasaremos a describir las características económicas y tecnológicas de la agricultura campesina.

Consideramos que es importante conocerlas para acercarnos al diseño y la instrumentación de políticas pertinentes y específicas de este sector.

COMPORTAMIENTO ECONÓMICO Y TECNOLÓGICO CAMPESINO

Los hallazgos de la sección anterior son útiles ahora para identificar las propiedades económicas y tecnológicas de la economía campesina mesoamericana mexicana. Extraemos los elementos que definen su comportamiento, lógica y metas, que nos esclarecen las diferencias con la agricultura empresarial.

Características económicas

- 1) La familia campesina no es una pequeña producción familiar capitalista. Su objetivo es producir para su consumo y si es posible con algunos excedentes para vender y hacerse de ingresos monetarios para comprar bienes de todo tipo que le sean necesarios. Privilegia la producción de valores de uso por sobre los valores de cambio.
- 2) Dado lo pequeño de la extensión de sus tierras, la fuerza de trabajo se basa en la familia y en la tracción animal y humana. El uso de grandes máquinas queda fuera de su horizonte de tierras y de sus capacidades monetarias.
- 3) Se trata de una producción que tiene excedentes que son colocados en los mercados de cercanía o regionales. Pero, aunque aportan y suman para los ingresos monetarios, estos excedentes no se convierten, en la mayoría de los casos, en producción para la ganancia en forma capitalista
- 4) La historia de la agricultura campesina en México y su evolución jurídica la han hecho una agricultura de pequeñas dimensiones.⁴ Ésta es una característica para considerar siempre en el análisis y la política económica y tecnológica.
- 5) Es una agricultura en la que importa el policultivo acompañado de otras actividades como la pequeña ganadería de especies pequeñas, la

4. Julio Boltvinik rescata un discurso del diputado Luis Cabrera de 1912, pronunciado durante la presidencia de Francisco I. Madero, en el que presenta una iniciativa de ley para la “reconstitución de los ejidos de los pueblos como medio de suprimir la esclavitud del jornalero mexicano”, dotarlos de una pequeña posesión de tierra y quitarlos de su condición de peones acasillados esclavizados. Entre esas dos opciones se debatía el futuro de los campesinos: peón o minifundista. Cabrera sintetiza las dos oportunidades que la historia ponía en la mesa y entre ellas no estaba como viable abrir una vía de agricultura capitalista [Boltvinik, 2016: 276-279].

fruticultura en pequeño, en ocasiones la producción de miel y la recolección de plantas alimenticias asociadas con los cultivos principales. Al tratarse de ingresos monetarios pueden vender excedentes agropecuarios, emplearse de manera estacional en grandes explotaciones capitalistas, trabajar en diversos oficios o producir artesanías. Así se garantiza la supervivencia y así se “junta” el ingreso monetario necesario para múltiples necesidades.

- 6) Debido a que se trabaja para la reproducción simple de la unidad familiar y económica, los miembros de la familia calculan la extensión y la intensidad del trabajo a desplegar hasta que se asegure suficientemente la producción de cada elemento [Chayanov, 1981]. Si las condiciones son muy adversas, es decir, que cada vez que se trabaje se consigue un volumen decreciente, la unidad económica seguirá trabajando hasta que el cálculo indique la cantidad suficiente para su alimentación. Este comportamiento económico es muy distinto al de la producción capitalista, en la que el esfuerzo se detendrá cuando las utilidades aparezcan menores a los costos.

Al ser una producción agrícola de policultivo que se acompaña de otras muchas actividades productivas de las que se obtiene una gran diversidad de productos y donde gran parte va al consumo familiar y de la comunidad, la política pública debería desplegarse bajo esa lógica. Lejos de hacerlo se le engloba dentro de la pequeña producción comercial, de tal manera que los apoyos que los campesinos logran obtener además de ser insuficientes resultan inadecuados porque se trata de apoyos para productos específicos. La economía campesina aumentaría la calidad de sus productos, su productividad y sus excedentes si la política gubernamental operara bajo la lógica de la diversidad productiva.

Características tecnológicas

En términos generales los trabajos acerca de los sistemas productivos y tecnológicos de la agricultura campesina han sido escasos. Son mucho más abundantes aquéllos sobre su cultura, sus luchas y la política, sobre su supeditación al capitalismo y su funcionalidad. Cuando se hacen estudios de la tecnología sucede que, de un lado, están los que niegan algún avance pues parten de la consideración convencional de que la agricultura campesina es una repetición de lo mismo y no tiene incentivos para cambiar; otros tocan algunos aspectos,

como el uso de semillas mejoradas, la evolución de las herramientas, el volumen de empleo de fertilizantes y agroquímicos, climas, clasificaciones de herramientas, etc., pero sin tener en cuenta los objetivos de los policultivos y las producciones en que se privilegia el valor de uso, es decir, sin considerar los objetivos y la lógica económica de la agricultura mesoamericana.

Desde que las recomendaciones de la revolución verde se hicieron presentes “las prácticas agrícolas tradicionales, el manejo de una alta agrobiodiversidad, fueron menospreciados” [Lazos, 2013: 400]. Y es común que los gobiernos diagnostiquen a los productores campesinos bajo la óptica del atraso tecnológico ocasionado por “su nula capacidad de inversión productiva e innovación, el bajo desarrollo de capacidades tecno-productivas, el bajo acceso a servicios de capacitación y asistencia técnica, y el insuficiente desarrollo y adaptación de tecnología” [Sagarpa y FAO, 2014].

De acuerdo con los procesos de trabajo productivo desplegados en la unidad de producción campesina, conviene preguntarse ¿cuál será su comportamiento tecnológico?, ¿cuándo innovará?, ¿cuándo será reacio a introducir mejoras?

Los hallazgos del trabajo de campo nos ofrecen ejemplos de ese comportamiento tecnológico. En la unidad campesina es posible observar los siguientes:

- 1) El productor privilegia los valores de uso, por eso su comportamiento hacia mejoras tecnológicas podría ser abierto a la incorporación de sus procesos si eso aumenta las posibilidades de obtener el autoconsumo y ciertos excedentes en el presente o el futuro.
- 2) Si una mejora tecnológica implica más tiempo y esfuerzo del trabajo familiar, al punto de tener que descuidar otros cultivos o actividades, entonces será reacio al cambio. En el caso contrario su comportamiento será de aceptación.
- 3) Veamos algunos casos de comportamiento conservador:
 - a) Si se pone en peligro el consumo familiar de productos imprescindibles. Por eso no ha sido fácil hacer cambios por cultivos más rentables como les han aconsejado los agrónomos y agentes del gobierno durante décadas ¿o siglos?
 - b) El comportamiento será negativo si una tecnología pone en riesgo el policultivo, la variedad de alimentos y productos que la agricultura campesina produce para su manutención y alimentación.

c) Se rechazará una mejora tecnológica que requiera más trabajo del que la familia y el apoyo comunitario puede ofrecer mediante las formas comunitarias de cooperación (tequio, mano vuelta o bien el pago salarial).

Hemos encontrado que la mejora y la experimentación en la producción campesina equivalen al cambio y la innovación. Entonces tenemos que en términos productivos y tecnológicos es falso plantear la ausencia de innovación en la tradición. Como se ha venido observando a lo largo de este trabajo, en los procesos productivos campesinos no existe la sola repetición de rutinas y tecnologías sin cambios. Como se vio, el cambio de producto o procesos puede venir alentado por el mercado, pero también por la creatividad, que es inherente a todo proceso productivo, que en el caso de la agricultura campesina se dispara por impulsos de eficiencia en la seguridad de alimentos y la posibilidad de ciertos excedentes para la venta. Nuestro trabajo nos permite afirmar que la tradición campesina también es innovadora.⁵

La extendida consideración popular y también académica de ver la unidad campesina como pasiva o reticente al cambio tecnológico proviene de no tener en cuenta que esta economía no quiere la monoproducción y en consecuencia las recetas tecnológicas que les ofrecen las políticas para la agricultura comercial. [Tapia, 1986; Cadena *et al.*, 1986]. Sin embargo, como se ha mostrado, la experimentación y la incorporación de conocimientos e insumos modernos provenientes de técnicas comerciales es una práctica cotidiana que queda oscurecida por creer que los fines y la lógica productiva de una unidad campesina son iguales a los de la pequeña empresa agrícola [Toledo, 2000].

Hay que añadir que la experimentación en las unidades campesinas conlleva, como en todo proceso productivo, un aprendizaje tecnológico que da pie a un proceso de acumulación de conocimientos en el tiempo y que este proceso acumulativo establece, a su vez, una trayectoria tecnológica y un sistema de conocimientos tecnológicos y productivos propiamente campesino

5. A diferencia del concepto usual que considera una innovación únicamente cuando el bien o servicio ha llegado al mercado, nuestra noción es más amplia, pues en la economía campesina la innovación no sólo puede originarse por una necesidad del mercado e incluso tampoco tendría que llegar al mercado para cumplir con la definición al uso. Para la agricultura campesina el cambio puede venir empujado por necesidades no mercantiles, no alentada por la ganancia y tampoco sería obligatorio que se comercialice para cumplir con la definición usual.

que ha abrevado a lo largo de siglos de su propia lógica de autoconsumo, pero también de las técnicas agrícolas modernas.

¿Políticas de desarrollo para una racionalidad y economía campesina mexicana?

El trabajo de campo y las reflexiones sobre las características de la economía campesina mexicana mesoamericana indican la existencia de una producción guiada por una racionalidad, unos objetivos y una lógica distintos a los de la agricultura capitalista. Esto se debe a la supervivencia de una cultura y una forma de producción que trae hasta el presente rasgos de organización y de trabajo prehispánicos. Surge la inquietud entonces de saber si acaso en México se diseñan políticas sectoriales que atiendan a esta peculiar forma de producción.⁶

En este apartado se realiza una breve revisión de las políticas que se han ensayado en México, sobre todo de la dirección o enfoque que se ha tenido a la hora de enunciarlas y ponerlas en práctica.⁷

Haciendo un viaje hasta el siglo XIX puede observarse que en todo ese siglo del México independiente prevaleció la idea de que el pasado indígena era un lastre que el país debía abandonar, que debería cambiar sus estructuras económicas, sociales y culturales dirigiéndolas hacia lo que ya entonces se consideraba moderno.

Después, en el porfiriato y el siglo XX, podía escucharse decir al destacado antropólogo mexicano Manuel Gamio que era necesario dejar atrás la vida arcaica para mudar hacia la civilización. La idea moderna del progreso alimentaba las expectativas y los deseos que se convertirían en planes y políticas en todos los campos.

6. Desde luego que no se trata de políticas para un pequeño grupo de productores campesinos. Para darnos cuenta de su magnitud, citemos un estudio publicado por la Comisión Nacional para el Conocimiento de la Biodiversidad (Conabio) en el que se consigna que “la economía campesina podría alimentar potencialmente a alrededor de 54.7 millones de personas en México” [Bellon *et al.*, 2018]. Durante gran parte del neoliberalismo mexicano se abandonó la elaboración de estadísticas con tipologías de los agricultores mexicanos y, por lo tanto, hoy no podemos saber cuántas unidades de producción son campesinas. La Cepal identificaba como campesinos al 87 % de los productores rurales en México [Cepal, 1991: 114]. Para abundar en esto es posible afirmar que “uno de cada cinco habitantes en las comunidades rurales del país es indígena” [Warman, 2001: 51]. Estos datos permiten inferir la existencia de un sector campesino muy grande en México.

7. Este apartado está basado en la revisión de enfoques que Francisco Herrera Tapia [2013] realizó de las políticas de desarrollo rural. Consideramos que su análisis sigue siendo válido para los propósitos de este trabajo.

El término de la Revolución mexicana, de corte principalmente agrarista, y su proceso de institucionalización encontrarán hacia los años cuarenta a un campesinado dotado de tierras, pero en pequeña cantidad y sin herramientas, equipos y apoyos para conducirlos hacia niveles de mayor producción por la vía de la productividad. La década de los cincuenta llega con un espacio rural dual: la gran propiedad con obras de riego y apoyos financieros y estatales, y, por otro lado, el ejido y las comunidades agrarias a donde no llegaban los apoyos ni con prontitud los cambios técnicos.

Los dispositivos institucionales creados para la modernización rural ya tenían destinatarios. Al llegar los tiempos de la revolución verde los grandes agricultores fueron quienes mejor supieron aprovechar los cambios tecnológicos e hicieron crecer su producción. Ejidos y comunidades agrarias, en general, no tenían ni condiciones de terreno ni apoyos estatales para aprovechar las tecnologías de la época.

En esos tiempos se consolidaron las escuelas tecnológicas agropecuarias y otras instituciones de investigación tecnológica para ofrecer educación, pero también extensionismo agrícola [Herrera, 2013: 143].

Para hacer frente a la imposibilidad de integrar al desarrollo a toda la población rural y ante la desaceleración de la estrategia de la revolución verde, se definió que para conseguir el desarrollo era imprescindible abordar los fenómenos desde una perspectiva multidisciplinaria porque los problemas y su superación requieren siempre abordajes e intervenciones desde diversos ángulos.

Así, hacia la década de los sesenta se ensayan en México enfoques de análisis y de intervención multidisciplinarios para un “desarrollo rural integral” que podía hablar de autodesarrollo o de desarrollo endógeno con metas poco definidas [Herrera, 2013: 145].

Luego se diseñó y aplicó el Programa de Inversiones para el Desarrollo Rural (Pider) entre los años 1970 y 1982 con el objetivo de que el gobierno arribara con sus instituciones de manera rápida a aliviar la pobreza, crear mejores condiciones para el trabajo y elevar la productividad, que tendría el efecto de atenuar la pobreza y sentar condiciones para el desarrollo de los pueblos. Se reconocía una cierta autonomía de los campesinos en un ambiente de planeación estatal. Ninguno de los efectos esperados se produjo.

Después vendría la época en la que se hacen presentes las preocupaciones por la naturaleza. Conferencias mundiales y documentos de organismos internacionales llaman la atención hacia el medio ambiente y el desarrollo sostenible.

En México se retoma el concepto en las políticas públicas y las instituciones lo instrumentalizan como proyectos y programas de sustentabilidad. Pero en un ambiente de política neoliberal los campesinos son colocados en el olvido. Los proyectos de exportaciones agroalimentarias son las que se llevan los apoyos y dejan al resto de la actividad y al mundo agrario que se las arreglen según las normas del mercado. El aumento de la pobreza rural y la emigración son sólo algunos de los efectos más sobresalientes en una época de desarrollo sostenible.

En fecha más reciente uno de los enfoques que destacan en el ambiente del desarrollo rural y sus políticas correspondientes es el de desarrollo rural con enfoque territorial, que en términos generales privilegia el camino hacia el desarrollo a partir del territorio como ordenador de todos los elementos que intervienen en su vida económica, social y cultural. Se invierte la ecuación al abandonar el enfoque de intervención mediante los distintos programas sectoriales derivados de un proyecto de macroplaneación, ahora será según las necesidades y potencialidades del territorio.

Los primeros pasos de este enfoque son europeos y otorgan preeminencia a la gobernanza local para conseguir el desarrollo. Las relaciones entre naturaleza y sociedad dan pie al espacio territorial. En nuestro país esta perspectiva toma cuerpo en la Ley de Desarrollo Sustentable de 2001.

Las políticas públicas siempre han creado los apoyos dirigiéndolos a cada producto en particular según la lógica de aumentar la productividad y la ganancia de la unidad de producción agraria capitalista, sea de gran tamaño o muy pequeña.

En todos los casos las políticas hasta ahora han dejado una larga lista de malas consecuencias en el campo, entre otras

el rezago de su estructura productiva, el desmantelamiento de la pequeña producción y el éxodo rural, así como [...] la pérdida de la autosuficiencia alimentaria y [...] una mayor dependencia de las importaciones de alimentos estratégicos, el saldo deficitario estructural de las cuentas externas agroalimentarias [...] pero principalmente una permanente vulnerabilidad alimentaria que se manifiesta de manera diferenciada en el territorio nacional [Torres y Rojas, 2019: 88].

Es hasta hace muy pocos años que se puede observar una pequeña ventana de apoyos a la producción campesina como un conjunto integrado de

siembra de varios productos, el policultivo. En el pasado gobierno y en el actual, además de los apoyos para productos específicos, puede verse enlistada la milpa. Por vez primera es posible observar un renglón de apoyos a “la milpa”. Y además se la define, una producción que incluye diferentes cultivos de manera simultánea y añade que se produce sobre todo para la alimentación de la familia [Sader, 2022; 2025]. Hace falta indagar cuántas unidades productivas milperas se apoyan bajo este rubro, los montos, su ubicación, los objetivos, los alcances y la sostenibilidad de tales apoyos.

Hasta ahora, lo que puede observarse es que el monto de los apoyos a la economía campesina de policultivos es pequeño en comparación con los demás renglones que refieren a productos agrícolas específicos. Sin embargo, esto podría representar la apertura para el reconocimiento de un sector agropecuario numeroso, pues según un estudio la agricultura campesina sería capaz de alimentar a más de la mitad de la población mexicana.

Es necesario destacar que desde una vista panorámica de las políticas asociadas con el espacio rural mexicano a lo largo de la historia es posible encontrar un elemento en común: intentar dejar atrás los procesos tecnocómicos tradicionales para conducirlos hacia la lógica empresarial. En este ya largo “camino hacia la modernidad” no puede decirse, bajo ningún parámetro o indicador, que se haya atendido el bienestar de la mayoría rural y menos aún de aquella población asociada con la producción rural que no se guía tan sólo por la ganancia y el mercado. Es más, siempre ha existido una asociación directa entre pobreza y agricultura campesina desde dos frentes: uno que ve la agricultura tradicional como un atavismo que hay que erradicar, y otro que explica que se trata de una forma antigua condenada a estar útilmente subsumida y en desventaja permanente en el capitalismo [Boltvinik, 2020: 73-111].

A pesar de los intentos centenarios por alcanzar la modernidad, millones de unidades de producción campesina (incluida la menos vinculada al mercado, la indígena) continúan existiendo y subsistiendo apegadas a su producción en la milpa, a su producción multiproducto, viviendo y reproduciendo patrones culturales que hablan de un México profundo que muchas veces no se quiere ver [Bonfil, 2008].

REFLEXIONES

Mediante un trabajo de campo con apoyo en el método etnográfico para observar las prácticas y procesos productivos y tecnológicos campesinos, y en el enfoque evolucionista de la innovación para auxiliarnos en la interpretación de los hallazgos, fue posible distinguir en cuanto a objetivos económicos y tecnológicos entre la agricultura campesina y la agricultura empresarial capitalista. También pudimos identificar la existencia de un sistema de conocimientos campesinos que convive permanentemente con el de conocimientos agropecuarios modernos y que los procesos productivos tradicionales experimentan y emprenden mejoras e innovaciones como cualquier proceso productivo, pero bajo su objetivo central de producir sobre todo valores de uso.

El proceso de trabajo campesino encuentra motivos para la experimentación y la innovación no sólo en los avisos del mercado como lo hacen las empresas y la agricultura de monoproducción capitalistas. Las condiciones de incertidumbre en las que se despliegan los procesos productivos campesinos empujan al productor a realizar de manera permanente mejoras, pero también la incorporación de nuevos productos o probar nuevos procedimientos que funcionan como alicientes de la innovación. Se puede afirmar que las señales del mercado son luces tan potentes como la necesidad propia de aumentar excedentes de productos para venderlos en el mercado.

Vimos también que la economía campesina está compuesta por una gran variedad de productores, desde aquellos indígenas en zonas apartadas que sólo trabajan para el autoconsumo hasta productores con excedentes considerables que ya ocupan buena parte de su esfuerzo en la venta. Esto indica una heterogeneidad amplia dentro de la economía campesina mexicana.

La economía campesina mexicana tiene características tecnológicas y económicas particulares que la diferencian del comportamiento económico de la agricultura empresarial de cualquier tamaño. Su origen prehispánico y su permanente relación con la economía capitalista le han dado una enorme plasticidad, pero sin perder su lógica de privilegiar la producción de productos para su consumo.

Esas características económicas y tecnológicas (y culturales) particulares han resistido al paso de los tiempos los intentos de, primero, desaparecerlos y, luego, modernizarlos. Las políticas gubernamentales no han tomado en cuenta la supervivencia de gran número de unidades agrarias campesinas y no es sino

hasta años más recientes que se ha abierto un pequeño apoyo para la unidad productiva multiproducto que es la milpa. Habrá que analizar con detalle estos apoyos y evaluar los efectos que vayan teniendo.

La economía campesina posee una lógica propia y distinta a la producción capitalista y opera bajo una racionalidad diferente a la agricultura comercial. No es la ganancia el incentivo principal para reproducirse y experimentar; no atiende sólo a la productividad del cultivo sino al cuidado de su tierra y su entorno ecológico porque de él depende su continuidad; se trata de una racionalidad distinta a la occidental capitalista de obtener sus bienes y su sobrevivencia.

La opinión generalizada de que la pequeña unidad de producción campesina mexicana es un resabio del pasado y que sus procesos económicos y tecnológicos son atrasados ya no parece tan clara ni tan válida al tomar en cuenta que no se trata de una empresa y que por lo tanto es dueña de una racionalidad que privilegia de modo contundente el consumo propio y trata, al mismo tiempo, de aumentar sus excedentes.

En varios sentidos la economía campesina consiste en una racionalidad fincada en las necesidades de las personas; por eso su énfasis en la producción de valores de uso. Desde el punto de vista del capitalismo no es racional ya que no utiliza los recursos para hacer mercancías y dinero una y otra vez; desde su punto de mira es irracional. En esa lógica, el carácter antiguo de orígenes precapitalistas significa atraso, no progreso. Pero desde la perspectiva campesina parece irracional perseguir la ganancia antes que la salud, la alimentación, la vivienda; parece irracional descuidar a la naturaleza. Tal vez la agricultura campesina mexicana sea una ventana de oportunidad para repensar el desarrollo menos alineado con las características de la economía convencional, la economía de pretensiones científicas cartesianas de aplicación atemporal y sin geografía, que a juzgar por sus resultados nadie podría decir que los logros han sido suficientes y que el futuro será mejor.

Tal vez es una oportunidad de pensar, al menos en principio para la agricultura mexicana, en una economía y un desarrollo distintos; acaso sea la ocasión para reducir el espacio de la racionalidad individualista y comenzar a ensayar alternativas económicas razonables.

Históricamente la intervención del gobierno ha considerado la economía campesina como una economía empresarial en pequeño. Este trabajo ha intentado mostrar que esto no es verdad y que las políticas se han aplicado

a un sector al que no ha atinado a diferenciar de la agricultura capitalista empresarial con su racionalidad exclusiva de ganancia. Es hora de considerar la enorme riqueza y diversidad de esta forma económica y tecnológica que es la agricultura campesina mesoamericana. Parece que es tiempo de ensayar nuevos análisis y nuevas políticas públicas para la cultura y la economía campesinas.

BIBLIOGRAFÍA

- Argueta, A., Gómez, M. y Navia, J. [2012], *Conocimiento tradicional, innovación y reapropiación social*, México, UAM/Siglo XXI.
- Bellon, M.R., Mastretta-Yanes, A., Ponce-Mendoza, A., Ortiz-Santamaría, D., Oliveros-Galindo, O., Perales, H., Acevedo, F. y Sarukhán, J. [2018], “Evolutionary and food supply implications of ongoing maize domestication by Mexican campesinos”, *Proceedings of the Royal Society B: Biological Sciences*, 285 (1885).
- Boltvinik, J. [2020], “Pobreza y persistencia del campesinado. Ponencia básica”, en Julio Boltvinik y Susan A. Mann, *Pobreza y persistencia campesina en el siglo XXI. Teorías, debates, realidades y políticas*, México, Siglo XXI: 73-112.
- Boltvinik, J. [2016], “Debates sobre la pobreza y persistencia del campesinado”, en Felipe Torres, María del Carmen del Valle, Jessica Mariela Tolentino y Erika Martínez López (coords.), *Reflexiones sobre seguridad alimentaria. Búsqueda de alternativas para el desarrollo en México*, México, IIEC-UNAM-DGAPA.
- Bonfil, G. [2008], *México profundo: una civilización negada*, México, Random House Mondadori.
- Cadena, G., Castaños, A., Machado, F., Solleiro, J.L. y Weissbluth, M. [1986], *Administración de Proyectos de Innovación Tecnológica*, México, CIT.
- Cepal [1991], *Economía campesina y agricultura empresarial. Tipología de productores del agro mexicano*, México, Siglo XXI.
- Chayanov, A. [1981], *Sobre la teoría de los sistemas económicos campesinos*, México, Ediciones Pasado y Presente, 94.
- Chayanov, A.V. [1975], “Sobre la teoría de los sistemas económicos no capitalistas”, *Cuadernos Políticos*, 5, recuperado de <<https://n9.cl/y81r>>.
- Díaz Tepepa, Ma. G. [2001], *Técnica y tradición. Etnografía de la escuela rural mexicana y de su contexto familiar y comunitario*, México, El Colegio de Puebla/Plaza y Valdés.
- Díaz Tepepa, Ma. G., Ortiz, P. y Núñez, I. [2004], *Interculturalidad, saberes campesinos y educación*, México, El Colegio de Tlaxcala/Heinrich Böll Stiftung/SEFOA.

- Dosi, G. [1988], "Sources, procedures and microeconomic effects of innovations", *Journal of Economic Literature*, XXVI: 1120-1171.
- Dutrénit, G., Jasso, J. y Villavicencio, D. (coords.) [2007], *Globalización, acumulación de capacidades e innovación. Los desafíos para las empresas, localidades y su persistencia en la actualidad mexicana*, México, FCE.
- Freeman, Ch. [1974], *The Economics of Industrial Innovation*, Harmondsworth, Penguin Books.
- Herrera Tapia, F. [2013], "Enfoques y políticas de desarrollo rural en México: Una revisión de su construcción institucional", *Gestión y Política Pública*, XXII (1): 131-159.
- Lazos, E. [2013], "Resistencias de las sociedades campesinas: ¿control sobre la agrobiodiversidad y la riqueza genética de maíces?", en Tanalis Padilla (coord.), *El campesinado y su persistencia en la actualidad mexicana*, México, FCE.
- Pavitt, K. [1994], "What do we really know about innovation dynamics", *Eunetic, Conference*, 2.
- Sader [2022-2025], *Catálogo de cultivos elegibles para el programa Producción para el Bienestar*, México, Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural, recuperado de <<https://n9.cl/dab47>>.
- Sader [2022], *Procedimiento operativo del programa Producción para el Bienestar*, México, Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural.
- Sagarpa y FAO [2014], *Diagnóstico del sector rural y pesquero de México 2012*, México.
- Tapia, G. (ed. y comp.) [1986], *La producción de conocimientos en el medio campesino*, Santiago de Chile, Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación (PIIE).
- Toledo, V.M. [2000], "La ecología, los campesinos y el artículo 27. Hacia una modernización alternativa", en V.M. Toledo, P. Alarcón-Chaires y L. Barón, *¿Es posible cuantificar la modernización rural de México? Una tipología económico-ecológica de productores. Memorias del Congreso de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales*, México, Centro de Ecología-UNAM.
- Toledo, V.M. [1991], *El juego de la supervivencia. Un manual para la investigación etnoecológica en Latinoamérica*, México, Centro de Ecología-UNAM.
- Toledo, V.M., Alarcón-Chaires, P. y Barón, L. [2000], *¿Es posible cuantificar la modernización rural de México? Una tipología económico-ecológica de productores. Memorias del Congreso de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales*, México, Centro de Ecología-UNAM.
- Torres, F. y Rojas Martínez, A. [2019], "La situación regional y las escalas de la seguridad alimentaria en México", *Revista Legislativa de Estudios Sociales y de la Opinión Pública*, México, 12 (25).

- Villoro, L. [2001], “De la libertad a la comunidad”, conferencia en el ITESM.
- Villoro, L. [2000], *Creer, saber, conocer*, México, Siglo XXI.
- Warman, A. [2001], *El campo mexicano en el siglo XX*, México, FCE.
- Weiss, E., Díaz, G. y Levy, C.C. [1988], *Las relaciones entre el saber escolar y el saber extraescolar sobre la producción agropecuaria. Informe de investigación*, México, Conacyt/ Departamento de Investigaciones Educativas del Cinvestav-IPN.
- Yoguel, G., Barletta, F. y Pereira, M. [2013], “De Schumpeter a los postshumpeterianos: viejas y nuevas dimensiones analíticas”, *Problemas del Desarrollo. Revista Latinoamericana de Economía*, México, IIEc-UNAM, 44 (174).

RESILIENCIA DE HOGARES RURALES DEL PACÍFICO MEXICANO

*Sophie Ávila-Foucat • Uberto Salgado
Cristina González • Ulises Sánchez*

INTRODUCCIÓN

En el año 2022, el porcentaje de población en situación de pobreza en México fue del 36.3 %, del cual el 65.1 % tiene por lo menos una carencia social y el 43.5 % está en un nivel inferior a la línea de pobreza por ingresos [Coneval, 2022]. Por ello, los objetivos 2 y 3 del Plan Sectorial de Bienestar (PSB) 2020-2024 buscan reducir brechas de desigualdad, contribuir al bienestar social mediante ingresos suficientes e impulsar la autosuficiencia alimentaria, el capital social y la inclusión productiva del sector rural. Sin embargo, la evaluación de los programas sociales diseñados para los objetivos antes mencionados muestra que dichos programas no cuentan con una clara población objetivo, no tienen indicadores específicos en varios temas y no existe una línea base de información para ver su impacto social [Coneval 2020], por lo que no es posible saber si las políticas públicas actuales cumplen con el objetivo de mejorar el bienestar. Aunado a lo anterior, la tasa de crecimiento de la población en pobreza extrema por ingreso aumentó un 5.5 % en marzo de 2024 con respecto al mismo mes del año anterior [Coneval, 2024]. Por lo tanto, no hemos podido resarcir las condiciones precarias de la población y las actividades productivas no logran subsanar el rezago que se ha acumulado. Además, esta condición vulnerable se agrava ante los efectos del cambio climático, de los conflictos sociales, del crimen organizado y de la baja competitividad de los mercados [Kumar *et al.*, 2020; Keshavarz y Moqodas, 2021; Fan *et al.*, 2022; Atara *et al.*, 2020]. Los hogares son dinámicos en el tiempo y el espacio, y reciben los

efectos de los procesos sociales, económicos y ambientales que suceden a escala local, regional, nacional y global, por lo que son reconocidos como sistemas complejos denominados socioecosistemas [Ifejika *et al.*, 2014]. El presente capítulo busca entender la dinámica de los hogares y propone una aproximación teórico-metodológica a cómo medirla. Con este fin, se utiliza el concepto de resiliencia de los hogares y sus medios de vida, que permite analizar la manera en que los hogares responden y evolucionan. En este sentido, la resiliencia se define como la capacidad de evitar la pérdida de bienestar después de varios estresores e impactos [Barrett y Conostas, 2014].

En este capítulo, los bienes de capital se consideran una forma de medir el bienestar de los hogares en concordancia con las aportaciones de Amartya Sen, quien postula que el bienestar se logra cuando el individuo tiene la libertad de decidir sobre sus medios de vida y su futuro, y que esto depende del acceso y la posesión de diversas capacidades, tales como los bienes de capital [Ellis, 2000], que se usan en la creación de actividades y la generación de ingresos. Los bienes de capital se clasifican en los activos social, financiero, físico, humano y natural, y pueden ser tangibles e intangibles. Se asume, como lo indica Ellis [2000], que, a mayor acceso y posesión de los activos de capital, los hogares tendrán la oportunidad de mantener o aumentar sus medios de vida y, por lo tanto, su bienestar. El índice de pobreza multidimensional en México cuenta con algunos de estos activos, pero los activos de capital social y natural están subrepresentados. La inclusión de las dimensiones de rezago educativo y acceso a los servicios de salud, al seguro social, a la seguridad alimentaria y a los servicios de la vivienda, además del ingreso, se consideran capacidades humanas, físicas y financieras. Sin embargo, a diferencia del índice de pobreza multidimensional, en este capítulo se incluyen más variables en estos mismos capitales y en particular en el social y natural.

Por otro lado, desde la perspectiva de los socioecosistemas, resiliencia de los hogares significa que éstos absorben y se reorganizan después de una perturbación mientras que mantienen su función, estructura, identidad y retroalimentación [Walker *et al.*, 2004], es decir, que pueden mantener sus medios de vida y capitales. Esto depende de su potencial de afrontamiento y de adaptación mediado por la autoorganización y el aprendizaje [Carr, 2020; Ifejika *et al.*, 2014]. También está supeditada a los atributos que posibilitan la resiliencia planteados por Biggs y colaboradores [2012], como la diversidad y la conectividad. La resiliencia de los hogares (pasada y futura) depende de las

capacidades que éstos tienen para responder a los cambios e identificar las ventanas de oportunidad. En este capítulo se abordan en particular la autosuficiencia, el aprendizaje, la diversidad y la conectividad, aspectos que se describen más adelante.

Con base en lo anterior, aquí se busca contestar las siguientes preguntas de investigación: ¿Cómo medir la resiliencia de los hogares combinando el marco teórico de resiliencia de socioecosistemas y del desarrollo? ¿De qué manera la variación en el tiempo de la autosuficiencia, el aprendizaje, la diversidad y la conectividad explican la variación en el bienestar de los hogares medido por medio de los bienes de capital? Por ello se hace una propuesta teórico-conceptual y se construyen índices con estas variables, así como una regresión lineal para analizar la relación entre el conjunto de capitales que conforman el bienestar y las variables de resiliencia antes mencionadas en un estudio de caso en la costa de Oaxaca.

MARCO TEÓRICO Y PROPUESTA CONCEPTUAL DE LA RESILIENCIA DE LOS HOGARES Y SUS MEDIOS DE VIDA

Resiliencia de socioecosistemas

Los hogares se han conceptualizado como socioecosistemas porque dependen de aspectos sociales y naturales, como redes familiares, apoyo del gobierno o tierra para cultivar. Estos aspectos interactúan de manera no lineal para que el hogar pueda llevar a cabo sus medios de vida. Aunado a lo anterior se ven influidos por procesos que suceden a otras escalas. Por lo tanto, la dinámica de los hogares puede estudiarse desde el enfoque de resiliencia de los socioecosistemas.

El concepto de resiliencia de socioecosistemas (o sistemas socioecológicos) se refiere a la capacidad de los sistemas de evolucionar tras haber absorbido disturbios y reorganizarse, sin perder su función esencial, su identidad y su estructura [Walker *et al.*, 2004]. A este respecto, Zhang y colaboradores [2021] mencionan que la evolución de los sistemas rurales es un proceso de reestructuración espacial, económica y social, y utilizan el marco de sistemas socioecológicos para mostrar las interacciones entre el subsistema de actores y el de recursos. Los autores indican también que la dinámica de los hogares rurales está afectada por cambios externos y por las capacidades de aprendizaje, adaptación y autoorganización, las cuales influyen en las interacciones, lo que a su

vez permite al sistema cambiar [Preiser *et al.*, 2018]. Gracias a contribuciones como éstas, la definición de “resiliencia” se ha enriquecido y hoy en día implica que el sistema debe enfrentar cambios y continuar desarrollándose, manteniendo o mejorando su estructura básica y las formas de funcionamiento [Ifejika *et al.*, 2014]. Lo anterior implica que no es deseable que el socioecosistema absorba estresores si eso lo lleva a permanecer en una trampa de pobreza y con ecosistemas deteriorados.

Por su parte, Biggs y colaboradores proponen una serie de principios que favorecen la resiliencia de los servicios ecosistémicos [Biggs *et al.*, 2012], es decir, que promueven que sigan existiendo las condiciones ecosistémicas para que la sociedad obtenga los beneficios que provee la naturaleza. Dichos principios se integran en el pensamiento resiliente debido a que postulan un vínculo muy estrecho entre resiliencia y sustentabilidad mediante un manejo adaptativo de la relación sociedad-naturaleza.

Los siete principios son: 1) mantener la diversidad y redundancia, 2) gestionar la conectividad, 3) gestionar las variables lentas y los procesos de retroalimentación, 4) fomentar el pensamiento complejo de sistemas adaptativos, 5) fomentar el aprendizaje, 6) ampliar la participación y el manejo adaptativo, y 7) promocionar sistemas de gobernanza. La diversidad en los componentes del sistema tanto biológicos (como ecosistemas, especies) como sociales (esto es, actores) permite que el sistema tenga más opciones para reaccionar. Conectividad del sistema se refiere al número de relaciones entre los componentes del sistema, pero también a qué tan estrechas son las mismas. Estos principios pueden ser positivos o negativos para el sistema (tienen un umbral) y por eso se proponen como una guía de acción más que como indicadores absolutos. Por ejemplo, una red de actores puede estar estrechamente vinculada para impulsar el narcotráfico o la conservación, ambos representan caminos muy diferentes del sistema; o bien, la conectividad puede medirse cuando el paisaje está muy conectado, pero esto permite que la dispersión de plagas sea más rápida, por lo que no siempre es positiva. Variables lentas y procesos de retroalimentación se refieren a identificar las variables clave para el funcionamiento de un sistema. Por ejemplo, en el caso de los sistemas lagunares, la calidad del agua es un factor determinante para la salud ecosistémica y a su vez tiene una influencia en la producción pesquera. Pensamiento complejo y manejo adaptativo se refieren a aceptar que los socioecosistemas presentan incertidumbre, que tienen muchas conexiones a diferentes escalas y una diversidad de visiones. Esto

significa que los instrumentos de manejo y regulación deben ser flexibles cuando sea necesario. Aprendizaje designa la capacidad del sistema de aprender de las experiencias y cambiar para construir un mejor sistema. La gobernanza policéntrica consiste en que deben existir varias entidades que participen en la toma de decisiones para generar las reglas de manera participativa y construir acción colectiva y cohesión social ante un disturbio o un cambio. Esto último permite que se den los elementos para la autoorganización del sistema. En efecto, puede haber otras formas de gobernanza positivas, como la gobernanza adaptativa. Los criterios planteados por Biggs [2012] dependen por lo tanto del contexto en el que se trabaja, por lo que los resultados del estudio de caso que se presenta en este capítulo pueden ser distintos para otras regiones.

Resiliencia para el desarrollo

Las ciencias sociales han adaptado el concepto de resiliencia, en el que el eje central es el poder que tienen la sociedad o los actores para el cambio. La resiliencia social se define como la “capacidad de los individuos, grupos sociales o socioecosistemas de enfrentar el estrés y los disturbios, autoorganizándose y aprendiendo para mantener o mejorar sus estructuras esenciales y maneras de funcionamiento” [Ifejika *et al.*, 2014]. Esta definición es parecida a la de Walker y colaboradores [2004] citada arriba, con la diferencia de que la resiliencia social se enfoca en el comportamiento humano. La autoorganización en el contexto de los hogares rurales se refiere a la capacidad de cambiar las reglas internas para enfrentar mejor los disturbios o generar acción colectiva. El aprendizaje es el resultado de usar la información existente y las experiencias pasadas para cambiar técnicas de producción o estrategias de vida.

Derivado en particular de la resiliencia social fue que los estudiosos de la pobreza y el desarrollo se interesaron en el concepto de “resiliencia”, ya que permite analizar la dinámica del desarrollo por medio de la medición de umbrales y consideraron algunos aspectos naturales y de riesgo [Barrett y Conostas, 2014]. La resiliencia para el desarrollo se define como la capacidad de los hogares para evitar la pobreza después de varios estresores e impactos, es decir, la probabilidad de un sistema de pasar cierto umbral de pobreza o de seguridad alimentaria [Barrett y Conostas, 2014]. Para esta corriente de pensamiento, la resiliencia es un conjunto de capacidades que cambian en el tiempo y no un resultado en sí. En este sentido, Béné y colaboradores [2016], con base en Folke y colaboradores [2010], describen que la resiliencia es el conjunto de

capacidades para persistir, adaptarse y transformarse, y las asocian con políticas públicas y programas de desarrollo en el corto, mediano y largo plazos. Las políticas de riesgo son para enfrentar de manera inmediata un estresor y sirven para persistir; las políticas de adaptación son un instrumento para ir modificando en el mediano plazo algunos aspectos de los hogares, como mejorar su aprendizaje, y las políticas estructurales permitirán la transformación a largo plazo.

Una de las limitaciones del enfoque de Béné y colaboradores [2016] es que asume que los estresores de menor intensidad generan acciones para persistir, cuando en realidad pueden afectar una variable clave del sistema que genere cambios más profundos y por tanto implique acciones de adaptación. Por otro lado, no considera el impacto de los estresores y su acumulación. Es decir, un estresor que es tenue pero constante puede acumularse en el tiempo y tener un efecto muy fuerte en el momento en que pasa un umbral; del mismo modo, podemos tener un impacto en un instante determinado pero que tenga consecuencias en el sistema muchos años después. Estos temas han sido poco explorados, por lo que no se puede asumir de manera lineal el efecto de los disturbios en el sistema. Por ello, pasar de una capacidad adaptativa a una transformativa no depende sólo del estresor sino de las interacciones del sistema. Del mismo modo, los programas de desarrollo a largo plazo deben fomentar todas las capacidades, no nada más la transformativa, aunque su objetivo sea la transformación.

Aunado a lo anterior, las publicaciones sobre resiliencia del desarrollo conceptualizan la resiliencia como una capacidad para abatir la pobreza o la inseguridad alimentaria, prioridades del bienestar [Knippenberg *et al.*, 2019; Béné *et al.*, 2016; Ansah *et al.*, 2019]. Sin embargo, en estos estudios las variables ambientales están subrepresentadas debido a que por lo general consideran la tierra cultivable como la única variable y las interacciones entre los componentes social y natural son, por tanto, casi inexistentes. Los aspectos biofísicos son muy importantes para la producción de alimentos; tal es el caso de la calidad del suelo, la disponibilidad de agua y la polinización. Por ejemplo, Verschuur y colaboradores [2020] hacen un esfuerzo interesante por medir los efectos de los cambios hidrológicos y de uso del suelo en el bienestar. Respecto a lo social, la organización de los productores es muy importante para abatir costos de producción, pero también la identidad cultural que refuerza sistemas de producción tradicionales, como la milpa. Asimismo, existen aspectos a

otras escalas que influyen en las decisiones de los hogares, tales como accesibilidad del territorio, acceso a los mercados, programas de apoyo a cierto tipo de producción [Ramírez-León *et al.*, 2023]. A este respecto, recientemente Reyes y colaboradores [2022] mencionan la importancia de considerar la resiliencia como un proceso y no sólo como una capacidad, así como la necesidad de transitar a un análisis más sistémico que incorpore las capacidades y analice las interacciones, los procesos a varias escalas y las causalidades para alcanzar la sustentabilidad por medio de la resiliencia.

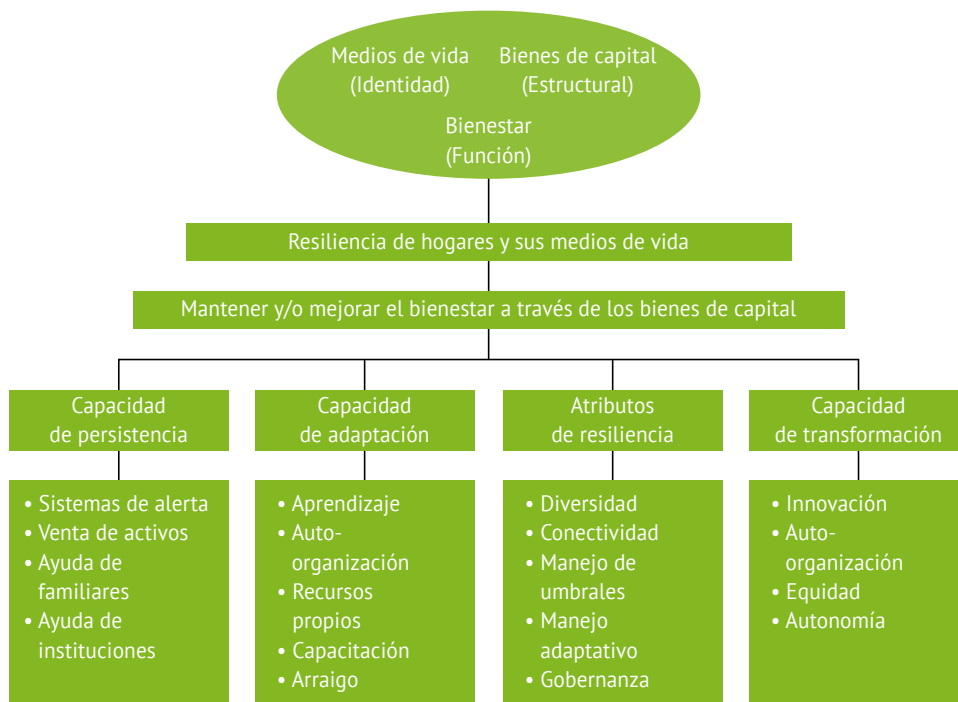
Propuesta conceptual para medir la resiliencia de hogares

La propuesta conceptual que se presenta a continuación está basada en la resiliencia de socioecosistemas, la resiliencia del desarrollo y el enfoque de capitales como un *proxy* para medir el bienestar.

Con base en lo anterior, en este capítulo resiliencia de hogares se refiere a conservar o mejorar sus bienes de capital que les permiten generar sus medios de vida y su bienestar. En este sentido, la resiliencia sí es un resultado, un estado del sistema que depende de los procesos internos y sus capacidades para responder a cambios. Depende de la capacidad de los sistemas para evolucionar tras haber absorbido disturbios y reorganizarse, lo cual les permite mantener su función esencial, su identidad y su estructura [Walker *et al.*, 2004]. Para mantener los medios de vida, mejorar su bienestar y bienes de capital, los hogares dependen de las interacciones de todos esos elementos, de su contexto, así como de la capacidad de persistencia, adaptación, transformación y atributos de resiliencia (figura 1).

A continuación se explica con mayor detalle cada uno de estos elementos. La estructura de los hogares se refiere al conjunto de los bienes de capital que poseen. Éstos a su vez permiten sus medios de vida que corresponden a su identidad y bienestar, que es el fin para que los hogares sean funcionales (es decir, permite su función). La identidad puede ser una actividad o varias actividades. Por ejemplo, un hogar puede identificarse sobre todo como pescador o con varias actividades (hogar diversificado), lo cual depende de su historia, cultura y arraigo. El hogar suele identificarse con la actividad que ha venido realizando durante varios años, incluso por generaciones, lo que representa una cosmovisión. Sin embargo, la aparición de la migración y la diversificación puede diluir esta identidad a lo largo del tiempo y hacer incluso que el hogar se identifique de manera distinta.

Figura 1
 Conceptualización de la resiliencia de los hogares rurales



Fuente: elaboración propia.

De ello se deriva la propuesta de este capítulo, en el que nos centramos en la variación de los bienes de capital como un *proxy* para la resiliencia. En la medida en que los hogares conserven o mejoren sus bienes de capital podrán responder a los diversos estresores que enfrentan.

Los capitales se dividen en cinco: social, humano, financiero, físico y natural [Chambers y Conway, 1991; Bebbington, 1999; Ellis, 2000]. La descripción que de los mismos se expone en Ávila-Foucat y Rodríguez-Robayo [2018] indica que el capital social se refiere a las relaciones formales o informales, la confianza y la cohesión que tiene el hogar con otros miembros de su comunidad o con actores fuera de ella. Este capital es benéfico para el hogar porque las relaciones le permitirán solucionar algún problema, pero su participación en las reglas comunitarias también le genera la posibilidad de construir acción

colectiva con los miembros de su comunidad. Lo anterior hace posible abatir costos y recibir apoyo, así como construir lazos de cohesión, reciprocidad y transparencia.

Capital financiero se refiere al ingreso, el ahorro y el acceso a préstamos y créditos formales e informales. En muchas ocasiones el hogar recibe apoyo financiero de los familiares o de alguna caja de ahorros. Capital humano designa los aspectos de salud, educación, capacitación y fuerza laboral; es decir, son las condiciones de los miembros del hogar que le permiten salir adelante. El capital físico es la infraestructura propia de la vivienda y la utilizada para las actividades productivas.

El capital natural son los insumos que proveen los ecosistemas y pueden estar dentro o fuera del predio del hogar. Por ejemplo, los que pertenecen directamente al hogar son su parcela para cultivo y los recursos naturales presentes en su predio. Sin embargo, dichos recursos dependen de las condiciones de los ecosistemas más allá del predio del productor e incluso el hogar puede aprovechar recursos fuera de su predio. Por ejemplo, el acceso al agua depende de las condiciones forestales e hídricas de la zona [Mokondoko *et al.*, 2016], mientras que la colecta de leña [Deschamps, 2018], el aprovechamiento de especies no maderables, como plantas medicinales, y el disfrute de la belleza escénica se hacen dentro y fuera del predio [Zamora-Maldonado *et al.*, 2021].

Los capitales se consideran bienes durables que llevan al desarrollo porque generan utilidad a lo largo del tiempo [Bénger *et al.*, 2013] y se pueden reinvertir en actividades productivas, en la diversificación, o pueden incrementar la calidad de vida por medio de los bienes no tangibles. Los hogares más restringidos en términos monetarios tienen menos posibilidades de invertir en capitales debido a que su prioridad será consumir bienes no durables para solventar sus necesidades inmediatas.

Mantener o mejorar los bienes de capital (ser resiliente) depende de las capacidades de persistencia, adaptación y transformación [Béné *et al.*, 2016], que a su vez incluyen aspectos de autoorganización, dependencia de recursos propios y capacidad de aprendizaje propuestos por la resiliencia social [Ifejika *et al.*, 2014; Fan *et al.*, 2022]. Es importante mencionar que esta propuesta ubica los activos de capital como un *proxy* del bienestar por lo que no están incluidos dentro de las capacidades de adaptación como lo hacen otros artículos [Bunch *et al.*, 2020; Béné *et al.*, 2011; Fan *et al.*, 2022].

Por ejemplo, Li y colaboradores [2019] incluyen el ingreso o la salud como la capacidad de usar sus recursos; el equipo de Ifejika Speranza y colaboradores [2014] integra los capitales como la capacidad de persistir (*buffer capacity*).

Capacidad de persistir se refiere a las características del hogar que le permiten reaccionar rápidamente, tales como tener sistemas de alerta, vender activos, tener ayuda financiera o apoyos institucionales después de un desastre [Vázquez *et al.*, 2021].

En cambio, las capacidades adaptativas tienen que ver con la posibilidad que el hogar tiene de transformarse en el tiempo para mantener su identidad, lo cual implica cierto aprendizaje y cambios en las acciones. Por ello, las variables que lo componen son aprendizaje y capacitación, así como la autoorganización, todas para poder ajustar sus actividades, contar con recursos propios a fin de no depender de apoyos externos por lo menos en lo más básico y tener un arraigo a los medios de vida para no migrar o cambiar de actividad. En particular, la capacidad de aprendizaje es un indicador que aparece en la mayoría de la literatura [Ifejika *et al.*, 2014; Li *et al.*, 2022; Bunch *et al.*, 2020; Galappaththi *et al.*, 2019].

Son pocos los ejemplos sobre la capacidad de transformación que indican variables específicas y por lo general son las mismas que para adaptación; en otras palabras, no está claro el umbral para pasar de una capacidad a otra. En este escrito proponemos la capacidad de innovación como un elemento importante ya que permite hacer cambios más radicales, así como la autoorganización para llevarlos a cabo y la autonomía, lo mismo que la capacidad de tener más equidad en diversos sentidos como en género u otros procesos de toma de decisiones. Por otro lado, puede medirse si hubo o no transformación si se obtuvo el mejor nivel de capitales.

Respecto a los atributos de resiliencia son aquellos que se describieron en el apartado anterior; de particular interés para los hogares son la diversidad, la conectividad, el manejo de los umbrales, el manejo adaptativo de sus recursos naturales y la gobernanza.

Por lo tanto, de manera genérica, la resiliencia se conceptualiza de la manera siguiente en el tiempo t : la resiliencia del hogar implica mantener o mejorar la identidad, función y estructura medida mediante sus bienes de capital:

$$Rt = \text{Identidad, Función, Estructura} = \text{bienes de capital}$$

Misma que está en función de:

$$R_t = f(\text{Cap}P, \text{Cap}A, \text{Cap}T, \text{Atr}R)t$$

En donde $\text{Cap}P$ es la capacidad de persistencia, $\text{Cap}A$ es la capacidad de adaptación, $\text{Cap}T$ es la capacidad de transformación y $\text{Atr}R$ los atributos de resiliencia.

La proposición antes citada muestra la relación entre los bienes de capital y las capacidades y los atributos de resiliencia. Ahora bien, dado que de manera ideal la resiliencia es entender la trayectoria de los hogares, pueden analizarse los cambios en el tiempo de los bienes de capital en función de los cambios en las capacidades antes descritas, de manera tal que:

$$R_{t+1} = dR/dt = \Delta(\text{Cap}P, \text{Cap}A, \text{Cap}T, \text{Atr}R) = (\text{Cap}P, \text{Cap}A, \text{Cap}T, \text{Atr}R)_{T+1} - (\text{Cap}P, \text{Cap}A, \text{Cap}T, \text{Atr}R)_{T_0}$$

T_0 se refiere a las variables medidas en el primer año (inicial) y $T+1$ al año subsiguiente.

La resiliencia es entonces una manera de analizar la dinámica de los hogares rurales, su bienestar y desarrollo. En cuanto a metodologías para su medición, González-Quintero y Ávila-Foucat [2019] indican que existen métodos cuantitativos, cualitativos y mixtos. Dentro de los cuantitativos, los índices y modelos se han utilizado a diferentes escalas. Ávila-Foucat y Espejel-Carbaljal [2020] señalan que los índices son una sumatoria de características, por lo que resultan muy adecuados para caracterizar la estructura de los capitales del hogar y el contexto. Son más fáciles de aplicar en diversos contextos y a diferentes escalas, y explican fenómenos como la resiliencia general. Sin embargo, no permiten explicar la resiliencia o saber qué tiene más peso para generarla, debido a que el investigador (o un conjunto de actores en el caso de procesos participativos) decide *a priori* el contenido del índice y el peso de cada componente.

Por su parte, los modelos matemáticos posibilitan analizar relaciones causales, desde estadísticas descriptivas hasta modelos econométricos o de sistemas. Por ejemplo, Zamora-Maldonado y colaboradores [2021] estudiaron los umbrales ecológicos y económicos del aprovechamiento del borrego cimarrón y su cambio ante sequías, para observar cómo cambia el sistema ante

esas condiciones en el tiempo. Por ello, en este capítulo se utilizan los índices y se hace un modelo econométrico para analizar las relaciones o causalidades entre variables y con ellos aproximarnos a entender las interacciones del sistema.

Cabe señalar que el presente texto sólo busca probar una parte de esta propuesta conceptual y a continuación se especifica su alcance.

MÉTODO

Área de estudio

Escobilla y Ventanilla se ubican en el municipio de Santa María Tonameca en la costa del sur del Pacífico en Oaxaca, México. Estas comunidades están situadas entre Puerto Escondido y Huatulco, dos principales ciudades turísticas, y Pochutla, una importante ciudad comercial que conecta con la de Oaxaca. Estas comunidades se seleccionaron porque comparten características naturales y condiciones socioeconómicas similares [Ávila-Foucat y Martínez, 2018], y la mayoría de los hogares experimentó perturbaciones sociales y climáticas muy semejantes. Ambas comunidades están sumamente marginadas [Conapo, 2011]; sus poblaciones carecen de educación (la mayor parte sólo tiene educación primaria), tienen un acceso limitado a servicios (sistema de alcantarillado, carreteras, servicios de salud) y bajos ingresos, y son localidades de menos de cinco mil habitantes [Conapo, 2012]. Sus condiciones naturales incluyen un clima tropical subhúmedo, manglares y selvas tropicales caducifolias. Las dos comunidades han diversificado sus ingresos, con el 23.6 % de los hogares trabajando en ecoturismo [Ávila-Foucat *et al.*, 2021].

Escobilla es una localidad de 446 habitantes [Santa María Tonameca, 2014]. Sus principales actividades económicas son la agricultura, la ganadería y los servicios (producción de tortillas o artesanías para venta local). Dentro de la localidad hay un área protegida federal bajo la categoría de santuario, que es la playa de anidación más importante del mundo para la tortuga Golfina (*Lepidochelys olivacea*) [Ávila-Foucat *et al.*, 2021]. Ventanilla tiene 94 habitantes [Santa María Tonameca, 2014].

Obtención de datos

Se aplicó una encuesta (panel) a los mismos hogares en 2013 y 2016 para realizar un seguimiento de sus capitales y capacidades. En total, se encuestaron

25 hogares en Ventanilla y 60 hogares en Escobilla en ambos años, lo que representa el 72 % del total de hogares en la primera comunidad y el 60 % en la segunda. El cuestionario se respondió previo consentimiento del jefe de hogar (mujer u hombre) o, en su ausencia, de un familiar mayor de 18 años. El cuestionario cubrió los tipos de capital de los hogares (humano, social, financiero, físico y natural), diversidad, autosuficiencia, conectividad y capacidad de aprendizaje. Algunas variables fueron ordinales, mientras que otras fueron nominales y tuvieron signos positivos o negativos en el índice (cuadro 1). Las comunidades se dividieron en cuadrantes y cada hogar se encuestó personalmente. Para evitar redundancia entre variables, se realizaron correlaciones para variables continuas cuantitativas y pruebas de chi-cuadrado para variables ordinales y nominales para cada indicador utilizando un equipo IBM SPSS versión 25. Las variables ordinales y nominales se agregaron a cada indicador. Las variables se estandarizaron para agregar indicadores en el índice de hogares para 2013 y 2016.

Variables, índices y modelo

La variable dependiente del modelo de regresión lineal es la variación en el índice de bienes de capital. En cuanto a las variables independientes se escogieron las que son parte de la capacidad adaptativa y dos de los atributos de resiliencia, es decir, los recursos propios (recprop), la capacidad de aprendizaje (aprend), la diversidad (diver) y la conectividad (conect) (cuadro 1). De cada una de estas variables se obtuvo un índice y su variación en los dos años de la muestra. De manera tal que la resiliencia medida por medio del cambio en los bienes de capital (Bc) depende de la variación en el índice de las capacidades antes mencionadas, lo que se expresa de la forma siguiente:

$$R=\Delta IBc= \Delta Icapa=f(\Delta IRecprop, \Delta IAprend, \Delta IDiver, \Delta IConect)$$

Para la construcción de los índices cada variable se estandarizó entre -1 y 1 en primera instancia, se hizo la suma de cada variable para establecer los índices respectivos y después se midió la tasa de cambio de cada índice para cada hogar [González-Quintero *et al.*, en dictamen].

Cuadro 1
VARIABLES DE BIENES DE CAPITAL, DE LA CAPACIDAD
ADAPTATIVA Y DE LOS ATRIBUTOS DE RESILIENCIA

<i>Capitales</i>			
<i>Capital humano</i>			
<i>Variable</i>	<i>Descripción</i>	<i>Efecto en la resiliencia</i>	<i>Fuente</i>
Fuerza laboral	Número de miembros del hogar entre 15 y 64 años.	Positivo	Kotzee y Reyers, 2016; Ifejika <i>et al.</i> , 2014
Años de escolaridad	Número de años de escolaridad formal. Un mayor nivel de educación hace que las sociedades sean más adaptables.	Positivo	Kotzee y Reyers, 2016; O'Connell <i>et al.</i> , 2015; Eakin <i>et al.</i> , 2012, Wilson <i>et al.</i> , 2013; DasGupta y Shaw, 2015
Salud familiar	Número de visitas al médico por razones curativas. La mano de obra es más efectiva cuando está libre de enfermedades o problemas de salud debilitantes.	Negativo	Ellis, 2000; Wilson <i>et al.</i> , 2013; DasGupta y Shaw, 2015; Jacobi <i>et al.</i> , 2018
Acceso a atención médica	Los miembros del hogar tienen acceso a atención médica.	Positivo	Uy <i>et al.</i> , 2011; Wilson <i>et al.</i> , 2013
<i>Capital social</i>			
Festividades comunitarias	El hogar contribuye a las festividades comunitarias.	Positivo	PNUD, 2013
Trabajo comunitario	El hogar contribuye al trabajo colectivo voluntario en la comunidad.	Positivo	PNUD, 2013; Tyler y Moench, 2012
Conocimiento de acuerdos comunitarios	Conocimiento o consciencia del hogar sobre las decisiones y los arreglos hechos en las reuniones comunitarias.	Positivo	Eklom, 2012; Tyler y Moench, 2012
Reuniones comunitarias	Número de reuniones comunitarias a las que el hogar asistió.	Positivo	Plummer y Armitage, 2007; Baral y Stern, 2011
<i>Capital financiero</i>			
Ingreso	Ingresos provenientes de actividades productivas.	Positivo	Uy <i>et al.</i> , 2011; Schwarz <i>et al.</i> , 2011; Córdoba-Vargas y León-Sicard, 2013; Ifejika <i>et al.</i> , 2014; Tiltonell, 2014; IUCN, 2014; Salvia y Quaranta, 2015
Remesas	Remesas recibidas por el hogar.	Positivo	Eakin <i>et al.</i> , 2012
Préstamos	Dinero proveniente de préstamos.	Positivo	Marschke y Berkes, 2006; Baral y Stern 2001, Uy <i>et al.</i> , 2011
Transferencias gubernamentales	Dinero que el Estado otorga al hogar (subsidios, pensiones, becas).	Positivo	Eakin <i>et al.</i> , 2012

Continuación cuadro 1

Variable	Descripción	Efecto en la resiliencia	Fuente
Ahorro mediante el uso de recursos naturales	Dinero que el hogar ahorra utilizando recursos naturales, por ejemplo, la madera.	Positivo	Eklblom, 2012
<i>Capital físico</i>			
Herramientas agrícolas	Equivalente económico de las herramientas y equipos del hogar para la agricultura.	Positivo	Baral y Stern, 2011; Ifejika <i>et al.</i> , 2014
Herramientas de pesca	Equivalente económico de las herramientas y equipos del hogar para la pesca.	Positivo	Baral y Stern, 2011; Ifejika <i>et al.</i> , 2014
Material del techo	El techo de la casa está hecho de concreto o palma. Las condiciones del hogar reflejan la robustez de la casa, la cantidad de dinero invertido en la construcción y su valor de mercado en comparación con otras casas construidas con otros materiales.	Positivo	Ávila-Foucat y Martínez, 2018
Material de las paredes	Las paredes de la casa están hechas de concreto.	Positivo	Ávila-Foucat y Martínez, 2018
Material del piso	El piso de la casa está hecho de concreto.	Positivo	Ávila-Foucat y Martínez, 2018
Electricidad	La casa tiene electricidad.	Positivo	IUCN, 2014; DasGupta y Shaw, 2015; Jacobi <i>et al.</i> , 2018
Estufa	La casa tiene una estufa. Puede generar un flujo futuro de ingresos y eficiencia energética comparada con el fuego de leña.	Positivo	Ávila-Foucat y Martínez, 2018
Refrigerador	La casa tiene un refrigerador. Puede generar un flujo futuro de ingresos y mejorar la seguridad alimentaria.	Positivo	Ávila-Foucat y Martínez, 2018
Lavadora	La casa tiene una lavadora. Puede generar un flujo futuro de ingresos y tiempo para diversificación.	Positivo	Ávila-Foucat y Martínez, 2018
Automóvil	El hogar posee un automóvil. Puede generar un flujo futuro de ingresos.	Positivo	Ávila-Foucat y Martínez, 2018
Teléfono celular	La casa tiene un teléfono celular. Puede generar un flujo futuro de ingresos y permite la comunicación.	Positivo	IUCN, 2014

Continuación cuadro 1

Variable	Descripción	Efecto en la resiliencia	Fuente
Televisión	La casa tiene televisión. Puede generar un flujo futuro de ingresos. Contribuye al acceso a la información.	Positivo	Ávila-Foucat y Martínez, 2018
<i>Capital natural</i>			
Tamaño de la tierra	Tamaño de la tierra que posee el hogar.	Positivo	Uy <i>et al.</i> , 2011; Eakin <i>et al.</i> , 2012; Polanco-Echeverry <i>et al.</i> , 2015; IUCN, 2014
Uso de recursos diversos	Número de diferentes recursos naturales utilizados por el hogar.	Positivo	Eklom, 2012; Blythe, 2015
Calidad del agua	Percepción del hogar sobre la buena calidad del agua.	Positivo	Salvia y Quaranta, 2015; Polanco-Echeverry <i>et al.</i> , 2015; Jacobi <i>et al.</i> , 2018
Percepción de conservación	El hogar percibe que la conservación de los recursos naturales genera beneficios.	Positivo	Jacobi <i>et al.</i> 2018
Reforestación	Existen actividades de reforestación en la comunidad.	Positivo	Cardoso <i>et al.</i> , 2013; Jacobi <i>et al.</i> , 2018
<i>Capacidad adaptativa</i>			
<i>Recursos propios</i>			
Autoconsumo de cultivos	Consumo de cultivos propios.	Positivo	Altieri y Nicholls, 2013; Jacobi <i>et al.</i> , 2018
Autoconsumo de ganado	Consumo de ganado propio.	Positivo	Altieri y Nicholls, 2013; Jacobi <i>et al.</i> , 2018
Autoconsumo de pescado	Consumo de pescado propio.	Positivo	Altieri y Nicholls, 2013; Jacobi <i>et al.</i> , 2018
Liderazgo	El hogar reconoce a un líder en la comunidad.	Positivo	Schwarz <i>et al.</i> , 2011; Córdoba-Vargas y León-Sicard, 2013; IUCN, 2014; Ifejika <i>et al.</i> , 2014
<i>Capacidad de aprendizaje</i>			
Acceso a aprendizaje	Número de cursos sobre medio ambiente, salud, producción sostenible o actividad en los que ha participado el hogar.	Positivo	Baral y Stern, 2011; Córdoba-Vargas y León-Sicard, 2013; Jacobi <i>et al.</i> , 2018
<i>Atributos de resiliencia</i>			
<i>Diversidad</i>			
Diversidad de organizaciones	Número de diferentes organizaciones (gubernamentales y no gubernamentales) de las que el hogar recibe algún apoyo.	Positivo	Marschke y Berkes, 2006; Eakin <i>et al.</i> , 2012; Córdoba-Vargas y León-Sicard, 2013; O'Connell <i>et al.</i> , 2015

Continuación cuadro 1

Variable	Descripción	Efecto en la resiliencia	Fuente
Diversificación de medios de vida	Número de fuentes de ingresos que aumentan la posibilidad de sobrevivir después de una perturbación.	Positivo	Marschke y Berkes, 2006; Eakin <i>et al.</i> , 2012; Kotzee y Reyers, 2016; Salvia y Quaranta, 2015; Prado-Santos <i>et al.</i> , 2015; Blythe, 2015
Diversidad de cultivos	Número de diferentes cultivos sembrados por el hogar.	Positivo	Altieri y Nicholls, 2013; Córdoba-Vargas y León-Sicard, 2013; Quaranta y Salvia, 2014; Salvia y Quaranta, 2015; Jacobi <i>et al.</i> , 2018
Diversidad de ganado	Número de diferentes tipos de ganado criado por el hogar.	Positivo	Córdoba-Vargas y León-Sicard, 2013; Jacobi <i>et al.</i> , 2018
Diversidad de pescado	Número de diferentes especies de peces capturadas por el hogar.	Positivo	Blythe, 2015
<i>Conectividad</i>			
Grupos de interés	Al menos un miembro del hogar pertenece a un grupo y participa en las actividades del grupo.	Positivo	Quaranta y Salvia, 2014; Uy <i>et al.</i> , 2011; Córdoba-Vargas y León-Sicard, 2013; Salvia y Quaranta, 2015; O'Connell <i>et al.</i> , 2015; Ifejika <i>et al.</i> , 2014
Distancia a la escuela	Distancia en kilómetros a la escuela de todos los miembros del hogar como indicador del acceso a la infraestructura educativa.	Negativo	Ellis, 2000
Distancia al servicio médico	Distancia en kilómetros al servicio médico más cercano como indicador del acceso a la infraestructura médica.	Negativo	Uy <i>et al.</i> , 2011; DasGupta y Shaw, 2015
Distancia a fuentes de insumos	Distancia en kilómetros a fuentes de insumos agrícolas y tiendas de abarrotes.	Negativo	Tittonell, 2014; Ifejika <i>et al.</i> , 2014
Redes sociales	Se necesitan redes dentro y fuera de la comunidad para resolver problemas.	Positivo	DasGupta y Shaw, 2015
Miembros de familia migrantes	Número de miembros de la familia migrantes como indicador de remesas.	Positivo	Ekblom, 2012; IUCN, 2014; O'Connell <i>et al.</i> , 2015

Fuente: elaboración propia.

RESULTADOS

Las estadísticas descriptivas de los datos muestran que el capital social, el financiero y el natural tienen un signo negativo dado que han disminuido entre 2013 y 2016, si bien muy ligeramente. Por el contrario, el capital humano y el físico han aumentado, aunque también muy poco (cuadro 2).

Con respecto a la suma de los capitales en los hogares observamos que el 36.5 % (31 hogares) tiene un cambio positivo, por lo que ha mejorado su condición, mientras que el bienestar del 63.5 % ha empeorado (cuadro 3).

En relación con las variables independientes se observa que la conectividad no ha variado; en contraste, la diversidad, los recursos propios y el aprendizaje han disminuido (cuadro 2).

Con respecto a en qué medida la variación en la diversidad, la conectividad, la variación en la posesión de recursos propios y la capacidad de aprendizaje explica la resiliencia medida mediante los cambios en sus capitales, el modelo de regresión lineal muestra que la diversidad y la conectividad son variables significativas y tienen un signo positivo. Lo anterior indica que la resiliencia (variación positiva en el conjunto de capitales) está dada por el incremento de la diversidad y la conectividad (cuadro 4).

Cuadro 2
Estadísticas descriptivas de la variación de los capitales y el índice de resiliencia

<i>Capitales</i>	<i>Obs.</i>	<i>Mínimo</i>	<i>Máximo</i>	<i>Media</i>	<i>Varianza</i>
Humano	85	-0.5791	0.5821	0.046009	0.053
Social	85	-0.8333	0.625	-0.047549	0.096
Financiero	85	-0.9537	0.519	-0.076139	0.053
Físico	85	-0.351	0.7671	0.035821	0.034
Natural	85	-0.8071	0.657	-0.09624	0.087
Conjunto de capitales (resiliencia)	85	-1.6526	1.2758	-0.138098	0.434
<i>Variables independientes</i>					
Diversidad	85	-1	1	-0.06	0.08
Conectividad	85	-1	1	0	0.048
Recursos propios	85	-1	1	-0.08	0.172
Aprendizaje	85	-1	0	-0.02	0.023

Fuente: elaboración propia.

Cuadro 3
Hogares con cambios positivos y negativos entre 2013 y 2016
en el conjunto de sus capitales (resiliencia)

<i>Resiliencia</i>	<i>Núm. de hogares</i>	<i>Porcentaje</i>
Indicador positivo	31	36.5
Indicador negativo	54	63.5
Total	85	100

Fuente: elaboración propia.

Cuadro 4
Modelo de regresión lineal para explicar la resiliencia de los hogares

<i>Variable explicativa</i>	<i>Coefficiente</i>	<i>P-value</i>
Diversidad	0.5615	0.017*
Conectividad	0.6423	0.058*
Recursos propios	-0.1164	0.544
Aprendizaje	0.6608	0.136
Constante	-0.0341	0.64
Obs= 85		
R-square= 0.1642		
Mean VIF= 1.25		
Test Jarque Bera; Prob>chi2= 0.7264		
Test Ramsey Reset: Prob>F= 0.4792		

* Representa una significación estadística del 10 por ciento.

Fuente: elaboración propia.

DISCUSIÓN

Los resultados del índice muestran una disminución de los activos de capital entre los dos años estudiados y, aunque la diferencia es poca, refleja una pérdida del bienestar. La pobreza multidimensional mide algunos de los bienes de capital aquí considerados y coincide con los resultados informados, ya que se ha reportado que entre 2010 y 2020 el porcentaje de la población en pobreza moderada aumentó del 30.7 % [Coneval, 2010] al 39 % [Coneval, 2020] en el municipio estudiado, aunque la pobreza extrema disminuyó considerablemente. En particular, en nuestro estudio se observa que los capitales social,

financiero y natural son los que más se han visto afectados, a diferencia del humano y el físico. En González-Quintero y colaboradores [en dictamen] se reporta que la existencia de algunos conflictos en las comunidades y la pérdida de liderazgo y cohesión social explican estos resultados. Asimismo, el paro magisterial ha impedido la llegada del turismo y afectado los ingresos de las comunidades. Por último, el capital natural se ve disminuido en tanto los hogares usan menos recursos naturales, lo cual puede deberse a varios factores, pero no necesariamente a su escasez.

Los resultados muestran también que la resiliencia (variación en el estado de los capitales) está relacionada con la diversidad y la conectividad.

La variable diversidad incluye la gama de organizaciones que apoyan a los hogares en financiamiento e infraestructura. Esta variable también incluye la diversidad de ingresos y la diversidad de especies cultivadas o aprovechadas. En consecuencia, la diversidad es una variable que engloba distintas formas de enfrentar cambios, por lo que tiene un impacto en diferentes capitales. De manera más específica, la diversidad de ingresos es una de las variables más estudiadas en la literatura y se ha demostrado que tiene un impacto positivo en el capital financiero ya que mientras más fuentes de financiamiento se tengan, la posibilidad de que el ingreso se incremente es mayor [Marschke y Berkes, 2006; Eakin *et al.*, 2012; Kotzee y Reyers, 2016; Salvia y Quaranta, 2015; Prado-Santos *et al.*, 2015; Blythe, 2015] y de forma similar influye en el capital físico ya que se puede adquirir más infraestructura productiva [Baral y Stern, 2011; Ifejika *et al.*, 2014; Albizua *et al.*, 2024]. En cuanto a la diversidad de actores u organizaciones con las que el hogar se relaciona, permite que éste pueda acudir a una mayor cantidad de apoyos cuando hay una emergencia o incluso para practicar actividades nuevas o consolidar las ya existentes [Marschke y Berkes, 2006; Eakin *et al.*, 2012; Córdoba-Vargas y León-Sicard 2013; O'Connell *et al.*, 2015]. Del mismo modo, la diversidad de cultivos aumenta la probabilidad de tener una mayor fuente de alimento después de algún evento climático o alguna plaga [Altieri y Nicholls, 2013; Córdoba-Vargas y León-Sicard, 2013; Quaranta y Salvia, 2014; Salvia y Quaranta, 2015; Jacobi *et al.*, 2018]. Los elementos antes planteados dan cuenta de la importancia de la diversidad como variable explicativa. En el caso de la costa de Oaxaca esto se debe a que los diversos estresores que acontecieron en el periodo de estudio han ocasionado que los hogares dejen de hacer algunas actividades.

En cuanto a la conectividad social que se forma al pertenecer a un grupo productivo o al recibir apoyos de instituciones, o bien las redes sociales que se crean al tener un miembro del hogar en otro país o localidad, es de suma importancia en nuestro caso de estudio, así como la conectividad espacial, que se refiere a la distancia a los servicios principales de educación, salud o insumos diarios. La conectividad es entonces también una variable sistémica que muestra diferentes formas de generar redes o estar conectado para llevar a cabo los medios de vida y fortalecer los capitales. Es sistémica porque se expresa de múltiples formas y se relaciona con muchos elementos del sistema, como es el caso de los capitales. De manera específica, se ha demostrado que las redes sociales de apoyo permiten reforzar el capital social en primera instancia, pero también el capital financiero o humano sobre todo cuando dicha relación conlleva financiamiento o capacitación [DasGupta y Shaw, 2015]. De manera similar, la conectividad geográfica o espacial es muy importante en estudios de desarrollo regional, en los que se ha observado que la distancia a la carretera más cercana determina la posibilidad de acceder a los puntos de comercialización principales [Tittonell, 2014; Ifejika *et al.*, 2014]. Por otro lado, la cercanía a servicios de salud permite que los hogares tengan fuerza laboral activa [Uy *et al.*, 2011; DasGupta y Shaw, 2015].

Es sorprendente que las variables de recursos propios y aprendizaje no hayan resultado significativas. En el caso de los recursos propios esto puede deberse a que la variable está dominada por el autoconsumo y aunque éste representa sin duda un ahorro para el hogar, no se contabiliza en la estimación del ingreso como tal. Sería por tanto recomendable incluirlo en la estimación de ingreso y aumentar otras variables que reflejen la importancia de los recursos propios. Por otro lado, el aprendizaje está conformado por el acceso a las capacitaciones, lo cual podría considerarse parte del capital humano, por lo que en futuras investigaciones podría ser más adecuado incluir el uso de conocimiento, su aplicación en las prácticas. De esta forma este aprendizaje podría influir mucho más en el capital financiero o físico.

CONCLUSIONES

El presente capítulo expone la dificultad de los hogares rurales para ser resilientes y mantener sus condiciones de bienestar mediante los bienes de capital y de qué manera las capacidades de adaptación y los atributos de resiliencia se

relacionan con este proceso. Para ello se parte de una descripción del concepto de resiliencia y se hace una propuesta conceptual aplicada de manera parcial en el estudio de caso de dos comunidades de la costa de Oaxaca. Así, el presente texto aporta a las discusiones teórico-conceptuales sobre la resiliencia de los hogares rurales, un tema sin duda de relevancia para el desarrollo del país, y expone un estudio de caso para mostrar cómo la diversidad y la conectividad son elementos fundamentales que deberían considerarse en las políticas de desarrollo social, territorial y ambiental.

BIBLIOGRAFÍA

- Albizua, A., Rahman, H.T., Corbera, E. y Pascual, U. [2024], “Rural livelihoods displacement and mal-adaptation due to large-scale modern irrigation in Navarre, Spain”, *Environmental Development*, 50, 100987.
- Altieri, M.A. y Nicholls, C.I. [2013], “Agroecología y resiliencia al cambio climático: Principios y consideraciones metodológicas”, *Agroecología*, 8 (1): 7-20.
- Atara, A., Tolossa, D. y Denu, B. [2020], “Analysis of rural households’ resilience to food insecurity: does livelihood systems/choice/ matter? The case of Boricha woreda of sidama zone in southern Ethiopia”, *Environmental Development*, 35, 100530.
- Avila-Foucat, V.S., D. Revollo-Fernández y Navarrete C. [2021], “Determinants of livelihood diversification: The case of community-based ecotourism in Oaxaca, Mexico”, *Sustainability*, 13: 11371, recuperado de <<https://doi.org/gzkwjg>>.
- Avila-Foucat, V.S. y Espejel Carbajal, I. (coords.) [2020], *Resiliencia de socioecosistemas costeros*, México, Instituto de Investigaciones Económicas-Laboratorio Nacional de Resiliencia Costera-UNAM.
- Avila-Foucat, V.S., y Rodríguez-Robayo, K.J. [2018], “Determinants of livelihood diversification: The case wildlife tourism in four coastal communities in Oaxaca, Mexico”, *Tourism Management*, 69: 223-231, recuperado de <<https://doi.org/gn24w2>>.
- Ávila-Foucat, V.S. y Martínez, F. [2018], “Households’ resilience to hurricanes in coastal communities of Oaxaca, Mexico”, *Society and Natural Resources*, 31 (7): 807-821.
- Baral, N. y Stern, M.J. [2011], “Capital stocks and organizational resilience in the Annapurna conservation area, Nepal”, *Society and Natural Resources*, 24: 1011-1026, recuperado de <<https://doi.org/fk9zkb>>.
- Barrett, B.C. y Constanas, M. [2014], “Toward a theory of resilience for international development applications”, *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 111 (40): 14625-14630, recuperado de <<https://doi.org/f6kgzb>>.

- Bebbington, Anthony [1999], “Capitals and capabilities: A framework for analyzing peasant viability, rural livelihoods and poverty”, *World Development*, December, Berkeley, Elsevier, 27(12): 2 021-2 044.
- Bené, C., Headey, D. y Haddad, L. [2016], “Is resilience a useful concept in the context of food security and nutrition programmes? Some conceptual and practical considerations”, *Food Security*, 8: 123-138, recuperado de <<https://doi.org/f8g99t>>.
- Bérenger, V., Deutsch J., y Silber, J. [2013], “Durable goods, access to services and the derivation of an asset index: Comparing two methodologies and three countries”, *Economic Modelling*, septiembre, Berkeley, Elsevier, 35: 881-891, recuperado de <<https://doi.org/f5pfxf>>.
- Biggs, R., Schlüter, M., Biggs, D., Bohensky, E.L., BurnSilver, S., Cundill, G., Dakos, V., Daw, T.M., Evans, L.S., Kotschy, K., Leitch, A.M., Meek, C., Quinlan, A., Raudsepp-Hearne, C., Robards, M.D., Schoon, M.L., Schultz, L. y West, P. [2012], “Toward principles for enhancing the resilience of ecosystem services”, *Annual Review of Environment and Resources*, noviembre, San Mateo, Annual Reviews, 37(1): 421-448, recuperado de <<https://doi.org/f24fk3>>.
- Blythe, J.L. [2015], “Resilience and social thresholds in small-scale fishing communities”, *Sustainability Science*, 10: 157-165, recuperado de <<https://doi.org/f6tjg6>>.
- Bunch, M.J., S. Pathan, A.G. Battaglia, B. Greer-Wootten, A. Mascoll, T. Russell y Folkema, J. [2020], “Quantifying community resilience in South Sudan: The FEED project (Fortifying Equality and Economic Diversification)”, *Ecology and Society*, 25(2): art. 12, recuperado de <<https://doi.org/ghqw9p>>.
- Cardoso, M.B., Ladio, A.H. y Lozada, M. [2013], “Fuelwood consumption patterns and resilience in two rural communities of the northwest Patagonian steppe, Argentina”, *Journal of Arid Environments*, 98: 146-152, recuperado de <<https://doi.org/f5k866>>.
- Carr, E.R. [2020], “Resilient livelihoods in an era of global transformation”, *Global Environmental Change*, 64: 102155, recuperado de <<https://doi.org/gn5pbj>>.
- Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo [1987], “Nuestro futuro común”, Ginebra, ONU.
- Conapo (Consejo Nacional de Población) [2012], “Conceptos y dimensiones de la marginación”, recuperado de <<https://n9.cl/a63y>>, consultado el 6 de noviembre de 2015.
- Conapo [2011], “Anexo B. Índice de marginación por municipio, 2010”, en *Índice de marginación por entidad federativa y municipio 2010*, México, Conapo: 64-80, recuperado de <<https://n9.cl/1ftsc>>, consultado el 5 de febrero de 2026.
- Coneval [2024], “Línea de pobreza por ingresos, marzo 2024”, recuperado de <<https://n9.cl/ybk14>>.

- Coneval [2022], “Medición de la pobreza en México”, recuperado de <<https://n9.cl/dor2>>, consultado el 17 de julio de 2024.
- Coneval [2020], “Informe de pobreza multidimensional 2020. Metodología actualizada 2018-2020”.
- Córdoba-Vargas, C.A. y León-Sicard, T.E. [2013], “Resiliencia de sistemas agrícolas ecológicos y convencionales frente a la variabilidad climática en Anolaima (Cundinamarca-Colombia)”, *Agroecología*, 8 (1): 21-32, recuperado de <<https://n9.cl/ib4v>>.
- DasGupta, R. y Shaw, R. [2015], “An indicator based approach to assess coastal communities’ resilience against climate related disasters in Indian Sundarbans”, *Journal of Coastal Conservation*, 19: 85-101, recuperado de <<https://doi.org/f67bms>>.
- Deschamps, J. [2018], “Consumo del servicio de provisión de leña y su relación con los cambios de uso de suelo y vegetación en dos localidades rurales de la costa de Oaxaca, México”, tesis de Maestría en Ciencias de la Sostenibilidad, México, UNAM-Instituto de Ecología.
- Eakin, H., Benessaiah, K., Barrera, J.F., Cruz-Bello, G.M. y Morales, H. [2012], “Livelihoods and landscapes at the threshold of change: Disaster and resilience in a Chiapas coffee community”, *Regional Environmental Change*, 12 (3): 475-488, recuperado de <<https://doi.org/fkkthz>>.
- Eklom, A. [2012], “Livelihood security, vulnerability and resilience: A historical analysis of Chibuene, Southern Mozambique”, *Ambio*, 41 (5): 479-489, recuperado de <<https://doi.org/f2zw4c>>.
- Ellis, F. [2000], *Rural livelihoods and diversity in developing countries*, Oxford, Oxford University Press.
- Fan Y., Shi, X., Li, X. y Feng, X. [2022], “Livelihood resilience of vulnerable groups in the face of climate change: a systematic review and meta-analysis”, *Environmental Development*, 44.
- Folke, C., Carpenter, S.R., Walker, B., Scheffer, M., Chapin, T. y Rockström, J. [2010], “Resilience thinking: Integrating resilience, adaptability and transformability”, *Ecology and Society*, Dedham, Resilience Society, 15(4): art. 20, recuperado de <<https://n9.cl/o0jvm>>.
- Galappaththi, E.K., J.D. Ford, E.M. Bennett, y Berkes, F. [2019], “Climate change community fisheries in the Artica: A case study from Pangnirtung”, *Canada. Journal of Environmental Management*, 250: 1-11.
- González-Quintero C., Ávila-Foucat, V.S. Ifejika-Speranza, C. P. Balvanera, P. [en dictamen], “Conceptualization and assessment of livelihood resilience: Empirical evidence from coastal communities in Mexico”.

- González Quintero, C. y Ávila-Foucat, V.S. [2019], “Operationalization and measurement of social-ecological resilience”, *Sustainability*, 11(6 073): 1-18.
- Ifejika, C., Wiesmann, U. y Rist, S. [2014], “An indicator framework for assessing livelihood resilience in the context of social-ecological dynamics”, *Global Environmental Change*, 28: 109-119, recuperado de <<https://doi.org/f6m947>>.
- IUCN [2014], *A toolkit for increasing climate change resilience*, Gland, IUCN.
- Jacobi, J., Mukhovi, S., Llanque, A., Augstburger, H., Käser, F., Pozo, C., Ngutu, M., Freddy, J.M. Kiteme, B.P., Rist, S. y Ifejika, C. [2018], “Operationalizing food system resilience: An indicator-based assessment in agroindustrial, smallholder farming, and agroecological contexts in Bolivia and Kenya”, *Land Use Policy*, 79: 433-446, recuperado de <<https://doi.org/ghqwdd>>.
- IUCN [2014], *A guiding toolkit for increasing climate change resilience*, Gland, IUCN.
- Keshavarz, M. y Moqadas, R.S. [2021], “Assessing rural households’ resilience and adaptation strategies to climate variability and change”, *Journal of Arid Environments*, 184: 104323.
- Knippenberg, E. Jensen, N. y Conostas, M. [2019], “Quantifying household resilience with high frequency data: Temporal dynamics and methodological options”, *World Development*, 121: 1-15, recuperado de <<https://doi.org/gmvtjdj>>.
- Kotzee, I. y Reyers, B. [2016], “Piloting a social-ecological index for measuring flood resilience: A composite index approach”, *Ecological Indicators*, 60: 45-53, recuperado de <<https://doi.org/f75shv>>.
- Kumar, S., Mishra, A.K., Pramanik, S., Mamidanna, S. y Whitbread, A. [2020], “Climate risk, vulnerability and resilience: supporting livelihood of smallholders in semi-arid India”, *Land Use Policy*, 97:104729.
- Li, E., Deng, Q. y Zhou Y. [2022], “Livelihood resilience and the generative mechanism of rural households out of poverty: an empirical analysis from Lankao County, Henan Province, China”, *Journal of Rural Studies*, 93: 210-222.
- Marschke, M.J. y Berkes, F. [2006], “Exploring strategies that build livelihood resilience: a case from Cambodia”, *Ecology and Society*, 11 (1): 42-56.
- Mokondoko, P., Manson, R.H. y Pérez-Maqueo, O. [2016], “Assessing the service of water quality regulation by quantifying the effects of land use on water quality and public health in central Veracruz, Mexico”, *Ecosystem Services*. 22:161-173.
- O’Connell, D., Walker, B., Abel, N., Grigg, N., Cowie, A. y Durón, G. [2015], *An introduction to the Resilience, Adaptation Pathways and Transformation Assessment (RAPTA) Framework*, Canberra, Australia.
- Plummer, R. y Armitage, D. [2007], “A resilience-based framework for evaluating adaptive co-management: Linking ecology, economics and society in a complex world”, *Ecological Economics*, 61 (1): 62-74, recuperado de <<https://doi.org/cc4ztx>>.

- Polanco-Echeverry, D.N., Álvarez-Salas, L.M. y Ríos-Osorio, L.A. [2015], “Proposed methodology for research into the sociological resilience of agroecosystems”, *Tropical and Subtropical Agroecosystems*, 18: 207-219.
- Prado-Santos, D., Seixas, S.C. y Berkes, F. [2015], “Looking back and looking forward: Exploring livelihood change and resilience building in a Brazilian coastal community”, *Ocean and Coastal Management*, 113: 29-37, recuperado de <<https://doi.org/gn5vn2>>.
- Preiser, R., Biggs, R., Vos, A. de y Folke, C. [2018], “Social-ecological systems as complex adaptive systems: organizing principles for advancing research methods and approaches”, *Ecology and Society*, 23(4): art. 46.
- Quaranta, G. y Salvia, R. [2014], “An index to measure rural diversity in the light of rural resilience and rural development debate”, *European Countryside*, 6 (2): 161-178, recuperado de <<https://doi.org/g5gngz>>.
- Ramírez-León, A., Ávila-Foucat, V.S., Ezzine-De Blas, D. [2023], “The historical trajectory of a coffee agri-food system: a case study in Oaxaca, Mexico”, *Ambio*: 1-17, recuperado de <<https://doi.org/qtbj>>.
- Salvia, R. y Quaranta, G. [2015], “Adaptive cycle as a tool to select resilient patterns of rural development”, *Sustainability*, 7 (8): 11114-11138, recuperado de <<https://doi.org/f7shcr>>.
- Santa María Tonameca [2014], “Plan municipal de desarrollo. 2014-2016”, recuperado de <<https://n9.cl/aql92d>>, consultado el 5 de febrero 2026.
- Schwarz, A.-M., Bene, C., Bennett, G., Boso, D., Hilly, Z., Paul, C. y Andrew, N. [2011], “Vulnerability and resilience of remote rural communities to shocks and global changes: Empirical analysis from Solomon Islands”, *Global Environmental Change*, 21 (3): 1128-1140, recuperado de <<https://doi.org/b7c92f>>.
- Tittonell, P. [2014], “Livelihood strategies, resilience and transformability in African agroecosystems”, *Agricultural Systems*, 126: 3-14, recuperado de <<https://doi.org/gdg3hs>>.
- Tyler, S. y Moench, M. [2012], “A framework for urban climate resilience”, *Climate and Development*, 4 (4): 311-326, recuperado de <<https://doi.org/gddwjn>>.
- Uy, N., Takeuchi, Y. y R. Shaw [2011], “Local adaptation for livelihood resilience in Albay, Philippines”, *Environmental Hazards*, 10 (2): 139-153, recuperado de <<https://doi.org/qtbk>>.
- Vázquez-González C., Ávila-Foucat, V.S., Ortiz Lozano, L. y Moreno-Casasola, P. [2021], “Analytical framework for assessing the social-ecological resilience-vulnerability relationship in the context of disasters and complexity”, *International Journal of Disaster Risk Reduction*, 59, recuperado de <<https://doi.org/qtbm>>.

- Vershuur, J., Koks, E. E., Haque, A. y Hall, J.W. [2020], "Prioritizing resilience policies to reduce welfare losses from natural disasters: A case study for coastal Bangladesh", *Global Environmental Change*, 65: 102179, recuperado de <<https://doi.org/grnrvs>>.
- Walker, B., Holling, C.S., Carpenter, S.R. y Kinzig, A. [2004], "Resilience, adaptability and transformability in social-ecological systems", *Ecology and Society*, 9 (2).
- Wilson, S., Pearson, L.J., Kashima, Y., Lusher, D. y Pearson, C. [2013], "Separating adaptive maintenance (resilience) and transformative capacity of social-ecological systems", *Ecology and Society*, 18 (1), recuperado de <<https://doi.org/gbcwnp>>.
- Zamora-Maldonado, H. y Ávila-Foucat, V.S. [2021], "Social-ecological resilience modeling: water stress effects in the bighorn sheep management system in Baja California Sur, Mexico", *Ecological Complexity*, 35, 800884.
- Zhang, Y., Zhoo, D., Li, Z. y Qi, L. [2020], "Spatial and temporal dynamics of social-ecological resilience in Nepal from 2000 to 2015", *Physics and Chemistry of Earth*, 120:10289.

ALTERNATIVAS DE TRABAJO Y DE VIDA EN EL CAMPO MEXICANO. LA COOPERATIVA YA MUNTS'I B'EHÑA (MUJERES REUNIDAS) EN HIDALGO¹

Hilda Caballero

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este capítulo es analizar de qué manera las mujeres otomíes de la cooperativa Ya Munts'i B'ehña (Mujeres Reunidas) van construyendo alternativas de trabajo y de vida frente a la falta de apoyo a las labores del campo. Estas alternativas se orientan al cuidado de la familia, la comunidad y la “naturaleza” a partir de la organización colectiva del trabajo, la reciprocidad y la solidaridad entre ellas y con la Madre Tierra, así como la interculturalidad crítica (diálogo de saberes científico y popular), para impulsar proyectos productivos con base en la autogestión y la autonomía, la revaloración del trabajo de las mujeres y la socialización del poder.

Se hace un análisis cualitativo desde la perspectiva crítica de la descolonialidad del poder para identificar las relaciones de poder “dominación, explotación y conflicto” que históricamente han estructurado la comunidad y la disputa que las mujeres de la cooperativa emprenden contra la colonialidad, el desempleo estructural, el patriarcado, la concentración del poder y la destrucción de la Madre Tierra.

En su experiencia hay un cuestionamiento implícito a la narrativa dominante del “progreso-desarrollo”, el crecimiento económico sin límites y la mercantilización de la vida mediante la recuperación de sus saberes y prácticas

1. Ésta es una versión modificada y actualizada del trabajo “Cooperativa Ya Munts'i B'ehña (Mujeres Reunidas). Tejiendo horizontes alternativos hacia la sustentabilidad ecológica-ambiental e intercultural en Ixmiquilpan, Hidalgo”, en Marañón y colaboradores [2024].

ancestrales, la revaloración del trabajo de las mujeres y su participación en la toma de decisiones, y la construcción de formas alternativas de sentipensar y practicar la producción agroecológica y la sustentabilidad. Con ello impulsan procesos que se orientan, de manera contradictoria, a transformar la realidad de marginalidad social y opresión en que vivían y a enfrentar los impactos ecológico-ambientales generados por el uso de productos plásticos a escala mundial. No obstante, como parte de la realidad social, estas experiencias son heterogéneas, con avances y retrocesos, y enfrentan constantes retos y contradicciones.

El trabajo se organiza en cuatro apartados: en el primero se hace una reflexión sobre el proceso de abandono del campo en México, sus implicaciones y el impulso de la propuesta alternativa de trabajo y de vida que van construyendo las mujeres de la cooperativa Mujeres Reunidas. En el segundo, se analiza la organización colectiva del trabajo y la solidaridad económica para el restablecimiento de espacios de trabajo y de vida; se evidencia el cuestionamiento a la concepción hegemónica del trabajo (empleo asalariado), impulsando otra forma de organización, en la que entran en tensión la racionalidad instrumental-mercantil y las racionalidades solidarias y liberadoras de los seres humanos y de la Madre Tierra. El tercer apartado aborda aspectos como la interculturalidad crítica, la agroecología, la sustentabilidad descolonial, la revaloración del trabajo de las mujeres y la socialización del poder como apuestas políticas de transformación, elementos que sustentan un cuestionamiento implícito a la narrativa dominante del “progreso-desarrollo” y el crecimiento sin límites. Por último, se presenta un balance señalando los logros, los retos y las contradicciones que esta propuesta alternativa de trabajo y de vida enfrenta.

ABANDONO DEL CAMPO EN MÉXICO Y CONSTRUCCIÓN DE ALTERNATIVAS DE TRABAJO Y DE VIDA

Las propuestas alternativas de trabajo y de vida que están construyendo diversas comunidades indígenas en México cobran importancia a partir de la década de los setenta, con el proceso de emergencia del movimiento indígena en América Latina. Esta emergencia permite cuestionar la mirada colonial y las relaciones de poder que los ubicaba en la narrativa del “progreso-desarrollo” como un problema para el Estado-nación y, al mismo tiempo, recuperar su

identidad y revalorar la mirada integral que tienen de la vida. Hasta entonces había dominado la perspectiva indigenista que denunciaba la explotación que vivían y que, si bien reivindicaba su cultura, también asumía que representaban un reto para la modernización y el desarrollo tanto económico como social y en muchas ocasiones se les responsabilizaba de su situación sin reparar en las condiciones de dominación, explotación y conflicto en que han vivido.

La emergencia del movimiento “indígena”, desde la década de los setenta, manifiesta la necesidad de luchar por sus reivindicaciones y de construir sus propios proyectos. Además, expresa la crisis del Estado en América Latina (su debilitamiento, desnacionalización y reprivatización), que conllevó polarización social y falta de democracia en la sociedad dentro de un Estado neoliberal que se desentiende de los procesos de integración y reproducción social, y se orienta a generar las condiciones para garantizar la propiedad y la inversión privadas.

Con la expansión a escala global del patrón de poder capitalista moderno-colonial, patriarcal y destructor de la “naturaleza”, que se impulsa desde mediados de la década de los setenta, pero sobre todo a partir de los noventa, la disgregación de la estructura productiva en curso “produjo no solamente el desempleo, el aumento del subempleo y la rápida polarización social, sino también un proceso que puede ser reconocido como de reclasificación social que afecta a todos los sectores sociales y, obviamente, sobre todo a los trabajadores” [Quijano, 2006: 69]. Se genera una crisis de identidad social principalmente en aquellos sectores cuya identidad era ambigua, como los indígenas-campesinos. A decir de Quijano, esto explica que “las identidades sociales expresadas en términos de clases sociales (obreros y campesinos) hayan cedido en todos estos países su lugar a identidades llamadas ‘étnicas’, regionales, residenciales, o ‘informales’ y ‘pobres’” [Quijano, 2006: 70].

Esta crisis y cambio de identidades ha dado lugar a procesos en los que “sectores crecientes de la población popular de América Latina, y dentro de ellos los indios, han aprendido o están rápidamente aprendiendo que deben encontrar maneras no sólo de no vivir del Estado, sino de vivir sin o contra el Estado” [Quijano, 2006: 71]. En este contexto inicia un periodo de tensiones y coerciones entre las comunidades y el Estado, que en múltiples casos se ha ido ampliando e intensificando, o de comunidades que van creando sus propias alternativas de trabajo y de vida, como es el caso de diversas cooperativas indígenas.

En la década de los noventa se registra un incremento de la migración internacional de población “indígena como resultado del impulso de las reformas estructurales neoliberales aplicadas en México, que conllevaron, entre otros procesos, el abandono del campo. Entre los grupos étnicos que históricamente han sido migrantes están los otomíes de Hidalgo” [Quezada, 2018a: 2-3]. Algunos factores que explican esta dinámica migratoria son: “el efecto de las políticas neoliberales, la caída internacional de los precios del café, el desempleo en las ciudades a donde emigraban de manera interna y la oferta de trabajo en el mercado laboral estadounidense” [Quezada, 2018a: 2-3]. En el ámbito nacional hay un incremento exponencial de migración indígena. De 1995 a 2000 “emigraron a Estados Unidos 8 439 personas hablantes de lengua indígena y entre 2005 y 2010 fueron 32 102” [Quezada, 2018a: 3], un incremento de casi cuatro veces. En el estado de Hidalgo, los otomí del Valle del Mezquital son los que tienen mayor migración internacional. “Para el año 2000, del total de hogares indígenas con emigrantes internacionales, 76 % eran otomíes del Valle del Mezquital” [Quezada, 2018a: 4].

Desde los noventa —con la aplicación del consenso capitalista neoliberal, la expansión del mercado global y el dominio del capital financiero— se desarrolla “la agroindustria exportadora”. Este proceso de expansión del capital en el sector rural en diversas regiones de México ha sido ampliamente analizado por Blanca Rubio, quien desde los primeros años de su aplicación advertía de sus principales consecuencias:

mientras la producción alimentaria nacional decae, emerge un tipo de producción muy rentable, comandada por la agroindustria exportadora. Producción de lujo para exportación o para clases de elevados ingresos. Grandes empresas agropecuarias vinculadas a las agroindustrias exportadoras producen flores, frutas y hortalizas con tecnología de punta y una combinación de formas flexibles de organización de la fuerza de trabajo con precarización de la fuerza laboral [Rubio, 2001: 19].

Se fue configurando una gran polarización productiva “con el declive de la producción de alimentos básicos para el mercado nacional, la integración de una reducida élite de productores y la exclusión de una amplia masa de campesinos y empresarios pequeños y medianos” [Rubio, 2001: 19-20]. Con la apertura comercial, la agroindustria utiliza los productos del campo como

insumos para la actividad industrial e importa bienes externos que presionan a la baja el precio de la producción nacional, lo que abarata los productos y provoca que la producción de granos básicos pierda estabilidad y tienda a decrecer. Esto tiene como consecuencia que la subordinación se fortalezca, la exclusión avance y la producción decline, lo que obliga a importar mayores cantidades de alimentos [Rubio, 2001]. De manera paralela, también en la década de los noventa se impulsó la producción intensiva y extensiva con la llamada “segunda revolución verde”, que comprende el uso de paquetes tecnológicos, agroquímicos y transgénicos, y el impulso de monocultivos que sustentan los agronegocios en particular de las grandes corporaciones transnacionales.

En contraste, una de las consecuencias más ominosas de este proceso ha sido la relacionada con las condiciones de vida de pobreza de los jornaleros agrícolas, quienes sostienen gran parte de la producción en el sector rural. El Consejo Nacional de Evaluación de la Política Social (Coneval) señaló que, en 2022, en México había 2.3 millones de jornaleros agrícolas, de éstos el 60.5 % se encontraba en situación de pobreza (alrededor de 1.4 millones de trabajadores), con un ingreso mensual menor a la línea de pobreza por ingresos, es decir, con ingresos insuficientes para adquirir alimentos, bienes y servicios. En lo que se refiere a los derechos sociales, el 88 % de ellos no contaba con seguridad social y el 67.7 % no tenía acceso a servicios de salud [Coneval, 2024: 11, 16, 19].

En el proceso de impulso y expansión de la agroindustria de exportación tiene un papel fundamental la mercantilización de la tierra, que se propició con los cambios al artículo 27 de la Constitución mexicana, en 1992. Dichas modificaciones permiten que los ejidos se puedan “vender, enajenar y asociar para incrementar su producción y atender las necesidades de un mercado de exportación” [Bobadilla *et al.*, 2019: 7597]. Las reformas realizadas a la ley agraria durante el gobierno de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) por medio del Programa de Certificación de Derechos Ejidales y Titulación de Solares Urbanos (Procede) “intentaron privatizar el sistema de propiedad social (ejidal y comunal)” [Bobadilla *et al.*, 2019: 7598]. Con las modificaciones al régimen de tenencia de la tierra, diversas comunidades se dividieron en tierras comunitarias, ejidales y de propiedad privada, lo que transformó a sus habitantes en campesinos pobres o en fuerza de trabajo de bajo costo, y a sus territorios, en contenedores de recursos o productores de mercancías de alta rentabilidad para el mercado mundial y generadores de riqueza en beneficio de grandes agricultores, especuladores de tierra, empresas privadas y grandes corporaciones.

Las transformaciones estructurales provocadas por dichas modificaciones en muchos casos han debilitado la organización comunitaria y han generado dependencia alimentaria, marginación y pobreza; al mismo tiempo han obligado a que la población que vive del campo se vea forzada a salir a buscar oportunidades de trabajo fuera de sus lugares de origen. Así lo manifiestan algunas de las mujeres que integran la cooperativa, quienes señalan que hay trabajo en labores domésticas en Ixmiquilpan, en la Ciudad de México y, en menor medida, en otras ciudades del país (Guadalajara y Tijuana). Mientras que los hombres migran de ser posible hacia Estados Unidos, buscando mejores condiciones de trabajo fuera del campo y para apoyar a otros integrantes de la familia para que estudien y salgan del campo.

Seguimos enfrentando la trampa que impone la narrativa dominante del “progreso-desarrollo”, ya que como señala Arturo Escobar “limita nuestros intentos de imaginar otras formas de pensar, ser y hacer pues seguimos pensando que somos pobres y subdesarrollados y que debemos desarrollarnos, lo que constata la vigencia del desarrollo como forma naturalizada de soñar, de pensar y de ser” [Escobar, 2012] y seguir pensando que el “desarrollo” está fuera de las comunidades, sobre todo en las ciudades y los llamados “países desarrollados”.

En este contexto el desarrollo capitalista se ha configurado con un conjunto de discursos y prácticas que construyen y destruyen a la sociedad y los ecosistemas, por ello la restitución de sistemas locales de producción y consumo para reestablecer los equilibrios sociales y ecológico-ambientales conlleva no sólo cuestionar la narrativa y promoción del “desarrollo”, sino indagar, visibilizar y legitimar otras formas de organización de la vida como las que se van construyendo desde el trabajo colectivo, cooperativo, la comunalidad y los buenos vivires descoloniales.

EL IMPULSO DE PROPUESTAS ALTERNATIVAS DE TRABAJO Y DE VIDA

Las transformaciones estructurales en el campo han propiciado también que personas, pueblos y comunidades se organicen, en especial la población indígena y en particular las mujeres, quienes por la colonialidad del poder ocupan el último lugar en la escala social en el actual patrón de poder capitalista, moderno, colonial, patriarcal, eurocentrado y destructor de la Madre Tierra.

En este contexto, la cooperativa Ya Munts'i B'ehña ha desempeñado un papel fundamental para enfrentar la situación de marginalidad social, el

abandono del campo, el desempleo estructural y contener la sobreexplotación de la Madre Tierra y, en algunos casos, la migración de sus parejas e hijos. Como consecuencia de que deciden organizarse y crear una alternativa de trabajo y de vida, recuperan y revaloran sus saberes, despliegan su experiencia en la organización comunitaria y la aplican a la organización colectiva del trabajo, con lo que restablecen relaciones solidarias y de reciprocidad entre ellas y con la Madre Tierra.

A causa del incremento de los procesos migratorios de padres, esposos o parejas e hijos, con periodos en que las mujeres no recibían apoyo monetario o el que recibían era insuficiente, se vieron obligadas a buscar fuentes alternativas de ingreso para complementar o reemplazar las remesas que les enviaban sus familiares, además de asumir el papel de jefas de familia. Los procesos de migración son variados: hay quienes se van sólo por temporadas, otros que sólo fueron una vez y algunos más que se van de manera permanente. Por ello se propusieron volver a producir, hilar y tejer el ixtle (fibra de maguey) de manera artesanal [López, 2019].

La mayoría de las socias de la cooperativa sabía trabajar el ixtle porque sus padres y abuelos lo trabajaban; elaboraban principalmente ayates,² que intercambiaban en la ciudad de Ixmiquilpan para obtener algún ingreso y comprar sobre todo alimentos. También cultivaban el maguey para producir pulque y algunos platillos tradicionales, pero los procesos de modernización fueron reemplazando los productos artesanales elaborados con fibras naturales por productos de plástico y fibras sintéticas, lo que propició, en muchos casos, el abandono de las plantaciones de maguey y la desaparición de una fuente de ingresos para las familias y las comunidades que trabajaban el maguey [Schmidt, 2006, citado por López, 2019].

SÍNTESIS HISTÓRICA DE LA COOPERATIVA. CONSOLIDACIÓN DE LA ORGANIZACIÓN, COMERCIO JUSTO Y TRANSPARENCIA

La cooperativa Ya Munts'i B'ehña se ubica en la localidad rural El Alberto, en Ixmiquilpan, Hidalgo, zona desértica del Valle del Mezquital, región habitada

2. El ayate (del náhuatl *ayatl*) es una tela rala de ixtle, de forma rectangular o cuadrada, tejida con la fibra de maguey, que se utiliza sobre todo como instrumento agrícola, para recolectar la cosecha o leña. También se usa como “bolsa para cargar frutos y otros objetos, para colar aguamiel, para cernir harina para tamales o para envolver alguna cosa”, véase *Diccionario del Español de México*, Colmex, <<https://dem.colmex.mx/ver/ayate>>.

Mapa 1
Ixmiquilpan, Hidalgo



Fuente: elaboración propia con información del Inegi [2018; 2020b].

en su mayoría por el pueblo indígena otomí-hñähñú. De acuerdo con datos del Inegi, en 2020 en la localidad de El Alberto hay 767 personas, de las que 763 (casi el 100%) viven en un hogar indígena. Las mujeres en El Alberto suman 433; la población económicamente activa (PEA) femenina es de 257 mujeres, en 2020 todas reportaron estar ocupadas [Inegi, 2020a] gracias a la opción de trabajo que representa la cooperativa.

El Valle del Mezquital está conformado por 27 municipios y se caracteriza por un clima semidesértico con manantiales y aguas termales. Las condiciones de vida de los habitantes de la región han sido históricamente de marginalidad social, debido en gran parte a las características geográficas que dificultan la

producción agrícola. “Durante la colonia, y aún en el México Independiente, el Valle del Mezquital fue una región minera. Hoy la población se dedica a la explotación maderera y del maguey, así como al pastoreo” [Moreno *et al.*, 2016: 6]. También se han impulsado diversos proyectos turísticos, algunos de ecoturismo, como el Parque Ecológico El Alberto. A pesar de diversas dificultades económicas, políticas y sociales, la población otomí ha buscado estrategias para conservar su cultura y su lengua, reconociendo su identidad, la defensa de sus tradiciones, su territorio, sus saberes, sus formas de organización y las relaciones de solidaridad y reciprocidad que sostienen a la comunidad.

A inicios de la década de los noventa, varias mujeres elaboraban productos de limpieza facial y corporal con la fibra de maguey y los comercializaban mediante intermediarios, pero señalan que les pagaban a precios muy bajos y tardaban hasta dos meses en recibir los pagos. Después, un grupo de mujeres de cinco comunidades (Dadhó, Bethé, La Loma, Mezquital y El Alberto) se organizaron y retomaron esta actividad de producción artesanal (según testimonios de socias de la cooperativa).

En el año 2000 recibieron asesoría y con la ayuda de algunas estudiantes universitarias se conformaron como cooperativa Ya Munts’i B’ehña, primero con 120 socias y luego llegaron a ser 250. Esto representa una disputa por el control del excedente, un esfuerzo autogestivo para no permitir que los intermediarios se siguieran quedando con la mayor parte del excedente.

En 2002 recibieron apoyo del Programa de Oportunidades Productivas de la Secretaría de Desarrollo Social, para impulsar el proyecto “Comercialización de productos artesanales con la fibra de maguey”, por un monto total de 100 mil pesos (aportación federal: 83 mil y aportación estatal: 17 mil). Además, las artesanas aportaron 20 mil para crear un fondo de 120 mil pesos. El objetivo fue poseer un fondo revolvente que permitiera anticipar el pago a las artesanas al momento de entregar sus productos y que se recuperara una vez que el cliente liquidara su pedido [Taller de Costura, 2003]. Esto renovó los ánimos de las artesanas para continuar participando en la organización de la cooperativa y la elaboración de sus productos.

Desde entonces han emprendido procesos de capacitación y aprendizaje entre ellas, compartiendo sus conocimientos y estableciendo un diálogo de saberes (científico y popular) con estudiantes de la Universidad Autónoma Metropolitana, quienes las apoyaron en la formación de las *dirigentas* para que fueran operando de manera autónoma, ya como cooperativa, con arreglo a una

metodología de “educación popular, con una mirada de un feminismo rural donde lo importante es que las mujeres vayan reconociendo su realidad y la analicen en los talleres” [entrevista virtual con Adriana, una de las asesoras, 24 de mayo de 2021]. Las acompañaron en el proceso de conformación de la cooperativa y promovieron cursos y asesorías para la organización, el proceso productivo, la comercialización y exportación de sus productos. También las apoyaron para participar en proyectos o programas federales con el fin de obtener recursos que les permitieran conformar y consolidar su organización.

En 2004, con apoyo de la Fair Trade Organization (FTO) Twin Trading,³ organización de comercio justo ubicada en Reino Unido, las socias de la cooperativa Ya Munts'i B'ehña pudieron comercializar sus productos en Europa y después en Estados Unidos, por medio de la fundadora de The Body Shop,⁴ Anita Roddick,⁵ quien impulsó un programa comunitario de comercio justo. En 2004 empezaron a exportar directamente mediante un contrato de venta de esponjas de baño (producto exclusivo para The Body Shop) que sigue vigente [Sánchez, 2018].

En 2005 buscaron apoyo del Programa Agromercados de la Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural (Sagarpa), que utilizaba un enfoque participativo actuando como “facilitadores culturales y agentes de conocimiento” [López, 2019: 14], para apoyar a las mujeres artesanas y fortalecer sus procesos organizativos y de producción local. También, con el permiso de las autoridades de la comunidad, buscaron tener un espacio propio que se adecuara a las necesidades y actividades de la cooperativa. Pidieron al pueblo un terreno para instalar el local de la cooperativa, se les otorgó un terreno junto a la Delegación de El Alberto y en el año 2005 iniciaron la construcción del local. En el nuevo establecimiento cuentan con espacios para el almacenamiento y empaquetado de

3. Twin Trading es parte de los movimientos de comercio justo que emergieron en la década de los cincuenta, en la posguerra. En los ochenta se expanden como organizaciones de comercio justo (FTO, por sus siglas en inglés) mediante comités de consumidores que cuestionan los mecanismos del mercado dominante y proponen establecer relaciones justas entre productores y consumidores. Ayudan a campesinos a acceder al mercado internacional. Uno de los socios e inversores en las FTO es The Body Shop [Lange *et al.*, 2013: 174-175, 184], principal comercializadora de los productos de la cooperativa Ya Munts'i B'ehña a escala mundial.

4. The Body Shop es “una franquicia con alrededor de 2 000 sucursales en más de 55 países” [Mujeres Bacanas, 2022].

5. Anita Roddick “fue una activista ecológica y creadora de la tienda de belleza The Body Shop, empresa de alcance internacional y pionera en el uso de productos naturales, sin testeo en animales y basada en la sustentabilidad, instaurando una cosmetología con conciencia” [Mujeres Bacanas, 2022].

los productos, una oficina con computadoras, un taller de costura y un espacio para las asambleas, reuniones y sesiones de capacitación [Sánchez, 2018].

En 2007 la cooperativa Ya Munts'i B'ehña se integró a la marca “Corazón Verde”,⁶ que trabaja en conjunto con Ñepi B'ehña, A.C., una asociación que opera desde 2004 con la finalidad de asesorar y acompañar los procesos de diversas cooperativas. Esto facilitó la comercialización de sus productos de forma directa a Estados Unidos, Reino Unido y dentro del país.

En 2012 seguían siendo 250 mujeres socias; se organizaron, presentaron un proyecto y recibieron 365 mil pesos de apoyo del Programa Opciones Productivas, de la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol), que destinaron a capacitación, asesoría técnica y elaboración de proyectos [*Vanguardia*, 2012].

La cantidad de socias de la cooperativa disminuyó con la pandemia de covid-19: en 2022 estaba conformada por 150 socias y antes de la pandemia (inicios de 2020) eran 200. El número de integrantes ha disminuido porque algunas se enfermaron o sus familiares lo hicieron, otras porque son mayores de edad y decidieron dejar de participar y algunas más por diversas circunstancias vinculadas en especial con dinámicas familiares que debían atender.

Señalan que con la pandemia bajaron un poco sus ventas en México, pero siguieron entregando a The Body Shop lo mismo que antes de la pandemia (más adelante se especifican las cantidades que venden).

Han logrado sostener la cooperativa por más de 20 años, cumplir con los pedidos, elaborar productos de alta calidad y, sobre todo, crear espacios donde se encuentran, reconocen y revaloran, mediante el apoyo de unas a otras, compartiendo “sus saberes, sus preocupaciones y también sus logros. El proceso organizativo ha sido complicado, implica destinar tiempo, energía, recursos económicos y sobre todo servicio [...] imaginación y acción creativa para que funcione”. Expresan la satisfacción por su trabajo, al que ven como una actividad “que les ha permitido realizarse y apropiarse de cierto margen de libertad y autonomía, aunque esto conlleve incrementar sus actividades y responsabilidades” [Caballero y Victorio, 2024], ya que, además del trabajo doméstico, muchas de ellas se encargan de, o participan, en actividades agrícolas en parcelas familiares, en la producción de hortalizas y plantas medicinales en huertos

6. Corazón Verde es una marca propia, con Sello de Comercio Justo con Equidad, creada por una Red de Organizaciones de Mujeres Artesanas que han realizado un proceso de certificación participativa para el reconocimiento de los valores y aportes que las mujeres hacen en las organizaciones y las familias [Corazón Verde, 2022].

caseros, en la crianza de animales de corral, en la venta de productos y comida en lugares turísticos cercanos a la localidad, en la organización de las fiestas patronales y en el trabajo comunitario (tequio), entre otras.

ORGANIZACIÓN COLECTIVA DEL TRABAJO Y SOLIDARIDAD ECONÓMICA PARA EL RESTABLECIMIENTO DE ESPACIOS DE TRABAJO Y DE VIDA

En la organización colectiva del trabajo se identifican diversos procesos que rompen con la concepción hegemónica del mismo (empleo asalariado): procesos de solidaridad económica, es decir, el trabajo colectivo en busca del bien común (de las socias, la comunidad y la Madre Tierra); organización horizontal, rotación de puestos, participación activa en la toma de decisiones en asamblea, el reparto equitativo del excedente, la capacitación interna y externa, la interculturalidad crítica (diálogo de saberes científico y no científico) y la reciprocidad y solidaridad entre ellas y con la Madre Tierra respetando sus ciclos de reproducción para permitir su regeneración.

La organización del trabajo en la cooperativa la realizan mediante comités elegidos en asamblea. Los puestos que ocupan en el comité son rotativos. A las integrantes del comité se les capacita en diversos procesos como elaboración y administración de proyectos, manejo de inventarios, control de calidad, cómputo, internet, costura y tejido, corte y confección, igualdad de género y ecotecnia, entre otros. También promueven talleres para las demás integrantes de la cooperativa. Todas las mujeres artesanas ingresan como socias de la cooperativa.

Cualquier mujer de la comunidad de El Alberto o de comunidades aledañas puede incorporarse a la cooperativa. Como parte del proceso de ingreso de nuevas socias, primero se les aplica un cuestionario, se les pregunta cuántas plantas de maguey tienen para empezar y después la encargada de vigilancia les hace una visita cada año para ver cuántas han sembrado con semilla o trasplantado los retoños para asegurar la producción del maguey, que es su materia prima.

El cultivo del maguey lo realizan sobre todo los hombres, aunque también participan las mujeres y en general toda la familia. Las mujeres de la cooperativa se encargan de extraer la fibra para producir el hilo; elaboran las piezas que tejen con agujas, ganchos y en máquinas de coser, combinando los tejidos con telas o cintas para lograr diferentes diseños. Elaboran principalmente esponjillas de

baño para The Body Shop; también diseñan y tejen limpiadores faciales, cintas para tallar la espalda, guantes exfoliantes, variedad de bolsas (monederos, bolsas para cosméticos, lapiceras, fundas para celular), llaveros, aretes y pulseras, entre otros productos, que comercializan por medio de Corazón Verde.

Los productos son de muy alta calidad. Señalan que este trabajo a largo plazo también daña la vista porque la mayoría se elabora con la fibra muy blanca, además de que debe tejerse con gran precisión. Se evidencia cuando empieza a fallar la vista porque los productos presentan algún defecto en el tejido o el color de la fibra. Una vez que los productos están terminados, se entregan en el local de la cooperativa, que es donde se acopian y pasan por un estricto control de calidad que realizan las integrantes del Comité de Administración. Aidé, integrante del Comité de Administración y una de las encargadas de recibir los productos, señala que el porcentaje de rechazo a veces puede ser hasta del 30 % porque no está bien tejido, cosido o blanqueado, o la fibra está dañada; también debe cumplir con el tamaño. El proceso de recepción de productos demanda mucho tiempo por la revisión exhaustiva que se hace: lo reciben dos o tres integrantes del Comité y en un día ingresan mil piezas en promedio.

Una vez que se recibe el total de productos para entregar el pedido (15 mil piezas para The Body Shop cada tres meses) se empacan para evitar que se ensucien; este proceso lo realizan dos integrantes del Comité de Administración e implica al menos ocho días de trabajo intenso. Después se envía por paquetería, mientras que los productos que entregan a Corazón Verde (tres mil piezas cada dos meses) los empacan y llevan directamente a la Ciudad de México.

La elaboración de las esponjillas de baño y demás productos es un trabajo en su mayoría de las socias artesanas, aunque en diversas ocasiones se involucran otros miembros de la familia, esposos o parejas, hijos e hijas, quienes de manera solidaria apoyan a las socias, les ayudan a quemar y tallar las pencas, hilar e incluso a tejer para cubrir la cuota de entrega a la que se comprometen. Hay esposos a los que les gusta tejer y lo hacen por las tardes mientras descansan o ven televisión (según testimonios de algunas socias).

INGRESOS Y ADMINISTRACIÓN DE LA COOPERATIVA

De acuerdo con los cálculos de algunas de las socias de la cooperativa, de cinco pencas de maguey sale un manojo o madeja de fibra y el hilo de este manojo

alcanza para elaborar 20 esponjillas, es decir, de cada penca, obtienen en promedio el hilo para cuatro esponjillas.

The Body Shop les paga por cada esponjilla de baño dos dólares, aproximadamente 40 pesos (en 2022), de ese pago reciben 25 pesos y 15 se quedan para el fondo de ahorro y gastos de operación de la cooperativa (compra de material, gastos de oficina, pago para las integrantes del Comité, pago por el trabajo de empaque, servicios de agua, luz y teléfono, y el transporte de productos).

Haciendo cálculos generales con las propias socias concluimos que para cumplir con la entrega de 15 mil esponjillas cada tres meses, cada socia debería elaborar 100 piezas (multiplicado por las 150 socias que actualmente integran la cooperativa) y para ello requieren de al menos 25 pencas de maguey en excelentes condiciones. Con esto, cada socia estaría en posibilidades de recibir un ingreso trimestral de 2 500 pesos. No obstante, hay socias que no alcanzan a elaborar tantas piezas por la exigencia en la calidad del producto, con lo que se intensifica el trabajo de las socias que sí pueden cumplir incluso con el doble de entregas.

Cada tres años las visitan representantes de la empresa para verificar que dan seguimiento a los principios de comercio justo y de transparencia para el manejo y la distribución de los recursos, y que los procesos de producción sean sustentables.

Con el Sello Comercio Justo con Equidad se busca aplicar los principios del comercio justo promovidos en el ámbito internacional, pero adaptados a la realidad de la comunidad y de su territorio (cuadro 1), lo que contribuye a la construcción de formas alternativas de sentipensar y practicar la sustentabilidad.

En lo que se refiere al control del excedente, las socias señalan que el pago por pieza, sobre todo lo que entregan a The Body Shop, no es suficiente, pero les proporciona un ingreso seguro que depende del esfuerzo y la dedicación de cada una o del apoyo de los integrantes de su familia. Además, consideran que es una fuente de trabajo muy importante para la comunidad y en especial para las mujeres. Sin ella, las condiciones de vida para la familia y la comunidad serían muy difíciles. Están de acuerdo en que parte del excedente lo gestione la cooperativa para seguir funcionando. Además, se va creando un fondo de ahorro con lo que se compran despensas que se entregan a las socias el 10 de mayo y un ahorro monetario que reciben en diciembre.

Cuadro 1

Principios del comercio justo con equidad adaptados a su contexto

- 1) Precio justo: se basa en los costos adecuados y en acuerdos (plazos, montos y tiempos de entrega). Cuidar que no haya prácticas de explotación, sin intermediarios y que todas reciban el mismo ingreso por el mismo trabajo.
- 2) Transparencia y democracia: informar, tomar acuerdos, participar.
- 3) Calidad: valorar el arte y el conocimiento ancestral (insumos, acabados, procesos).
- 4) Productos originarios: rescatar técnicas y saberes tradicionales, y revalorar las culturas indígenas.
- 5) Medio ambiente: proceso de producción sustentable, insumos locales, técnicas tradicionales, minimizar la generación de contaminantes y desechos, y reducir el consumo de energía.
- 6) Desarrollo comunitario: mejorar la calidad de vida tanto de las familias como de las comunidades, equidad, agrotecnias (huertos, cría de animales), ecotecnias (cisternas captadoras de agua de lluvia, estufas ahorradoras de leña), derechos de las mujeres, educación para niños y niñas.
- 7) Equidad de género y participación contra la discriminación de género, origen, raza, nacionalidad, religión, orientación sexual, edad, etcétera.

Fuente: Corazón Verde [2022].

También refieren que, si hay fondos suficientes, les pueden hacer un préstamo en caso de necesitar dinero; aclaran que esto es para las personas que son de confianza, que se sabe que son honradas y cumplen. No obstante, señalan que no existe un fondo para cubrir emergencias o problemas de salud.

COMERCIALIZACIÓN

Los procesos de comercialización se realizan principalmente por dos vías: el contrato con la empresa transnacional The Body Shop, que lleva los productos a Inglaterra para de ahí hacer la distribución a escala mundial, y por medio de la organización Ñepi B'ehña (Mujeres con Dignidad), para la venta en el país, aunque también venden de manera directa a quienes acuden a la cooperativa o al balneario El Alberto. A través de la marca Corazón Verde, entregan en promedio tres mil piezas, cada mes o cada dos meses, de productos variados, excepto las esponjillas de baño, que son producto exclusivo para The Body Shop.

TENSIONES ENTRE LA RACIONALIDAD “INSTRUMENTAL-MERCANTIL” Y LA RACIONALIDAD “SOLIDARIA Y LIBERADORA”

En este proceso se identifica una concepción amplia del trabajo, como apunta Mies: “trabajo necesario para la producción de vida, *trabajo productivo* en el sentido amplio de producción de valores de uso para la satisfacción de las necesidades humanas” [Mies, 2019: 107], articulado con la producción de valores de cambio teniendo como reto la conservación del trabajo, la organización colectiva y el cuidado y respeto a la Madre Tierra para permitir su regeneración.

El trabajo de las socias en la cooperativa es arduo, demanda mucho esfuerzo físico, tiempo de dedicación, cuidado y sobre todo compromiso. Todo a cambio de una remuneración limitada que les permite resolver algunas de las necesidades más apremiantes de las socias y sus familias, sin obtener excedentes. Desde una mirada capitalista esta actividad no puede considerarse un negocio para la reproducción y acumulación de ganancias, pero constituye una fuente de producción de mercancías que se insertan en el mercado mundial y una fuente de ingreso para la reproducción social de las familias de las socias y la comunidad.

Se trata de una economía campesina que demanda una mirada compleja del proceso ya que, como señala Armando Bartra [2006], “la economía campesina es al mismo tiempo desmantelada y reproducida por el propio capital [...] el campesino sólo subsiste en el capitalismo gracias a su lucha por mantenerse en posesión de por lo menos una parte de las tierras [...] una lucha permanente por su existencia”. Aunque desde el discurso hegemónico de la economía capitalista las formas “no capitalistas de vida económica se consideran insignificantes o en proceso de extinción” [Bartra, 2006: 16-17], identificamos que con el proceso de globalización económica las diversas formas históricas de control del trabajo (reproducción simple, esclavitud, servidumbre, trabajo asalariado, solidario y recíproco) son necesarias para la expansión del capital y de su patrón de poder a escala mundial.

Al respecto, Nancy Fraser [2023] se refiere al capitalismo como un sistema caníbal, que se expande a zonas no mercantilizadas, por la vía de expropiar riqueza de la naturaleza (aire limpio, tierras cultivables, agua potable, bienes naturales); de los pueblos dominados y racializados, específicamente el trabajo de cuidado de las mujeres que se ha subvaluado o negado; bienes y poderes públicos (infraestructura material y jurídica), y la energía de los trabajadores.

Todos estos elementos constituyen formas de riqueza no económica esenciales para generar ganancias y acumulación de capital.

El capital se apropia del trabajo de producción de mercancías y también del trabajo de reproducción social, es decir, de todas aquellas actividades que “producen y mantienen a los seres humanos y los vínculos sociales”, denominadas en términos genéricos como “trabajos de cuidado” o “trabajos afectivos”, que proveen las condiciones indispensables para la producción de mercancía. El trabajo de reproducción social ha sido históricamente asociado a las mujeres, mientras que el de producción, a los hombres. El trabajo de reproducción social subvaluado o negado y confinado al espacio privado ha permitido que “quienes lo realizan se ve[a]n estructuralmente subordinados a quienes perciben salarios dinerarios en la producción” [Fraser, 2023: 35-36]. Siguiendo la explicación de Bartra, en la economía campesina “la especificidad de su funcionamiento interno está condicionada por la unidad directa del productor y sus medios de producción, es decir, por el carácter no mercantil de la capacidad de trabajo desplegada. De este rasgo esencial deriva su doble carácter de unidades de producción y de consumo no productivo”. Pero cuando los excedentes producidos se insertan en el mercado capitalista, podemos identificar que:

estos rasgos determinan que en dichas unidades se efectúe un proceso laboral que no es en sí mismo proceso de valorización. Sin embargo, el hecho de que este proceso de trabajo no sea en sí mismo proceso de valorización —pues sus medios de producción han dejado de ser capital y la capacidad de trabajo nunca ha sido mercancía— no quiere decir que el proceso no arroje un producto excedente y, en la medida en que este trabajo excedente se va a incorporar, metamorfoseado en valor, al ciclo del capital (mediante un acto de venta si es medio de producción, o dos si es medio de subsistencia), es posible en principio que en el contexto de la reproducción del capital global este ciclo específico adquiera el carácter de un proceso de valorización [Bartra, 2006:102].

Por tanto, aunque “la producción ‘mercantil simple’ no entraña por su propia naturaleza una relación de explotación” al ser mediada por el mercado capitalista, la inserción de sus mercancías en la fase de circulación conlleva un proceso de valorización y de explotación tanto de la fuerza de trabajo como de la “naturaleza”.

En este proceso complejo y hasta contradictorio que adopta la economía campesina tiene un papel fundamental “su forma de reproducción arraigada en el valor de uso y la estructura comunitaria de la vida social” [Bartra, 2006: 17], cuya producción es principalmente en pequeña escala, por lo que no se orienta por los criterios de ganancia, acumulación, salario ni renta, sino que valora la reproducción ampliada de la vida, no sólo la humana. Es así como la lógica que mueve a la economía campesina no es la misma que mueve al modo de producción capitalista, en la que prima la lógica de la rentabilidad por encima de consideraciones éticas, culturales, territoriales y ecológico-ambientales.

Esta complejidad se expresa en la experiencia de esta cooperativa puesto que su producción se articula, de modo contradictorio, con los circuitos del mercado capitalista a escala mundial; la inserción de los productos de la economía campesina es funcional al capital, ya que, a decir de Bartra, “los productores domésticos pueden ser forzados a trabajar por debajo de la ganancia media y en ocasiones en el simple punto de equilibrio. De esta manera el capital se ahorra el sobreprecio que tendría que pagar por bienes agropecuarios generados exclusivamente por empresarios capitalistas” [Bartra, 2006: 21].

Las socias de la cooperativa son vendedoras de mercancías y no vendedoras de fuerza de trabajo, aunque al vender sus productos al mercado capitalista éstos se transforman en valores de cambio, mercancías que son compradas a un precio inferior al de su valor, por tanto, se realiza un intercambio desigual que permite transferir valor al sistema capitalista. Esto deriva en que sus ingresos apenas alcanzan para cubrir algunas necesidades de la familia y si requieren incrementarlos deben aumentar la productividad, es decir, intensificar todos los procesos para producir más mercancías, viéndose obligadas a trabajar para satisfacer las demandas del mercado mundial, cumplir con sus compromisos de trabajo, en tensión sobre todo con el cuidado de la familia, la comunidad y la Madre Tierra.

Este proceso conlleva combinar el trabajo reproductivo de la familia y la comunidad con el trabajo productivo de la cooperativa, ya que este patrón de poder requiere del trabajo tanto de las mujeres como de campesinos y de diversos estratos de trabajadores no asalariados para sostenerse y expandirse mediante un proceso de acumulación permanente, sustentado en la dominación y la explotación sobre todo de las mujeres y la “naturaleza”.

En este contexto se generan tensiones en las que intervienen la producción agroecológica sustentable y el cuidado del medio ambiente, el territorio, la

familia, la comunidad y de ellas mismas. A decir de Bartra “es necesario reconocer la racionalidad y pertinencia de tecnologías diversas, adecuadas a condiciones agroecológicas disímboles, aunque éstas tengan rendimientos físicos y económicos heterogéneos” [Bartra, 2006: 27]. Puesto que se articulan saberes y prácticas mercantiles y no mercantiles, se realizan intercambios donde media el dinero y otros en los que no. Esto en un contexto en el que interactúan una diversidad de saberes y prácticas que se orientan en especial a la reproducción ampliada de la vida.

Así, a pesar de que esta forma de producción campesina se articula al modo de producción capitalista, no todas las relaciones sociales y de producción se subordinan al modo de producción dominante. Dentro de la cooperativa y como parte de su cultura, se le otorga una valoración diferente al trabajo, mismo que no está separado de la vida y se articula de manera integral con otros procesos, no sólo económicos, en el que participan los integrantes de la familia, están ausentes conceptos como capital, interés y salario, y se identifican relaciones de cooperación, solidaridad y reciprocidad entre los integrantes de la familia, la cooperativa y la comunidad. Esto hace posible ir construyendo, de manera contradictoria, otras formas de reproducción de la vida y enfrentar las relaciones de dominación y explotación impuestas por el patrón de poder moderno-colonial capitalista. Mediante la revaloración de sus saberes, su identidad y su cultura, van fortaleciendo la organización cooperativa y la vida comunitaria, entendiendo la comunidad como la humana y la no humana.

Esto demanda, como apunta Bartra, “reconocer que hay valores sociales y ambientales superiores a los dictados de la economía del lucro, defender los bienes y saberes colectivos, reivindicar la preeminencia de los valores de uso sobre los de cambio y de los acuerdos sociales sobre los automatismos mercantiles son conceptos y prácticas extremadamente promisorias” [Bartra, 2006: 28] que se identifican en diversos colectivos de trabajo y comunidades rurales y urbanas.

INTERCULTURALIDAD CRÍTICA, PRODUCCIÓN AGROECOLÓGICA Y SUSTENTABILIDAD DESCOLONIAL COMO APUESTA POLÍTICA DE TRANSFORMACIÓN

En la creación de alternativas de vida y de trabajo, su cosmovisión, sus saberes, su cultura y la identidad comunitaria y territorial han tenido un papel fundamental

en esta cooperativa de mujeres indígenas para la organización colectiva del trabajo y en cooperativa. Van restituyendo formas propias de reproducción de la vida a partir de la recuperación y la revaloración de sus saberes y prácticas “en defensa de las condiciones materiales y simbólicas, para garantizar la reproducción de la vida común” [Navarro, 2015, citada en Gutiérrez, 2021: 53], en constante tensión con la mercantilización de la vida y el crecimiento económico ilimitado para la acumulación de capital, el patriarcado y las políticas estadocéntricas.

Desde sus concepciones y prácticas de sustentabilidad intercultural y ecológica-ambiental, las mujeres impulsan procesos creativos y productivos en los que intervienen relaciones materiales, simbólicas y emocionales que ponen en tensión las relaciones mercantiles, ya que sus actividades cotidianas se orientan en su mayoría a la reproducción de la vida. Lo comunitario se entiende, siguiendo a Gutiérrez, como “práctica y regeneración de vínculos de interdependencia autorregulados, cuyo cultivo es actividad cotidiana y reiterada” [Gutiérrez, 2021: 57], donde están presentes otras formas de relacionalidad entre los humanos y con la Madre Tierra orientadas a revertir la deslegitimación y negación de sus formas propias de vida impuesta por la colonialidad del poder. En este proceso ha sido central la recuperación de la lengua, ya que, como señala Gutiérrez:

a través del lenguaje y la activación de la memoria por la potencia del recuerdo compartido que se reactualiza con la conversación, no sólo se recupera la experiencia de luchas anteriores, sino que se regeneran sentidos compartidos que, justamente, al “hacer sentido” permiten que la experiencia singular se entrelace con la de los demás contribuyendo a la organización de la experiencia común [...]. De ahí la importancia decisiva del lenguaje en la creación y regeneración de vínculos [Gutiérrez, 2021: 62].

Dentro de la cooperativa se habla sobre todo su lengua hñãñhu (otomí);⁷ con la recuperación de la lengua señalan que pudieron recobrar muchos de los saberes sobre el territorio y las plantas, su uso medicinal y como alimentos, así como las formas de trabajo, cultivo y cuidado que permiten la regeneración de la “naturaleza”, respetando sus ciclos de vida. La recuperación de sus saberes

7. Los datos del Inegi señalan que, en 2020, en el municipio de Ixmiquilpan el 37.77 % de la población hablaba lengua indígena, mayoritariamente otomí (98.4%) [Inegi, 2020a].

pone en tensión los procesos de mercantilización capitalista en los que “la naturaleza se convierte en un recurso del capital cuyo valor se presupone y se niega”, apropiándose de ella como si no tuviera costo, sin repararla ni repararla [Fraser, 2023: 37].

Se identifica, de acuerdo con lo que señala Mies para la India [2019: 122], que en la relación que establecen las mujeres con la “naturaleza” hay un proceso recíproco, de cooperación, que en el caso de “Mujeres Reunidas” se manifiesta en el trabajo de cuidado que hacen de la tierra, el cultivo agroecológico del maguey y la recolección y la conservación de semillas para permitir y propiciar el crecimiento de nuevas matas y asegurar su regeneración. Refieren que el trabajo de recolección y selección de semillas requiere un gran esfuerzo para conseguir buena semilla, ya que hay varias especies de maguey en esta zona (xa-mini, chalco, púa larga y penco) que tienen usos diversos.

Los pueblos originarios han utilizado el agave y sus diferentes especies endémicas del estado de Hidalgo como alimento, bebida, techo, protección y medicina. El cultivo de maguey se destina en especial a la extracción de aguamiel para la producción de pulque, las pencas se utilizan para cocer la barba-coa, los gusanos comestibles se extraen, la piel de la penca se aprovecha para la preparación de mixiotes y las pencas se usan también para la producción de abono orgánico. En algunas regiones, en épocas de sequía, cuando desaparecen los pastos, se emplean como alimento para el ganado vacuno y caprino. Algunas artesanas refieren que incluso el aguamiel se utilizó como sustituto de leche para alimentar a los bebés. Esto se debe a que “presenta un alto contenido de minerales, aminoácidos, proteínas, enzimas, vitamina C y complejo B” [SIAP, 2018]. Además, en algunas especies de agave se reconocen propiedades medicinales para eliminar tumores, curar heridas, detener la caída del cabello y bajar la fiebre, entre otras.

Hoy en día las socias de la cooperativa y las personas que las apoyan están preocupadas por los efectos del cambio climático, que genera sequías prolongadas que secan los magueyes, o temporadas de lluvia intensa que los pudren. Asimismo, se está intensificando la amenaza de plagas, en particular “el picudo”, una especie de escarabajo que se instala en el corazón del maguey y acaba con él; por ello, han establecido diálogos con estudiantes de biología para diseñar un proceso que les permita erradicar la plaga. El cambio climático también afecta el proceso de trabajo para la obtención de la fibra, ya que se requieren días muy soleados para secar y blanquear la fibra y los cambios

repentinos o las lluvias prolongadas dificultan el proceso o deterioran la calidad de las pencas y la fibra.

Con la interculturalidad crítica, que implica un diálogo de saberes científico y popular en igualdad de condiciones políticas y epistémicas, reconocen que sus saberes son tan valiosos como los de la academia y con la colaboración de ésta han fortalecido sus proyectos. El proceso de capacitación lo han impulsado de manera conjunta con Ñepi B'ehña, para la organización cooperativa y para definir las necesidades y estrategias a seguir; van formando mujeres líderes promotoras y capacitando a las demás socias artesanas en temas sobre “derechos de las mujeres indígenas, sustentabilidad, derechos sexuales y reproductivos, mujer y migración, mujer y economía”, entre otros [Ya Munts'i B'ehña, 2021].

PRODUCCIÓN AGROECOLÓGICA Y SUSTENTABILIDAD

El cultivo del maguey y el proceso de producción son totalmente artesanales y agroecológicos, como lo hacían sus padres y abuelos. El trabajo implica cultivo y cuidado del maguey, extracción, lavado, blanqueo, secado, hilado de la fibra y diseño y tejido de los productos. La producción agroecológica permite preservar su textura, color y resistencia; “la fibra del maguey, a diferencia de otros agaves es más fina y delicada con nuestra piel (no corta o raspa), pero mantiene sus propiedades exfoliantes para una excelente limpieza” [Ya Munts'i B'ehña, 2020].

La producción agroecológica demanda mayor tiempo y esfuerzo por parte de quienes la realizan (integrantes de la familia). El trabajo en el campo lo hacen principalmente los hombres, aunque las mujeres se encargan de trasplantar los hijuelos (retoños), limpiar las matas y quitar la hierba y la basura alrededor del maguey. Esto lo efectúan de manera manual con herramientas poco invasivas, para permitir a la planta madre fortalecerse y producir más fibra. Alrededor de los cinco años pueden empezar a cortar las pencas más gruesas; señalan que un maguey puede durar hasta 10 años si se cuida bien. También siembran las semillas que se han recolectado para generar nuevas matas, las cuales tardan más en crecer cinco o seis años, mientras que a los hijuelos a los tres o cuatro años ya pueden cortarles pencas, aunque indican que las matas de semilla son de mejor calidad. Consideran que es necesario diversificar las formas de cultivo; así, mientras los magueyes de semilla tardan en crecer, los hijuelos van

madurando. Deben tener una vigilancia constante de los magueyes, porque si la plaga infecta a la madre, también se infectan los hijuelos.

Los magueyes se mantienen sólo con el agua de la lluvia, el agua de riego no les gusta, según refieren. La mejor época para sembrar el maguey es en enero y febrero, para que en época de lluvia se afiancen las raíces al suelo. Algunas especies son endémicas de estos territorios semidesérticos, pero pueden secarse si hay periodos prolongados de estiaje y si la lluvia es intensa pueden pudrirse. Con el cambio climático estos factores suelen ser más frecuentes.

Para extraer la fibra se asan las pencas directamente en el fuego, se dejan reposar tres días, se golpean con un rodillo de madera para ablandar y quitar la pulpa, y se talla para extraer la fibra; ésta se lava con detergente o jabón de barra, se pone a secar al sol para blanquearla, se cepilla para separarla y se hila con ayuda de un rodillo o en una hiladora. Algunas socias, quienes han podido adquirir una hiladora, tienen un mayor control del proceso productivo, ya que reducen considerablemente el trabajo de hilado de cuatro horas a una para hacer una madeja. Para teñir la fibra utilizan productos naturales de la región, como flor de cempoalxóchitl, también conocida como cempasúchil, higo, eucalipto y grana cochinilla [Sánchez, 2018].

No precisan de maquinaria sofisticada o del uso de agroquímicos, con lo que se establece una relación más estrecha de cuidado y respeto con la tierra y el entorno. Esto de alguna manera y en diferentes intensidades se constituye como un proceso de contención de la relación de dominación y explotación que el patrón de poder capitalista, moderno-colonial y destructor de la “naturaleza” ha establecido obligando a producir de manera intensiva y extensiva con el uso de paquetes tecnológicos y agroquímicos. Aunque hay un proceso de apropiación de estos bienes de la “naturaleza”, no es una apropiación unilateral, no constituye una relación de dominio y explotación para la acumulación capitalista, puesto que hay otra concepción sobre la productividad que no se sustenta en la dominación y la explotación, sino en una productividad sostenida que respeta los ciclos de vida para propiciar la regeneración de la Madre Tierra.

SUSTENTABILIDAD DESCOLONIAL COMO PODER SOCIAL

La idea de sustentabilidad entendida como poder social planteada por Víctor Toledo y vinculada a la perspectiva crítica de la colonialidad del poder

de Aníbal Quijano aporta elementos para entender las propuestas que se van construyendo en diversas comunidades, asociaciones y cooperativas como procesos políticos de “emancipación social y ambiental” contrahegemónica y alternativa para revertir lo que Toledo denomina “doble explotación” (de la naturaleza y de las personas), mediante acciones que articulan “sistemas ecológicamente adecuados, una economía solidaria que da lugar a mercados justos y orgánicos, uso de ecotecnologías, democracia directa y participativa” [Toledo, 2015: 52], entre otras prácticas que encontramos en la experiencia de la Cooperativa Ya Munts’i B’ehña.

Para Toledo “la sustentabilidad como poder social es una fuerza transformadora” que mediante la acción organizada y consciente se orienta a:

una cuádruple reparación: la regeneración del entramado social, es decir la supresión de la inequidad social, la restauración del entorno natural y planetario seriamente dañados, la recomposición de las culturas dominadas, excluidas, explotadas, de los mundos periféricos y la recuperación de las instituciones de la sociedad pervertidas, arruinadas o aniquiladas [Dussel, 1977, citado en Toledo, 2015: 51].

En la experiencia de la cooperativa Ya Munts’i B’ehña destaca el papel de las mujeres indígenas como cuidadoras de la familia, la comunidad y el territorio. Como guardianas de las semillas y defensoras de su cultura, mediante la transmisión y práctica de sus saberes ancestrales, van restituyendo formas de vivir en equilibrio con la “naturaleza”, en las que están presentes relaciones de solidaridad y reciprocidad, a partir de racionalidades liberadoras y solidarias. Desde sus sentipensamientos y prácticas hay un cuestionamiento implícito a la mirada hegemónica sobre el “desarrollo sustentable”, que se ha orientado sobre todo a sostener el crecimiento económico para garantizar la reproducción del capital. Se identifica que los esfuerzos de estas mujeres tienden, de manera contradictoria, a la descolonialidad del poder, alejándose de la racionalidad instrumental que ha puesto en riesgo las bases materiales de reproducción de la vida. Van restituyendo racionalidades solidarias y liberadoras de los seres humanos y la Madre Tierra, desde una mirada de totalidad, intercultural y ecológica-ambiental como proceso integral de relaciones de interdependencia y complementariedad entre “los diversos ámbitos de la existencia social” (trabajo, subjetividad, autoridad colectiva, sexo-género-sexualidad, “naturaleza”) [Quijano, 2000].

También han formado comités de ecopromotoras que se encargan de dar seguimiento a las familias en labores de sustentabilidad para impulsar ecotecnias y nutrición familiar. Se promovió la construcción de cisternas de ferrocemento para el almacenamiento de agua y estufas ahorradoras de leña; la creación de huertos familiares para favorecer el consumo de alimentos frescos y sanos; la crianza de gallinas y “pollos para el consumo, venta o intercambio; la preparación de compostas y abonos naturales para mejorar los suelos”, que son en gran parte arenosos y desérticos [Sánchez, 2018: 68; Ya Munts’i B’ehña, 2020], y la creación de bancos de semillas designando guardianas de las semillas encargadas de recolectarlas y cuidarlas para después cultivarlas. Recuperan la vocación productora de sus territorios, respetan los ciclos de reproducción de la vida, no obligan a la tierra a producir de manera intensiva y con el uso de sus técnicas disminuyen el consumo de energía y de agua. Asimismo, contribuyen a reducir la producción y el consumo de residuos contaminantes como los plásticos, los cuales sustituyen, en gran parte, con materiales biodegradables que pueden reintegrarse a los procesos de regeneración de la tierra, con lo que logran impactos en el nivel local y mundial.

REVALORACIÓN DEL TRABAJO DE LAS MUJERES Y SOCIALIZACIÓN DEL PODER

Desde la mirada feminista, se considera que en momentos de crisis las mujeres son las principales encargadas de la reproducción social y que la casa se ha convertido en un espacio de valorización del capital que articula diferentes dimensiones: trabajo para la obtención de ingresos, trabajo doméstico y trabajo comunitario [Cavallero y Gago, 2022: 28]. Las mujeres se han hecho cargo de la reproducción social tanto en las crisis estructurales como en las coyunturales. Esto se evidencia con lo señalado en el primer apartado, ya que fueron ellas quienes asumieron el papel como principales responsables de sus familias, derivado del incremento de la migración indígena masculina en la década de los noventa como resultado del impulso de las reformas estructurales neoliberales aplicadas en México. Asimismo, durante la crisis provocada por la pandemia de covid-19, cuando en varios casos los familiares se quedaron sin empleo, ellas continuaron trabajando y comercializando sus productos, convirtiéndose en el principal sostén de la economía familiar y local. También buscaron fomentar los huertos familiares, la crianza de pollos y borregos y la recuperación de la medicina tradicional para fortalecer el sistema inmunológico. De igual forma, tuvieron que hacerse

cargo del trabajo comunitario que no podían cumplir los familiares migrantes y de los compromisos con las autoridades comunitarias de gestionar apoyos y conseguir préstamos para lidiar con la enfermedad y en algunos casos la muerte.

Estos retos que deben enfrentar configuran un proceso de subjetivación política de las mujeres “indígenas”, que se constituyen como sujetas políticas y buscan incidir y transformar su realidad en circunstancias en las que despliegan su trabajo, su creatividad y su fuerza para resolver problemas y alimentar y cuidar a la familia y a la Madre Tierra. Su trabajo se ha convertido además de una fuente complementaria de ingresos para su familia, en un proceso de reapropiación, en diversos grados e intensidades, de espacios de decisión en la familia, la cooperativa y la comunidad. Han resuelto disputas en la familia y la comunidad, y constantes tensiones para lograr el reconocimiento y respeto a su trabajo y su organización, con lo que han ido rompiendo o al menos fracturando algunas de las prácticas del patriarcado.

Se reconocen como sujetas políticas que han impulsado un cambio importante en su comunidad, ya que la cooperativa demanda su participación en asambleas, procesos organizativos, el trabajo, la toma de decisiones, la capacitación, el traslado de pedidos y la negociación con familiares, vecinos y autoridades. En la comunidad de El Alberto persisten sus formas propias de organización comunitaria por medio de las asambleas y el sistema de cargos y las faenas, que consisten en trabajo que ofrecen los miembros de la comunidad en beneficio de todos, con lo que se fortalece la identidad comunitaria.

Las mujeres de la cooperativa forman parte de comités y se integran a organizaciones y proyectos productivos. “Su participación en cargos públicos, comunitarios u organizativos va propiciando la socialización del poder”; mediante estos procesos entienden y ejercen el poder no como dominación, sino como servicio, como impulso, acción creativa para beneficio de ellas mismas, de la cooperativa, de sus familias, de las comunidades y de la Madre Tierra. Su presencia y participación en diversos espacios de decisión, en la gestión de la cooperativa, de la comunidad y el territorio, desafía la colonialidad del poder, el patriarcado y la centralización del poder.

REFLEXIONES FINALES: LOGROS, RETOS Y CONTRADICCIONES

Entre los logros se identifica la construcción de una propuesta de trabajo y de vida que se sustenta en la organización comunitaria, el trabajo colectivo, la

revaloración, el respeto y el cuidado de la “naturaleza”. La recuperación y revaloración de sus saberes y prácticas cuestiona la concepción hegemónica del “desarrollo” y sugiere una concepción amplia del trabajo, del saber, el cuidado, la sustentabilidad y el poder.

Rompen con la concepción hegemónica del trabajo productivo vinculado al imaginario del empleo asalariado que se orienta a producir mercancías. Entienden el trabajo como actividad esencial dirigida a la reproducción de la vida por medio de la organización colectiva y horizontal del trabajo, la participación activa en la toma de decisiones, el control del excedente y su reparto equitativo.

Asimismo, hay otra concepción de la productividad que no se sustenta en la dominación y explotación de los seres humanos y la “naturaleza”, sino en una productividad sostenida, agroecológica, de preservación y respeto de los ciclos de reproducción social y de la Madre Tierra para permitir su regeneración mediante el impulso al uso de fibras naturales que sustituyen los materiales sintéticos y plásticos, lo que tiene un impacto ecológico no sólo en la localidad sino en el mundo.

Las integrantes de la cooperativa recuperan y resignifican sus saberes y prácticas como una propuesta de interculturalidad crítica con el diálogo de saberes científico y popular para constituir una propuesta política y epistémica de transformación de su realidad, partiendo de que el potencial creativo y transformador de la interculturalidad radica no sólo en el reconocimiento de la diversidad, sino en la posibilidad de construir saberes y prácticas alternativas de organización de la vida que modifiquen las relaciones entre los humanos y los no humanos, contra todas las formas de opresión y en favor de la vida.

Contribuyen a restituir relaciones de reciprocidad y solidaridad, entendiendo la reciprocidad como el intercambio de trabajo y sus productos sin mediación del dinero y el mercado capitalista; esto se manifiesta en su participación en cargos comunitarios en beneficio de la comunidad, en el apoyo entre socias de la cooperativa, con quienes comparten sus saberes y materiales para que se integren y permanezcan en la cooperativa, y apoyando económicamente a quien lo requiere, entre otras acciones.

Con su participación en diversos espacios de decisión también van rompiendo con la concentración del poder y favorecen otras formas de ejercicio del poder, como servicio, impulso y acción creativa, lo que propicia su socialización.

En la comunidad de El Alberto persisten sus formas propias de organización comunitaria por medio de las asambleas, el sistema de cargos rotativos y las faenas. La asamblea es la “máxima autoridad y es el espacio donde se resuelven los asuntos más relevantes para la comunidad, mediante el consenso y el voto democrático” [López, 2019: 5]. El sistema de cargos articula un “complejo entramado de representaciones en los ámbitos civil y religioso” [Quezada, 2018b: 5]. Los hombres ocupan cargos, de manera honoraria, en la delegación municipal; los servicios que prestan como autoridades son sumamente valorados por la comunidad. Las faenas, que son trabajo colectivo en beneficio de la comunidad y las cooperaciones monetarias, son obligatorias; quienes viven fuera de la comunidad tienen que pagar la faena o encargarla a algún familiar o amigo. En estos procesos y en la conformación de comités para la organización de fiestas o de actividades también participan las mujeres, sobre todo si no tienen esposo, si éstos son migrantes o si son madres solteras.

No obstante, esta experiencia está inserta en el actual patrón de poder, sustentado principalmente en la dominación y explotación de la mujer y de la Madre Tierra, y en un contexto de mercado al que tienen que recurrir para resolver diversas necesidades. Además, como parte de la realidad social enfrentan diversos retos y contradicciones.

RETOS Y CONTRADICCIONES

Entre los retos y las contradicciones está el relevo generacional para participar en la cooperativa, ya que el imaginario del “desarrollo” sigue ubicando el trabajo fuera del campo como una manera de tener mejores condiciones de vida. Así, la mayoría de las socias destina una parte importante de sus ingresos a apoyar a los hijos para que estudien y salgan a buscar trabajo fuera de la comunidad, con lo que promueven otras formas de vida vinculadas al imaginario del “desarrollo”, el bienestar material y la acumulación de riqueza.

Asimismo, su inserción en el mercado global las obliga a cumplir con los compromisos de entrega de los productos y ajustarse a los ciclos de reproducción de capital, lo que en ocasiones conlleva priorizar la esfera económica sobre los demás ámbitos de la existencia social, y así reproducen la subordinación y dependencia a los circuitos centrales del capital, para satisfacer sus necesidades más apremiantes. La importancia que ha cobrado la cooperativa de mujeres en la comunidad ha derivado en que, en la casa, que ya era un

espacio de valorización del capital (con la reproducción de la fuerza de trabajo), se intensifique el trabajo, con lo que se articula lo que señalan Cavallero y Gago que se hizo explícito durante la pandemia de covid-19:

una triple jornada laboral para las mujeres [...] (trabajo asalariado, trabajo doméstico y trabajo comunitario), estamos hoy ante la imposibilidad casi de distinguir las horas en las que cada una de esas jornadas sucede. Por un lado, porque hay una indistinción espacial que todo lo mezcla. Por otro, porque la jornada no sólo se extiende en cantidad de horas, sino que se intensifica al no tener distinciones y al asumir cada vez más tareas. Cada hora es triple jornada en sí misma. Mientras se teletrabaja, se cuida; mientras se hace trabajo comunitario, se atiende a la familia; a la vez que se trabaja a domicilio, se hacen trámites para acceder a beneficios sociales y se cocina [Cavallero y Gago, 2022: 28].

Esto conduce a seguir sosteniendo relaciones patriarcales a partir de asumir la división sexual del trabajo y las jerarquías en la familia como procesos naturales y no como producto de relaciones de poder que perpetúan las relaciones sociales asimétricas, jerárquicas y explotadoras. De igual manera, este tipo de trabajos, que desde el pensamiento dominante y desde las políticas públicas no son reconocidos como tales, no están asociados con derechos, aunque haya productividad, trabajo y esfuerzo.

Esto conlleva la necesidad de romper con la concepción estadocéntrica de la organización de la vida social y a fortalecer el diseño y la construcción de políticas públicas no estatales que contribuyan a contar con un respaldo efectivo en caso de enfermedad o incapacidad, un ahorro significativo para emergencias. No obstante, esto demanda la generación de más excedentes incrementando la producción o negociando un precio más elevado por sus productos, puesto que operan en un contexto de mercado en donde todavía muchas de sus necesidades deben resolverlas a través de éste.

Esto evidencia una disputa de racionalidades: una mercantil instrumental, que las oprime, y otra liberadora de los seres humanos y solidaria con la Madre Tierra, que se orienta a restituir otras formas de relacionalidad como la reciprocidad, la interdependencia y la complementariedad. Por ello, en las propuestas alternativas de trabajo y de vida de las mujeres de la cooperativa Ya Munt's'i B'ehña hay un cuestionamiento implícito a la concepción hegemónica

del “progreso-desarrollo”. Su experiencia se constituye no sólo como un acto de resistencia al recuperar y revalorar sus saberes, sus sentipensamientos y prácticas, sino como una propuesta política de transformación de su realidad que les permite cubrir sus necesidades más apremiantes y revertir la colonialidad del poder que las estigmatiza, las margina y las oprime.

BIBLIOGRAFÍA

- Bartra, A. [2006], *El capital en su laberinto. De la renta de la tierra a la renta de la vida*, México, UACM/Ítaca/CEDRSSA.
- Bobadilla, E., Flores Padilla, J.P., Ochoa Ambriz, F. y Perea Peña, M. [2019], “El efecto de la modificación al artículo constitucional en el relevo generacional del sector agropecuario en México”, *Brazilian Journal of Development*, 5 (7): 7597-7611.
- Caballero, H. y Victorio, C. [2024], “Cooperativa Ya Munts’i B’ehña (Mujeres Reunidas). Tejiendo horizontes alternativos hacia la sustentabilidad ecológico-ambiental e intercultural en Ixmiquilpan, Hidalgo”, en Boris Marañón, Dania López e Hilda Caballero (coords.), *“Sustentabilidad” descolonial en organizaciones colectivas en México: logros y contradicciones*, México, IIEC-UNAM: 245-278.
- Cavallero, L. y Gago, V. [2022], *La casa como laboratorio: Finanzas, vivienda y trabajo esencial*, Buenos Aires, Fundación Rosa Luxemburgo.
- Coneval [2024], *La población jornalera agrícola en México y su situación de pobreza*, México, Coneval.
- Corazón Verde [2022], “Nuestro Sello de Comercio Justo con Equidad”, recuperado de <<https://n9.cl/k325g9>>, consultado el 3 de marzo de 2022.
- Escobar, A. [2007], *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*, Caracas, El Perro y la Rana/Ministerio del Poder Popular para la Cultura.
- Fraser, N. [2024], *Capitalismo caníbal. Qué hacer con este sistema que devora la democracia y el planeta, y hasta pone en peligro su propia existencia*, México, Siglo XXI.
- Gutiérrez, R. [2021], “Producir lo común: entramados comunitarios y formas de lo político”, en M. Menéndez y M. García (comps.), *La vida en el centro. Feminismo, reproducción y tramas comunitarias*, México, Bajo Tierra.
- Inegi [2020a], *Censo General de Población y Vivienda 2020. Principales resultados por localidad* (ITER), microdatos, <<https://goo.su/zoH0Uh>>, consultado el 7 de marzo de 2023.
- Inegi [2020b], *Panorama sociodemográfico de Hidalgo. Censo de Población y Vivienda 2020*, México, Inegi.
- Inegi [2018], *Marco geoestadístico*, México, Inegi.

- Lange, B., Thomas, D. y Sarat, A. (eds.) [2013], *From economy to society? Perspectives on transnational risk regulation*, Studies in Law, Politics, and Society, 62, Leeds, Emerald Books.
- López, I. [2019], “Redes sociales: un análisis de fortalezas y debilidades de la cooperativa Ya Munts’i B’ehña”, tesis de Licenciatura en Actuaría, México, Facultad de Ciencias-UNAM.
- Marañón, B., López, D. y Caballero, H. (coords.) [2024], *Sustentabilidad descolonial en organizaciones colectivas en México. Logros y contradicciones*, México, IIEC-UNAM.
- Mies, Ma. [2019], *Patriarcado y acumulación a escala mundial*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- Moreno, B., Garret, M. y Fierro, U. [2016], *Otomíes del Valle del Mezquital. Pueblos indígenas del México contemporáneo*, México, Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.
- Mujeres Bacanas [2022], “Anita Roddick (1942-2007)”, recuperado de <<https://n9.cl/rtuiq>>, consultado el 2 de marzo de 2022.
- Quezada, Ma. F. [2018a], “Migración internacional y desarrollo local: la experiencia de dos localidades otomíes del Valle del Mezquital, Hidalgo, México”, *Región y Sociedad*, 73.
- Quezada, Ma. F. [2018b], “De campesinos indígenas a promotores de turismo. La experiencia del ejido San Cristóbal Hidalgo, México”, *Agricultura, Sociedad y Desarrollo*, 15 (2).
- Quijano, A. [2006], “El ‘movimiento indígena’ y las cuestiones pendientes en América Latina”, *Argumentos*, 19 (50).
- Rubio, B. [2001], *Explotados y excluidos. Los campesinos latinoamericanos en la fase agroexportadora neoliberal*, México, Plaza y Valdés/Universidad Autónoma de Chapingo.
- Sánchez Ramírez, A. [2018], “Agave e ixtle en la cooperativa Ya Munts’i B’ehña de la comunidad indígena El Alberto (Ixmiquilpan, Hidalgo, México): un manejo hacia la sustentabilidad?”, tesis de Licenciatura en Biología, UNAM.
- SIAP (Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera) [2022], “Monografías de productos agroalimentarios mexicanos: maguey forrajero”, Secretaría de Agricultura y Desarrollo Rural-Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera, Gobierno de México, recuperado de <<https://n9.cl/ayq2m>>, consultado el 10 de octubre de 2022.
- Taller de Costura [2003], *Informe del proyecto: comercialización de productos artesanales con la fibra del maguey*, Hidalgo, Taller de Costura de las artesanas de El Alberto, Ixmiquilpan.
- Toledo, V.M. [2015], “¿De qué hablamos cuando hablamos de sustentabilidad? Una propuesta ecológico-política”, *Interdisciplina*, 3 (7): 35-55.

Vanguardia [7 de marzo de 2012], “Mujeres indígenas se convierten en exportadoras”, *VanguardiaMX*, recuperado de <<https://n9.cl/dav21>>, consultado el 17 de febrero de 2021.

Ya Munts'i B'ehña [2020], “Lo que hacemos”, recuperado de <<http://yamuntsis.com/lo-que-hacemos/>>, consultado el 3 de marzo de 2021.

TOSEPAN TITATANISKE, CUETZALAN, MÉXICO: SABERES Y PRÁCTICAS DE FORMAS CONVIVENCIALES DE GOBIERNO, “ECONOMÍA” Y “SUSTENTABILIDAD”

Boris Marañón

INTRODUCCIÓN

El objetivo de este capítulo es presentar algunos rasgos de la Unión de Cooperativas Tosepan Titataniske (UCTT) que pueden evidenciar, a partir de sus saberes y prácticas, su orientación solidaria en cuanto a formas de gobierno, “economía” y “sustentabilidad”, lo que constituye una crítica concreta al “desarrollo” capitalista, en el que predominan formas verticales de toma de decisiones, la búsqueda del beneficio individual y la dominación y explotación de la “naturaleza”.

La UCTT inició sus actividades hace ya más de nueve lustros en la Sierra Nororiental de Puebla. En la actualidad abarca 27 municipios de Puebla y otros siete de Veracruz, y está conformada por aproximadamente 52 mil socias y socios indígenas de origen masewal (nahuas y tutunakú).

Desde sus orígenes, en 1977, la Unión ha transitado del abastecimiento de alimentos básicos (como el azúcar) para solucionar la problemática de carestía y altos precios, pasando por la organización de la producción, la transformación y la comercialización de sus productos (café, pimienta, vainilla, miel), hasta la recuperación de sus cosmovisiones, saberes y prácticas, el impulso de la salud sustentable y de la educación intercultural, así como la lucha por conservar su identidad, como un atributo dinámico y no petrificado, y defender su territorio, tratando de conservar su autonomía. Todo este proceso se fue realizando con base en la construcción de una autoridad colectiva horizontal, cooperativa y comunitaria, la misma que impulsa un nuevo horizonte de

sentido histórico (*yeknemilis*-buenos vivires) como parte de un camino hacia formas diferentes de vida alejadas del “desarrollo”.

Inicialmente constituida como Sociedad Cooperativa Agropecuaria Regional Tosepan Titataniske (SCARTT) en 1980, estaba enfocada sobre todo en la producción y comercialización de café y pimienta, pero a medida que se complicaba la organización con el surgimiento de nuevas cooperativas orientadas a resolver otras necesidades, desde 2007 se optó por la figura de Unión de Cooperativas para conseguir una mejor coordinación de sus actividades, que se iban tornando más complejas.

Tosepan está formada por nueve cooperativas, además de tres asociaciones civiles: 1) Tosepan Titataniske, enfocada en la producción orgánica; 2) Maseual Xicaualis, en el acopio, transformación y comercialización); 3) Tosepan Kali, en los servicios de ecoturismo; 4) Tosepan Siuamej, en la promoción y articulación de proyectos productivos de mujeres; 5) Tosepantomin, en el ahorro y crédito; 6) Tosepan Pajti, en la salud comunitaria; 7) Tosepan Ojtat Sentikitinij, en el aprovechamiento del bambú; 8) Tosepan Tichanchiuaj, en la vivienda sustentable, y 9) Tosepan Pisilnekmej, en la producción de miel orgánica. También se cuenta con el Centro de Formación/Capacitación Kaltaixpetaniloan, la radio comunitaria Tosepan Limaxtum, Yeknemilis, A.C., para brindar asistencia técnica, y Fundación Tosepan, A.C., para recibir donaciones orientadas al impulso de servicios básicos como educación y salud.

En el marco de la celebración de sus 40 años, en 2017, la Unión elaboró un plan de vida para los 40 años siguientes, en el que se plantean como ejes centrales la defensa del territorio y la recuperación de la lengua y la identidad cultural, siempre desde una relación armoniosa con la Madre Tierra, en el horizonte del *yeknemilis*, la buena vida. En mayo de 2022 —en el marco de la celebración de san Isidro Labrador— dicho plan se presentó como *Códice masewal*.

Así, Tosepan ha ido diseñando e impulsando un proyecto desde la totalidad social, profundizando, primero, los aspectos materiales de la resistencia y, luego, incorporando elementos subjetivos centrales para no sólo resistir, sino re-existir, es decir, para ir re-creando desde la cotidianeidad una nueva forma de vida, desde su cosmovisión, su racionalidad, su historia y su autonomía, en un proceso amplio de reoriginalización cultural hacia la descolonialidad del poder.

Es importante señalar que este esfuerzo colectivo de Tosepan se realiza en un contexto de expansión territorial del patrón de poder colonial-moderno

capitalista constituido desde hace cinco siglos por medio de diversas formas de acumulación: acumulación originaria y acumulación por despojo, que separan violentamente a las poblaciones campesinas de sus tierras para privatizarlas, para la explotación productiva del trabajo asalariado, la circulación comercial de mercancías y la valorización productivo-mercantil del capital; estos procesos se articulan con formas de valorización basadas en mecanismos de crédito y especulación financiera [Ramírez, 2018]. Este proceso de despojo se encuentra en una de sus fases expansivas más agudas con el neoliberalismo capitalista, la desnacionalización de los Estados nacionales y la reconcentración del poder, la riqueza, el trabajo y los bienes naturales. En México, desde hace décadas se registra una escalada destructiva de despojo extractivista mediante la alianza entre la violencia gubernamental y corporativa, que se evidencia en la multiplicación de proyectos turísticos, mineros, energéticos y de transportes, entre otros [Ramírez, 2018].

El capítulo tiene la siguiente estructura. Primero se presenta el contexto geográfico e histórico en el que ocurre la experiencia cooperativa-comunitaria, luego lo relativo a la autoridad colectiva, después lo referente a la “economía”, seguida por la “sustentabilidad” y la subjetividad. Por último, se incluyen algunas conclusiones.

CONTEXTO GEOGRÁFICO E HISTÓRICO

La región de influencia de la Unión se encuentra entre los 200 y tres mil metros sobre el nivel del mar, lo que posibilita varios climas y ecosistemas que van desde el templado subhúmedo y templado húmedo en las zonas altas, al semicálido húmedo en las alturas medias, así como cálido húmedo en las zonas más bajas. La precipitación en esta zona es abundante, lo cual permite la obtención de dos cosechas al año. En la zona media, donde se ubican los municipios de Cuetzalan, Hueyapan, Jonotla, Zoquiapan y Tuzamapan, domina el bosque mesófilo de montaña, con un alto grado de conservación que se entremezcla con las parcelas agroforestales nahuas sumamente diversificadas (el *kuojtakilyan*). En esta parte, aunque domina el bosque mesófilo, se alterna con parches de vegetación secundaria, parcelas agrícolas, en particular para el cultivo de milpa de autoconsumo, y con potreros para el pastoreo de ganado. La compleja matriz del paisaje en esta zona de la Sierra Nororiental da cuenta del rico sistema de manejo agroforestal y pecuario que practican los nahuas masewal y los

tutunakú de la región, ya que a pesar del intenso aprovechamiento de flora y fauna que ejercen, ésta es una de las zonas con más alta biodiversidad del país [Ramírez, 2017: 43-44].

Durante la colonia, la región habitada por los masewal y los tutunakú era parte de una encomienda y poco después del dominio de los franciscanos; los habitantes no “indígenas” eran pocos. Esto cambió en el siglo XIX al comenzar el gran despojo de tierras, la lengua y las identidades indígenas, en el marco de la conformación de la nación mexicana y bajo los preceptos liberales. En 1828, la Ley Lerdo sirvió para la alienación de “tierras baldías” como parte de una primera ola de expropiaciones de tierras comunales. Asimismo, atraídos por la política del blanqueamiento del estado emergente, llegaron inmigrantes italianos que se apropiaron de las tierras más fértiles e introdujeron el cultivo del café. Después, en los años treinta del siglo XX, llegaron muchas/os mestizas/os pobres que tomaron posesión de tierras bajo la consigna revolucionaria “La tierra es para quien la trabaja” y la política de la repartición del presidente Cárdenas, entre 1934-1940 [Zuckerhut, 2016: 131]. Los “maseualmej” (masewal en plural) se adaptaron a las condiciones nuevas y compraron la tierra como tierra privada, pero sus parcelas eran muy pequeñas [Zuckerhut, 2016: 135].

El Estado mexicano promovió el cultivo del café para conseguir divisas que financiaran la industria petrolera en los años cuarenta; dicha actividad la realizaron mestizos, pero también muchos indígenas. Así se incorporaron a la economía capitalista a partir de la producción del café para el mercado mundial.

Con créditos estatales obtenidos en las décadas de los setenta y ochenta, los “indígenas” compraron arbustos de café híbrido de primera calidad, pero muy delicados, y los fertilizantes y pesticidas necesarios para el cultivo de esa variedad de café. La comercialización se hacía mediante intermediarias/os y/o la agencia de café estatal, Instituto Mexicano del Café (Inmecafe); no obstante, al fin de los ochenta hubo una gran crisis del café: los precios se cayeron y una helada devastó las cosechas. Otra vez la gente “indígena” se adaptó a las condiciones de este tiempo con la reintroducción de clases tradicionales rusticanas de café, así como del policultivo, produciendo de manera orgánica y recuperando los jardines de café que estaban siendo abandonados por las tendencias al monocultivo de café asociadas con la revolución verde. Usaron el café para sostener su identidad indígena en contra de las fuerzas de asimilación

—mestizaje—, pues se convirtió en el mecanismo para conseguir ingresos monetarios para seguir cultivando maíz, elemento central de la alimentación y la cultura [Zuckerhut, 2016; Martínez, 1991: 46-47].

En el caso específico de la Tosepan es posible afirmar que entre 1977 y 1999 se registró un proceso de subjetivación (de toma de conciencia) política, de lucha contra la explotación y la dominación política caciquil. Como ya se señaló, esta etapa se inició con acciones para garantizar el abasto de alimentos básicos y la creación en los ochenta de la SCARTT, orientada a comercializar el café y la vainilla para disputar el control del excedente económico. En esta misma vertiente se inscribe la creación, a fines de los noventa, de la cooperativa Tosepantomin, para financiar las actividades productivas y de vivienda, principalmente. La conformación de las demás cooperativas y organizaciones ha estado en función de las necesidades, materiales y subjetivas, de las comunidades de la región.

AUTORIDAD COLECTIVA O ESTRUCTURA DE GOBIERNO

La Tosepan nació como una organización donde quienes tomaban las decisiones y coordinaban la mayoría de las actividades eran hombres masewal; esto era un reflejo de la estructura patriarcal en que se había reproducido la cultura desde siglos atrás. Sin embargo, a lo largo de estas casi cinco décadas de existencia se ha registrado un movimiento paulatino de apertura hacia la participación tanto de las mujeres como de las comunidades y personas tutunakú en cada vez más espacios de la organización, de modo que la participación de las mujeres ha aumentado por varias razones: 1) la mayoría de las integrantes de las mesas directivas de las cooperativas comunitarias son mujeres; 2) la mayoría de quienes trabajan en las cooperativas Tosepantomin, Tosepan Pajti, Tosepan Pisilnekmej, buena parte de la Tosepan Kali y de Tosepan Kalnemachtilyan son mujeres; 3) la cooperativa Tosepan Siuamej está integrada únicamente por mujeres, y 4) los consejos de las cooperativas regionales cuentan con una importante participación de mujeres; en este punto destacan actualmente la secretaria y la presidenta de la Unión de Cooperativas Tosepan Titataniske quienes son mujeres. Así reflexiona sobre el proceso un socio: “Vamos lento, pero avanzando, tardamos 20 años en que se hiciera una cooperativa de mujeres y tardamos 40 en que hubiera por primera vez una presidenta de la organización” [Ramírez, 2017: 190].

Tosepan se caracteriza por tener una autoridad colectiva cooperativa-comunitaria que va gobernando de manera autónoma y construyendo políticas públicas no estatales [Marañón, 2016] para progresivamente tratar de atender el conjunto de necesidades de las y los socios y sus familias, en una relación de disputa y complementariedad con el Estado y contra la dominación y la explotación ejercidas por el patrón de poder colonial-moderno capitalista, concretadas en el caciquismo y la explotación económica mediante los mercados de productos, de crédito y de fuerza de trabajo [Martínez, 1991; Payán, 1992; Aguilar y Mora, 1991; Aguilar, 1986, Ramírez, 2018; Bartra, 2018; Durán, 2018].

La forma específica de la estructura política de gobierno de la cooperativa se caracteriza por una asociación creativa de lo cooperativo y lo comunitario, concebidos desde la autogestión y la autonomía [Durán, 2018; Ramírez, 2018] y, por otro lado, el impulso de políticas públicas no estatales para ir plasmando otra forma de vivir en cada uno de los ámbitos centrales de la existencia social [Marañón, 2016].

El rasgo específico de esta estructura de gobierno cooperativa es que las decisiones se toman en asambleas que se realizan periódicamente, de modo que los problemas primero se discuten en asambleas cooperativas locales, luego en las asambleas regionales y después en las asambleas realizadas por el consejo de administración, en un proceso de información, discusión y retroalimentación permanentes.

En las cooperativas, la asamblea general es la máxima autoridad y las y los socios participan con voz y voto. En Tosepan, la comunidad misma es la máxima autoridad y las decisiones son tomadas por consenso, de modo que, en cada acción colectiva, cada comunidad representa la decisión colectiva de los habitantes del pueblo. De esta manera, mientras que en el movimiento cooperativo se trata de garantizar la participación de las/os socias/os como individuos, en los pueblos indígenas se busca garantizar la cohesión comunitaria. Por tanto, Tosepan tiene la asamblea como máxima autoridad y establece dos niveles de participación: uno comunitario y otro regional.

En el primer nivel, la participación se da a partir de las cooperativas locales (no legalizadas), unidades organizativas que funcionan en cada comunidad y en las que las decisiones se toman en asamblea, la máxima autoridad comunitaria. En el nivel regional, se cuenta con la Asamblea Regional de Mesas Directivas, que se celebra en el local de la cooperativa Tosepan Titataniske

con la participación de las mesas directivas de todas las cooperativas locales, para discutir, analizar y tomar decisiones de los asuntos de la organización. Por esta razón, en lo formal, la Asamblea Regional de Mesas Directivas es la máxima autoridad de la Tosepan Titataniske. Por último, según el reglamento, se procura que todas las decisiones se tomen de manera consensual, pero si se requiriera votación, en las asambleas de cooperativas locales vota cada socio/a, mientras que, en la asamblea regional, cada cooperativa local equivale a un voto, más allá del número de socias/os que la integren [Durán, 2018: 102-104].

La Tosepan presenta una estructura compleja de organización si se tiene en cuenta su significativa dimensión en términos de lo espacial y lo social. La UCTT es un proceso organizativo integral que se construye en al menos siete espacios de organización interrelacionados que incluyen asambleas a distintas escalas territoriales que permiten un flujo constante de información y trabajo entre lo comunitario y lo regional. Las asambleas y reuniones en que se organiza la UCTT son: 1) asambleas comunitarias mensuales, 2) asambleas regionales mensuales, 3) asambleas mensuales de las mesas directivas de la SCARTT, 4) asamblea plenaria o general, 5) reuniones de promotores semanales por región, 6) asambleas semanales de los consejos directivos de cada cooperativa regional, y 7) asambleas semanales de los consejos directivos de las 10 cooperativas regionales [Ramírez, 2018].

En el impulso de las políticas públicas no estatales por parte de Tosepan destacan las relativas a la disputa por el control del excedente a partir de la producción y la comercialización de productos orgánicos desde una base sustentable, la creación de un espacio cooperativo de ahorro y crédito, y la recuperación de la cultura. En estas tres dimensiones, la Tosepan está disputando el significado y las prácticas concretas de lo “económico” y de la subjetividad al patrón de poder colonial/moderno capitalista; esto es, disputando el quién manda y quién obedece en términos de relaciones de poder tanto fuera como dentro de la cooperativa.

En último término, esta autoridad colectiva, en alianza con otros sectores sociales, ha impulsado desde 2008 la defensa organizada del territorio frente a proyectos mineros e hidroeléctricos, lográndose la aprobación del ordenamiento territorial integral y luego la constitución del Comité de Ordenamiento Territorial Integral de Cuetzalan (COTIC); hasta la fecha se ha impedido la instalación y la puesta de marcha de los proyectos extractivistas [Beaucage *et al.*, 2017; Amaro, 2017; Linsalata, 2017; Post, 2021].

TRABAJO“ECONOMÍA”

Este apartado presenta los esfuerzos de la Unión de Cooperativas Tosepan Titataniske para resistir y re-existir en la dimensión “económica”, impulsando la solidaridad económica [Marañón, 2017] a partir de racionalidades no instrumentales, de la diversidad, la reciprocidad, una mirada ampliada del trabajo, la participación organizada en el comercio internacional orgánico y la gestión de una institución financiera propia, así como de un hotel ecoturístico.

La Unión de Cooperativas Tosepan Titataniske promueve otra forma de “economía” —no hegemónica— pues “la cooperativa no busca el lucro sino el bien comunitario” y “lo que se busca es que las familias mejoren sus condiciones de vida y también que lo que se produzca tenga armonía con el ambiente” [González, 2019]. Esto implica una confrontación entre valores de uso, desmercantilización, trabajo colectivo, diversificación y cuidado de la Madre Tierra contra una racionalidad instrumental que promueve los valores de cambio, el trabajo individual egoísta, la especialización y el despojo de la “naturaleza”.

Tosepan está integrada en su mayoría por pequeños productores, además de artesanos, albañiles y profesionistas, entre otros, quienes, bajo un modo de vida campesino, llevan a cabo sistemas de cultivos diversificados, de los que obtienen una gran variedad de productos, entre los que sobresalen el café y la pimienta gorda destinados a la exportación, mientras el maíz se orienta al autoconsumo [Durán, 2018].

Estos sistemas productivos tiene los siguientes rasgos: 1) el 74 % de la superficie total que poseen los socios se dedica al cultivo de café bajo un sistema de producción en policultivo tradicional sumamente diversificado; 2) en promedio, la superficie cultivada de café es cercana a una hectárea; 3) el 17 % de la superficie total se destina al cultivo de maíz, una extensión reducida insuficiente para las necesidades familiares, por lo que también se recurre a la renta de terrenos ajenos para sembrar más; 4) el 9 % restante de la superficie total está dedicada a otros cultivos como la caña y algunos cítricos, así como a potreros, entre otros; 5) debido a que la pimienta gorda es una planta nativa de la región, su proceso de producción se ha dado en asociación con otros cultivos, sobre todo cafetales, y se tiende más al cultivo que a su recolección; 6) los cafetales se vinculan con otras plantas cuyos productos son de carácter comercial, como mamey, nuez de macadamia y canela, y 7) desde hace cinco años los socios cooperativistas incursionaron en el acopio y la comercialización de miel virgen

producida por la abeja nativa *Scaptotrigona mexicana*. La diversificación se ha asumido como estrategia de desarrollo regional y se orienta al autoconsumo y la venta. Se concreta por medio de los jardines de café, el huerto de traspatio y la milpa [Durán, 2018: 58-59].

Beaucage [2012: 83-85] sostiene que las organizaciones “indígenas” de la Sierra Norte de Puebla se arraigan en una vieja costumbre de cooperación, pues si bien la producción de subsistencia es familiar, existe una tradición de trabajo colectivo en dos vertientes: la “mano vuelta” (*momakepa*) para labores agrícolas, construcción y reparación de las casas, por un lado y, por otro, la faena “trabajemos juntos” (*tisentekitinij*) para realizar obras de interés colectivo, como la refacción de los caminos o de los edificios públicos, civiles y religiosos. El trabajo colectivo estaba supervisado por responsables, nombrados por las autoridades elegidas, quienes desempeñaban de forma gratuita sus funciones como el conjunto de las autoridades locales dentro del sistema de cargos. A fines de los años setenta, el desempeño de la Unión de Pequeños Productores de la Sierra, antecedente de la Tosepan, se basó en esta doble tradición de trabajo colectivo y sistema de cargos, pues se practicaba la faena comunitaria, voluntaria, para realizar los trabajos esenciales, entre ellos, la carga y descarga de los camiones y el arreglo de los locales. Al mismo tiempo, la mayoría de los cargos directivos de la Unión fue ocupada por “personas de respeto”, de experiencia y comprometida con la vida política y ritual local.

La visión del trabajo en la Tosepan es más amplia que la eurocéntrica, misma que presenta el empleo como la única manera legítima de conseguir los ingresos necesarios para vivir. Se trata de una concepción en la que el trabajo no está separado sino asociado a la vida y vinculado con la esfera comunitaria:

En la cultura masewal, el trabajo es denominado *tekit*, y se despliegan cuatro formas que posibilitan la reproducción de la vida en su conjunto: 1) el *tapaleuil* (trabajo comunitario) es el que realizan dentro de la comunidad bajo las faenas que pueden ir enfocadas a la mejora comunitaria o a la ayuda del otro, bajo una reciprocidad simple; 2) el *sentekilia* (trabajo familiar) es realizado por las familias en la milpa, es el principal cultivo del vínculo transgeneracional dentro de la cooperativa, que permite la apropiación del proyecto y la reproducción de los saberes locales; 3) el *chiualis* (trabajo doméstico), principalmente realizado por las mujeres

dentro de las familias; 4) el *tayolchicaualis* (trabajo cooperativo), son actividades donde la comunidad genera beneficios colectivos para la reproducción del colectivo en su conjunto, con ello se socializa el poder y se modifican las relaciones de poder dentro del colectivo [González y Julián, 2021:124].

En el contexto de la identidad étnico-cultural masewal, estas formas de trabajo tienen como características centrales el apoyo mutuo y la reciprocidad.

El trabajo también implica una relación con la Madre Tierra. La decisión de los socios y de la Unión por incursionar a partir del año 2000 en los mercados orgánicos internacionales ha sido un factor de gran importancia para revitalizar la diversificación y tratar de estabilizar la “economía” de las socias y los socios, pero también para recuperar y/o fortalecer formas respetuosas de relación con la Madre Tierra.

A fines de la década de los ochenta —en el marco de la crisis de rentabilidad del café por la desaparición de la Organización Internacional del Café y el Inmecafe, una helada que malogró la mitad de las cosechas y una elevada deuda bancaria— se discutía si se debía cambiar de cultivos, especializarse en el policultivo comercial o en el café bajo sol o diversificar [Ramírez, 2017: 83]. Después de arduas y prolongadas discusiones, en el año 2000 se inició la transición de los primeros productores hacia la producción orgánica y tres años después se lograron las primeras certificaciones y exportaciones a Europa, primero de manera indirecta y luego por medio de la Masehual Xicaualis (la cooperativa propia) a Alemania, Holanda y Japón. Todo este proceso no sólo implicó una transformación de la forma de trabajo en las parcelas, sino que exigió hacer cambios y promover innovaciones en los ámbitos del acopio, la transformación y la comercialización del café [Ramírez, 2017: 150], para lo cual se impulsó un programa orgánico desde Tosepan para iniciar el periodo de transición, se diseñó una estrategia de capacitación y asistencia técnica en agricultura orgánica y se estructuró el sistema de control interno para gestionar el proceso de certificación.

Hoy en día, el programa orgánico está conformado por nueve laboradores (trabajadores productores): el coordinador, el responsable del control interno, seis promotores y un asesor. Hay 480 productores socios, de los cuales casi la mitad la constituyen socios activos, quienes acopian la producción obtenida en 240 hectáreas con la cooperativa (el resto no lo hace porque tiene los terrenos en transición,

algunos productores ya están muy mayores y otros prefieren vender a los coyotes cuando los precios son altos o cuando tienen urgencia de dinero). En el acopio, almacenamiento, beneficiado y comercialización participan otras 40 personas. Cada año se exportan, en promedio, 17.5 toneladas de café orgánico [Entrevista a Herminio, Cuetzalan, enero de 2023].

Por último, hay que mencionar también que, a partir de las discusiones colectivas y la decisión de fortalecer la autonomía de la organización, en 1998 se creó la Cooperativa de Préstamo y Crédito Tosepantomin (“dinero de todos”), a fin de impulsar instrumentos de apoyo solidarios que contribuyeran a financiar los procesos productivos y reproductivos. Antes de su creación, existía en Cuetzalan un sistema financiero comercial (Bancoppel, Compartamos Banco, Banamex, etc.), que no operaba en función de las necesidades de la comunidad, y que les negaba ser sujetos de crédito a muchos de los habitantes de la comunidad, además de asfixiar con altas tasas de interés a los pocos que lograban obtenerlo. Con esta premisa fue que alrededor de 1 400 socios decidieron crear una caja de ahorro solidaria (Tosepantomin), con un monto inicial de 636 mil pesos y con los objetivos de fomentar el ahorro entre las socias y los socios, impulsar proyectos productivos de éstos con los excedentes y recursos de la Tosepantomin, así como estar preparados ante adversidades que pudieran poner en riesgo su patrimonio, la integridad propia o de su familia, o ante otros gastos corrientes (escuela, modificaciones estructurales de la vivienda, entre otros). Al ser los ahorros la principal fuente financiera para otorgar créditos, Tosepantomin tiene autonomía de gestión y puede generar estrategias que no son dictadas por las instituciones crediticias, fomenta la cultura del ahorro y mejora la autoestima de sus socios al darles confianza en sí mismos y contribuir a su independencia económica [González y Julián, 2021].

Los efectos más importantes de Tosepantomin se refieren a generar empleos, disminuir la emigración, dinamizar la economía regional, fortalecer el sentido de seguridad de las familias, permitir agregar valor a los productos del campo, fortalecer las costumbres y la cultura, y contribuir a superar con mayor rapidez los efectos causados por los desastres naturales [Tosepantomin, 2021].

Se advierte así que Tosepan, en sus procesos de existencia, resistencia y re-existencia, va proponiendo otras formas de entender la “economía” y el trabajo desde relaciones de reciprocidad y solidaridad entre las personas y con la Madre Tierra.

“SUSTENTABILIDAD”

Este apartado muestra la visión y las prácticas de la cooperativa Tosepan respecto de la sustentabilidad, en tanto resiliencia comunitaria que establece una síntesis de los saberes científicos y los saberes no científicos a partir del imaginario propio, denominado *yeknemilis*, vida buena o buenos vivires, el cual concibe la “Naturaleza” como Madre Tierra, ser sagrado y animado que provee lo necesario para la vida humana y a quien se le debe agradecer y respetar. En la experiencia de Tosepan es posible evidenciar una visión que tiene puntos de encuentro con la “sustentabilidad” descolonial [Marañón y López, 2024], entendida, por un lado, como poder social, desde la totalidad y la socialización del poder, desde lo comunitario y, por otro lado, como relación de respeto y convivencia entre los humanos y la Madre Tierra. En ese sentido, la “sustentabilidad” descolonial está relacionada con el ejercicio de la sustentabilidad como una práctica que afecta todos los aspectos de la vida social y es impulsada por una autoridad colectiva cooperativa-comunitaria, lo que se presentó ya en el apartado de la autoridad colectiva. Asimismo, la “sustentabilidad” descolonial alude a las relaciones que se establecen entre humanos y con la Madre Tierra, que van contra las formas de opresión que la cosifican o mercantilizan desde el antropocentrismo propio del patrón de poder moderno/colonial y capitalista.

La visión de Tosepan se apoya en los principios y valores del *yeknemilis*, imaginario que orienta la acción social no sólo en relación con la “naturaleza”, sino en todos los ámbitos y aspectos de la vida social, desde la relacionalidad, complementariedad, solidaridad y autogestión. En este apartado se muestran prácticas relativas a la dimensión de la “sustentabilidad” descolonial como relación entre los humanos y la Madre Tierra.

Los socios de Tosepan, de origen masewal y tutunakú, tienen una concepción de “sustentabilidad” orientada a lograr una vida digna, cuidando a la Madre Tierra: “Por eso al momento de sembrar y de cuidar de nuestros animales pedimos a la Madre Tierra y al Padre Sol que provean para que tengamos buenas cosechas. No sembramos con la idea de obtener ganancias económicas, sembramos para reproducir con dignidad nuestra vida y la de los demás” [Albores, 2017].

Esta forma de convivir con la Madre Tierra puede apreciarse en los jardines de café y la producción orgánica, así como los programas de salud y vivienda sustentable.

JARDINES DE CAFÉ O KUOJTAKILOYAN

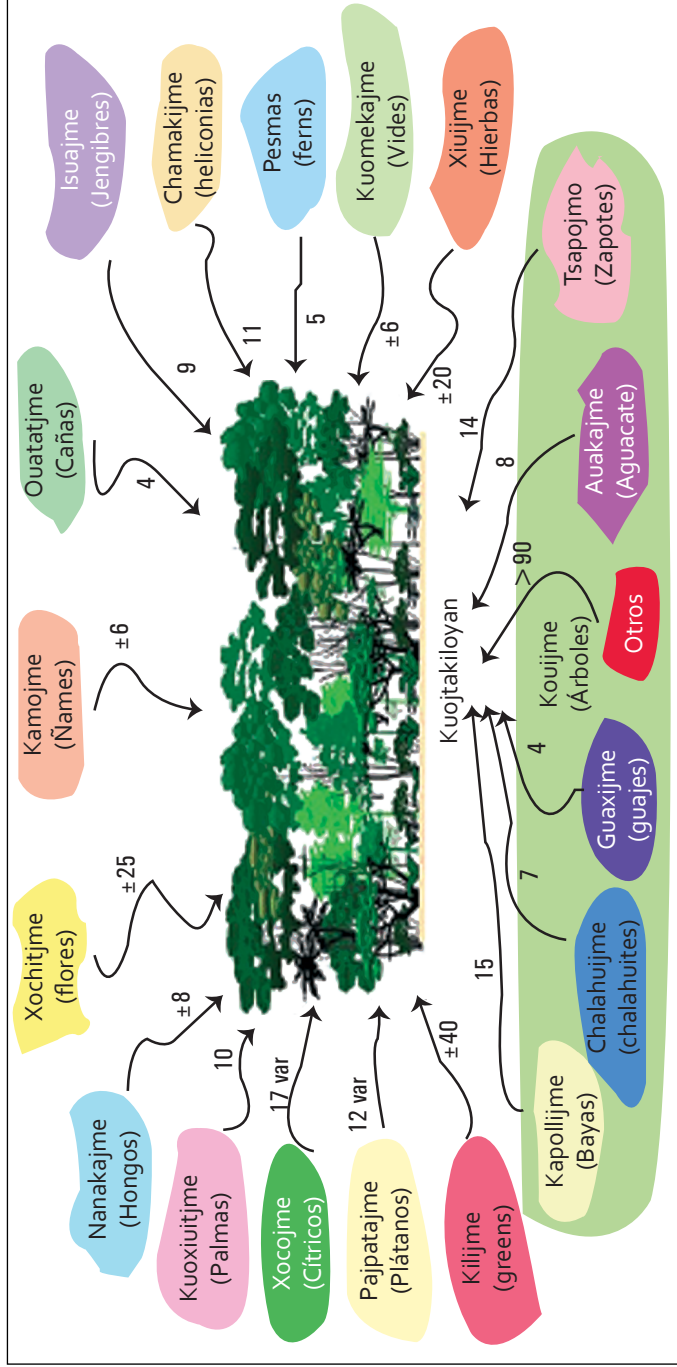
Con base en la valoración que tienen de la Madre Tierra, los masewal han desarrollado los jardines de café o *kuojtakiloyan* con arreglo a sus saberes y prácticas productivas, que se basan en la diversificación de actividades y cultivos, plantas, flores y árboles, para asegurar la obtención de alimentos, medicinas, plantas rituales y ornamentales, y árboles maderables, entre otros, destinados al consumo familiar y a la comercialización local, nacional e internacional, como es el caso del café. La sabiduría indígena se apropió literalmente de un cultivo exótico (el café, originado en África y traído a México a fines del siglo XVIII desde Europa), para adoptarlo y adaptarlo a los sistemas agroforestales nativos, sembrándolo acompañado de numerosas especies de plantas como parte de lo que técnicamente se llama policultivo, pues sólo a contar desde el decenio de los setenta se extendieron los cafetales “modernos”, especializados y sin cubierta forestal [Moguel, 2015]. De este modo, el jardín de café es una práctica extendida entre los productores de Tosepan: “a todas las parcelas les llamamos *kuojtakiloyan* que son parcelas muy diversas en árboles frutales, plantas medicinales y ornamentales; en una parcela no sólo encontrarás café, también naranja, mamey, flores que se pueden vender en la plaza, pimienta gorda” [Ofelio Julián, en González y Julián, 2021].

De acuerdo con un estudio realizado con Tosepan Titataniske, se encontró que una sola hectárea de café bajo sombra diversificada contiene entre 40 y 140 especies de plantas útiles tanto para el uso familiar y local como para su venta en los mercados nacional e internacional (figura 1) [Toledo *et al.*, 2015].

Los sistemas diversificados de café destacan por su importancia para mantener los equilibrios ecológico-“ambientales” y proporcionar elementos básicos materiales y subjetivos para la reproducción de los modos de vida “indígenas”, pues contribuyen a: 1) la “fábrica natural” de agua en las cuencas hidrológicas; 2) la conservación de suelos, al reducir su erosión e incrementar la aportación de materia orgánica y su fertilidad; 3) el mantenimiento de la biodiversidad al ser refugio de una gran variedad de especies de plantas y animales; 4) la retención de carbono; 5) la baja o nula contaminación por agroquímicos, y 6) la reducción del consumo de agua en el beneficiado del café y el reúso de la pulpa como composta [Moguel y Toledo, 1996].

El impulso a los jardines de café responde a valoraciones de tipo biológico-ecológico, ambiental, económico, cultural y social. Respecto a los valores

Figura 1
Sistemas tradicionales de café (*koujtakiloyan*) en Puebla



Fuente: Toledo et al. [2015].

económicos y productivos, el objetivo es combinar la producción para el mercado y el autoconsumo. Y respecto a las valoraciones espirituales y afectivas, la riqueza biológica existente en las regiones tropicales se ha conservado en virtud de las prácticas, creencias y conocimientos que preservan los grupos “indígenas” en la creación y el diseño de los jardines, pues la naturaleza se ve como la fuente primaria de vida que nutre, sostiene y enseña [Moguel, 2015: 44-45].

La sabiduría y las prácticas productivas *masewal* no se agotan en los jardines de café, también están presentes las milpas, en las que se siembran diferentes variedades de maíz, frijol, chile, calabaza y jitomate, y donde crecen diversos quelites que pueden contribuir a satisfacer necesidades de alimentación de las familias o pueden intercambiarse o venderse [González y Julián, 2021].

También destacan los acahuales, terrenos que se dejan descansar después de varios años de cultivo para que recuperen sus nutrientes, para obtener plantas medicinales, fibras, leña y una serie de alimentos —los cuales también podrían provenir de la carne de animales de caza— e insectos. Por último, se encuentran los huertos familiares o *kaltsintan*, o *traspatios*, que están localizados al lado o cerca de cada hogar, que por lo común son manejados por las mujeres y representan una importante reserva de productos alimenticios, medicinales, maderables, textiles, ornamentales y otros [Toledo *et al.*, 2015].

LA PRODUCCIÓN ORGÁNICA

La diversificación de los cafetales de sombra se ha visto fortalecida por las exigencias de los mercados de café orgánico y las normas emitidas por la Federación Internacional de Movimientos de Agricultura Orgánica (IFOAM), las cuales establecen no sólo que no se utilicen agroquímicos, que no se genere ninguna forma de contaminación ambiental y la exigencia de prácticas ligadas a la conservación del suelo y el agua, sino también el mantenimiento de una sombra diversificada que permita preservar la biodiversidad local y regional, incluidas las aves, para lo cual se requiere el cuidado del tipo y la diversidad de especies que componen los distintos estratos del agrosistema cafetalero. Como ya se mencionó, en 2001, la Tosepan inició su incursión en la producción de café orgánico, decisión que se aprobó colectivamente considerando la necesidad de diversificar los cultivos comerciales (como la pimienta gorda) sin dejar de lado la producción para el autoconsumo [Durán, 2018], lo que significó además el reencuentro con la Madre Tierra, con las prácticas que se habían ido

abandonando al cultivarlo según las indicaciones del Inmecafe: “Fue un paso importante para la organización, y para los socios voltear el rostro al pasado para reconocer el trabajo de l@s abuel@s [...]. Fue como un regresar al *ser y hacer campesino*” [Albores, 2017].

Don Bonifacio (abril de 2021) comparte la experiencia espiritual, la alegría interna, que significa la recuperación de una visión de cuidado de la vida y la Madre Tierra conseguida a partir del impulso de la producción orgánica:

¿Cuáles son los principales logros de este trabajo?, pues yo creo es la permanencia de árboles, de los cafetales, de pimientas, de flora, principalmente de flora, de plantas alimenticias, de plantas que son especie para la comida, para mí eso es. Donde yo veo un terreno con árboles, con café con pimienta, sientes alegría. Y yo creo que ese logro no tiene forma de morir.

TOSEPANKALI, TURISMO ECOLÓGICO ALTERNATIVO¹

Se origina a partir de la necesidad de brindar hospedaje y alimentos a los socios participantes en los cursos dictados por el centro de formación desde 2003, pues los servicios de hotelería en el centro de Cuetzalan eran discriminatorios ante la condición de “indígenas”. De este modo, en 2006 se decidió construir cabañas para el hospedaje de los socios y, para costear estos servicios, se decidió también construir otras cabañas para visitantes externos, teniendo en consideración un turismo alternativo. En 2008, se planteó el proyecto del hostel porque empezaron a llegar más visitantes; como lo hacían sólo por una noche, se optó por crear el *spa* para prolongar las visitas y, luego, con el mismo objetivo, se comenzaron a organizar visitas guiadas a diversos lugares de interés. Actualmente la cooperativa tiene un hotel, un hostel y varias cabañas, todos construidos con materiales de la región (bambú y piedra); se cuenta con captación de agua de lluvia y tratamiento de aguas negras y jabonosas, y también con calentadores solares.

En sus inicios, la cooperativa trazó una visión de futuro que consiste en los siguientes temas: 1) ambiente, porque la intención es impulsar un turismo

1. Este apartado se ha elaborado con los testimonios de Antonio Heredia, coordinador de To-sepangkalan [julio de 2021].

que respete el medio ambiente minimizando los impactos adversos e incorporar ecotecnias; 2) identidad, ya que se trata de una cooperativa o un movimiento de unión de cooperativas y debe fortalecerse el cooperativismo en términos de comunidad y de identidad náhuatl, para no folclorizar la cultura propia y correr el riesgo de debilitarla con el objetivo de obtener ingresos monetarios; 3) la formación de los socios y socias, quienes en general ingresan con bachillerato o secundaria; todos deben saber primeros auxilios, conducción de grupos de turistas y guianza, donde ya se tiene a un socio con la certificación del caso y con experiencia de trabajo en el cooperativismo, para que sea un aspecto de interés de los visitantes, y 4) en el tema económico se trata de generar empleo y beneficiar a las comunidades, de modo que los productores (de café, vainilla, cacao y piloncillo) también reciban ingresos monetarios por turismo, aprovechando el potencial turístico de la región.

En cuanto a lo organizativo, se tiene como un objetivo de mediano plazo que el organigrama sea horizontal, lo que permitiría tener las mismas condiciones para todos e impulsar una mayor motivación para el trabajo en equipo. En el tema de las funciones, como cooperativa existen los consejos de administración y de vigilancia, que también son propuestos por la asamblea propia de Tosepan Kali, en la que se elige al coordinador y los responsables de área. Cuando alguien empieza a trabajar en Tosepan Kali, tiene que ir conociendo todo, de modo que va pasando por todas las áreas durante un determinado tiempo (una semana o un mes), lo que permite saber en qué área puede desempeñarse mejor. Se empieza por recorrer las áreas: una semana en lavandería, una semana en la cocina, otra en atención a clientes. Se tiene una vinculación con la escuela secundaria para dar a conocer a los estudiantes los proyectos de la cooperativa y para que ellos ayuden en ciertas actividades de ésta, como apoyo a los guías en los recorridos.

En los últimos años se ha empezado a experimentar el servicio de hospedaje combinado y comunitario para visitantes extranjeros, en las instalaciones de la cooperativa y en las casas de las familias socias, para que el impacto no sólo se concentre en Tosepan Kali, sino también se extienda a la economía de los productores.

Cuando se inició la cooperativa, se priorizó incorporar a jóvenes socios y socias para que una vez acabada la secundaria y el bachillerato no migraran, sino que tuvieran un espacio laboral en la región. Luego se planteó ofrecer un turismo más allá del convencional con el fin de generar ingresos tanto para la

cooperativa como para los socios y socias, por lo que las rutas turísticas trazadas incluyen las comunidades, de modo que los ingresos captados se dispersen, a diferencia de lo que sucede en las grandes cadenas hoteleras y en los “pueblos mágicos”, donde los dueños son una sola persona y el dinero generado es para una sola persona. En Tosepan Kali se pretende que haya un beneficio colectivo, razón por la cual se buscan más rutas, la de la canela, de la miel, del piloncillo y del chocolate. También se ofrece una visita guiada para conocer el proceso de producción y procesamiento del café orgánico y apreciar las técnicas de cultivo sostenible y las prácticas orgánicas que respetan la biodiversidad, así como para degustar una taza de café recién tostado y descubrir sus distintos sabores y aromas.

SUBJETIVIDAD: YEKNEMILIS, CÓDIGO MASEWAL Y PROYECTO EDUCATIVO KALTAIXPETANILOYAN

Los socios de la cooperativa Tosepan empezaron, desde fines del siglo pasado, la recuperación de su cosmovisión, lo que se ha concretado en la propuesta del *yeknemilis* como un horizonte de sentido histórico, un nuevo imaginario social que persigue la vida buena y la felicidad, las cuales deben tratar de alcanzarse de manera integral. El *yeknemilis* rechaza la idea convencional del bienestar basada en el crecimiento económico y plantea otra forma de entender y organizar la vida para recuperar la cultura en armonía y respeto mutuo con la naturaleza. Desde esta visión se postula que, para alcanzar el bienestar humano y ecológico, deben priorizarse las interconexiones e interdependencias de todo el “metabolismo socio-natural” a diferentes niveles y, por ende, dar mayor visibilidad a las relaciones que a los sistemas económicos y políticos deslocalizados. Lo común y lo colectivo son los ejes determinantes para la propuesta [González, 2020: 24].

Yeknemilis significa la vida en armonía, no la vida buena del imaginario del desarrollo, nos dice el maestro Gabriel:

Nos decimos algunas cosas con los compañeros del grupo porque le llaman vida buena, y les digo: yo no estoy de acuerdo en eso, les digo; mis razones son porque yo no vi que mi abuelo buscara vida buena; para él era la armonía, que luego le preguntas a alguien; ¿Qué es vida buena? Ah, pues tener mi... pantalla, tener mi refrigerador y no tener que trabajar mucho, eso es

Yeknemilis se refiere a una cosmovisión de los pueblos masewal y se relaciona con la forma de vida entre los humanos y la naturaleza por medio de la espiritualidad.

Así lo comenta el maestro Gabriel, de San Miguel Tzinacapan, en la Sierra Norte de Puebla:

Yo tengo una referencia de un abuelo eh, indígena sí, es un prototipo de abuelo, y este... cuando él tenía que hacer una actividad en el campo, si tenía que cruzar la montaña, él pedía permiso, y entonces él... pues yo observaba que... platicaba solo, yo decía por qué es que mi abuelo platica solo, pero no, mi abuelo no platicaba solo, mi abuelo platicaba con la naturaleza; sí, mi abuelo este... pedía ese permiso a los guardianes de la naturaleza para poder internarse en un bosque para cortar un árbol, para sembrar la tierra, era una acción de espiritualidad [...], yo creo que esa parte es tan necesaria en toda la humanidad y en todas las sociedades porque hay un... hay una identificación, hay una compenetración con la naturaleza de tal manera que el... que el ser humano o que el hombre no es el que... el que tiene que... sujetar a la naturaleza a sus necesidades sino que en esta concepción filosófica de vida llamada cosmovisión... es el hombre, es el ser humano el que tiene que... formar parte de la naturaleza y darle el equilibrio, entonces *yeknemilis* es eso.

El profesor Gabriel resalta la importancia de la espiritualidad, del equilibrio de vida, entre los humanos y la “naturaleza”, a partir de los ritos:

Si, y una vez de, de niño le pregunto a mi abuelo este, cuando fuimos a sembrar, le digo abuelo, le digo: ¿por qué platicas solo, cuando siembras? No me contestó, se sonrió y nunca me contestó, y este me dijo, dice, por eso tienes que tener los oídos abiertos, dice, tienes que escuchar el viento, tienes que mirar la luz del sol, tienes que ver la sombra, tienes que oler las plantas, bueno... pensaba, bueno, si le pregunto al abuelo no me va a contestar porque, pero después las respuestas... en... en lo cotidiano, pues iba descubriendo esas respuestas, un día [...], llegamos al terreno, imaginemos que el terreno es aquí, aquí había un arco grande, entonces había trabajado el arado, la yunta ya para sembrar, llegó el día de la siembra, él se fue primero, se fue al centro del terreno, puso la... canasta con... el

maíz ya germinando para sembrar, y empezó a hacer una oración, pues ahí en el centro picó el terreno con la coa y este, depositó la primera semilla, ¿no? Como una ofrenda, y luego se regresó aquí a la orilla, y este; ah, no, de aquí se fue para acá, sembró.

En una asamblea realizada en 2017, las y los socios de la cooperativa delinearon los elementos centrales de lo que denominan una especie de constitución “indígena”, o *Código masewal*, que implicaría la construcción de un nuevo tipo de ciudadanía, desde abajo y desde su cosmovisión, saberes y prácticas, en diálogo intercultural con otras visiones. Se definen derechos culturales y territoriales masewal-tutunakú-mestizo; soberanía y seguridad alimentarias; identidad cultural; pueblos sanos en un entorno sano; comunalidad y buen gobierno; economía social y solidaria; educación con identidad para el *yeknemilis*; autonomía energética, y hogares y viviendas dignas [Tosepan, 2020a].

Junto con la producción de un nuevo imaginario histórico, en Tosepan, dada su cosmovisión “indígena” que mira la realidad social desde la totalidad, hay progresivamente un fortalecimiento de la cultura, la lengua y la identidad, y una mayor constatación de la importancia de la subjetividad en la lucha por la autonomía, el restablecimiento de la vida cooperativa-comunitaria y la convivencia, tratando de erradicar las relaciones de dominación y explotación, y la propia idea de “raza” como elemento de clasificación social jerárquica. Por tanto, la organización inició desde fines de los noventa una discusión interna en relación con la importancia de la recuperación de la identidad étnico-cultural, la lengua, la historia y los saberes, por medio de un proyecto educativo para resistir y re-existir.

Don Luis Márquez, fundador de la Tosepan, sostenía en 2003:

Cuando nosotros cumplimos los 20 años, vimos que lo que más se necesitaba para esta organización [...] está en el terreno de la educación. Entonces, es por eso que dijimos: vamos a crear una unidad que sea para mejorar los conocimientos básicos de la gente; pero también, que nos sirva como un muestrario de lo que se tiene que hacer para mejorar el campo, entonces se pensó en construir un local en donde se pudieran impartir estos conocimientos [González, 2020: 13].

En 2003 se inauguró el Centro de Formación Kaltaixpetaniloayan (lugar donde se abre el espíritu) —el Kalta— con la idea clara de ser “un centro para

la sustentabilidad”, una casa del despertar al conocimiento que encierra la esperanza de ser [González, 2020:11]. El Kalta se rige por siete grandes líneas de formación: 1) manejo integral de los recursos naturales, 2) conservación y mejoramiento del medio ambiente, 3) identidad étnico-cultural, 4) calidad humana, 5) formación de formadores, 6) desarrollo de capacidades, y 7) educación formal. Desde 2011, la Yeknemilis, A.C. tiene la responsabilidad de su administración y operación.

En el Kaltaixpetaniloyan se llevan a cabo también los talleres necesarios para el funcionamiento de la organización, entre ellos: 1) formación para las y los candidatos a cargos directivos de la Unión de Cooperativas; 2) planeación estratégica 2017-2057, para dialogar acerca de los objetivos de los próximos 40 años de la organización; 3) formación para la producción orgánica; 4) economía social y solidaria, y 5) rescate y estudio de la lengua náhuatl, entre otros [Ramírez, 2017: 151-152].

Otro proyecto es el modelo educativo Tosepan, que se puso en marcha el 2 de octubre de 2006 para incorporar a niños y niñas en los niveles de preescolar, primaria y secundaria a la construcción de una propuesta educativa culturalmente pertinente a una región indígena. Este modelo contempla:

cultivar el amor a la tierra, el desarrollo de habilidades extracurriculares, así como el fortalecimiento de la identidad indígena y cooperativa, privilegiando la filosofía de vida que ha regido al pueblo masewal y el movimiento cooperativo en la región; vigente desde hace 40 años [...]; desde el momento de la implementación del modelo se consideró la incorporación de la lengua originaria de la región, que en este caso es la lengua masewal (náhuatl) [González, 2020: 108].

Contar con preescolar, primaria y secundaria refuerza las posibilidades de incidencia para las nuevas generaciones hacia el enfoque del trabajo cooperativo de toda la comunidad y la esperanza que en ellos se deposita para alcanzar el *yeknemilis*. La escuela Tosepan es diferente a otras de la región porque trabaja en relación con el *yeknemilis* y mediante valores concretos para conseguir la vida buena [Albores, 2019: 59].

La experiencia de la UCTT es muy importante para imaginar y practicar otros mundos de convivencia y solidaridad. Existen otros casos en México que tienen el mismo sentido convivencial y solidario, pero difieren en su

alcance de autonomía, pues, por ejemplo, el zapatismo en Chiapas implica una autonomía de hecho que rechaza la relación con el Estado y trata de edificar su proyecto alternativo de sociedad bajo un control estricto del territorio. En una situación intermedia se encontraría el caso del Consejo Mayor Cherán K'eri, en Cherán, Michoacán, el que, a partir de un proceso de lucha contra los talamontes en 2011, se fue convirtiendo en un proceso autonómico reconocido constitucionalmente en el que la autoridad comunal ejerce el gobierno del territorio, sin la participación de los partidos políticos, pero recibiendo apoyos federales y estatales. En cambio, Tosepan es una experiencia que está construyendo sus procesos de resistencia desde su propio gobierno comunal-cooperativo, defendiendo su territorio del extractivismo, sin ejercer un control estricto del mismo, como en el caso zapatista, y en colaboración con el Estado (federal, estatal y municipal), pero canalizando los apoyos según sus prioridades y realizando la gestión de manera autogestionaria.

PARA CONCLUIR

La experiencia de la Unión de Cooperativas Tosepan Titataniske nos muestra que existen otras formas de vivir alejadas del “desarrollo”, el individualismo, la acumulación de capital y el sometimiento de la Madre Tierra. Esta experiencia, impulsada por sectores sociales históricamente racializados por la colonialidad del poder, desde la relacionalidad, la igualdad social, el respeto a la Madre Tierra, el trabajo colectivo y el autogobierno, produce otros sentidos de vida y, en ese caminar, otras formas de entender la “economía” y la “sustentabilidad” que destacan por la solidaridad, la cooperación y la reciprocidad. Existen también logros importantes en materia de sexo-género; ejemplo de ello es la fuerte presencia de las mujeres en cargos de dirección de la Unión, de las cooperativas regionales y locales, un esfuerzo por realizar las actividades cotidianas en la cooperativa y en los hogares sobre la base de la igualdad.

BIBLIOGRAFÍA

Aguilar, Á. [1986], “La comercialización de la pimienta gorda a través de la Cooperativa Agropecuaria Regional Tosepan Titataniske en la Sierra Norte de Puebla”, tesis, Nayarit, Escuela Superior de Agricultura-Universidad Autónoma de Nayarit.

- Aguilar, Á. y Mora, S. [1991], “Participación de la Cooperativa, Agropecuaria Tosepan Titataniske en la estructura del poder regional y su influencia en el desarrollo rural. El caso de la región Cuetzalan: Sierra Norte de Puebla”, tesis de Maestría en Desarrollo Rural, División de Ciencias Sociales y Humanidades- UAM Xochimilco.
- Albores, M. [2019], “La mirada situada y la construcción del modelo educativo Kalnemachtiloyan: la experiencia del movimiento cooperativo indígena Tosepan Titataniske”, tesis de Maestría en Desarrollo de la Práctica Educativa en el Medio Rural e Indígena, Puebla, Cesder.
- Albores, M. [2017], “México, Tosepan: 40 años unidos hombres y naturaleza”, *International Alliance of Inhabitants*, recuperado de <<https://n9.cl/n85u4>>.
- Amaro Capilla, M. [2017], “El Comité de Ordenamiento Territorial Integral de Cuetzalan del Progreso (COTIC) y el ordenamiento territorial integral como instrumentos de defensa del territorio”, tesis de Maestría en Desarrollo Económico y Cooperación Internacional, Puebla, UAP.
- Bartra, A. [2018], *¡Somos Tosepan! 40 años haciendo camino*, México, Rosa Luxemburg Stiftung.
- Beaucage, P. [2012], *Cuerpo, cosmos y medio ambiente entre los nahuas de la Sierra Norte de Puebla. Una aventura antropológica*, México, UNAM/Plaza y Valdés/Unión de Cooperativas Tosepan Titataniske.
- Beaucage, P., Durán Olguín, L., Rivadeneyra Pasquel, I. y Olvera Ramírez, C.M. [2017], “Con la ayuda de Dios. Crónica de luchas indígenas actuales por el territorio en la Sierra Nororiental de Puebla”, *Journal de la Société des Américanistes*, 103 (1): 239-260.
- Durán Olguín, L. [2018], “La innovación agrícola en manos de los campesinos: reflexiones desde el movimiento cooperativo indígena Tosepan”, tesis de Maestría en Desarrollo Rural, México, UAM Xochimilco.
- González, A. [2020], “Kaltaixpetaniloyan, casa donde se abre el espíritu. Soñando el despertar del pueblo masewal”, tesis de Maestría en Desarrollo Rural, UAM.
- González, A. [2019], “Entrelazando modelos económicos alternos”, entrevista de Fernanda Lattuada, *Clavigero*, ITESO, recuperado de <<https://n9.cl/8u65iq>>, consultado el 16 de marzo de 2023.
- González, S. y Julián, O. [2021], “La Unión de Cooperativas Tosepan en Cuetzalan, Puebla: construcción colectiva hacia el yeknemilis”, en Boris Marañón, Hilda Caballero y Sandra González (coords.), *El trabajo recíproco y buenos vivires en México ante la crisis irreversible de la colonialidad-modernidad capitalista*, México, IIEC-UNAM.
- Linsalata, L. [2017], “De la defensa del territorio maseual a la reinención comunitario-popular de la política: crónica de una lucha”, *Estudios Latinoamericanos*, nueva época, 40: 117-136.

- Marañón, B. [2017], “Notas sobre la solidaridad económica y la decolonialidad del poder”, en J.L. Coraggio (ed.), *Miradas sobre la economía social y solidaria en América Latina*, Buenos Aires, Clacso/Los Polvorines/Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Marañón, B. [2016], “Notas sobre lo ‘público’ y lo ‘privado’ para la reproducción ampliada de la solidaridad económica y del buen vivir”, en Boris Marañón (coord.), *Políticas para la solidaridad económica y el buen vivir en México*, México, IIEC-UNAM.
- Marañón, B. y López, D. [2024], “La ‘sustentabilidad’ descolonial: socialización del poder, interculturalidad y buenos vivires”, en Walter Mignolo, Boris Marañón e Hilda Caballero (coords.), *Diálogos descoloniales desde diversos espacios y tiempos para la reproducción de la vida*, tomo II, México, IIEC-UNAM.
- Martínez, E. [1991], *Organización de productores y movimiento campesino*, México, Siglo XXI.
- Moguel, P. [2015], “Los múltiples valores de los agrobosques indígenas”, en Víctor Toledo (ed.), *El kuojtakiloyan, patrimonio biocultural náhuatl de la Sierra Norte de Puebla*, México, Conacyt.
- Moguel, P. y Toledo, V. M. [1996], “El café en México, ecología, cultura indígena y sustentabilidad”, *Ciencias*, 43, julio-septiembre: 40-51.
- Payán F. [1992], “Cooperativas agrícolas y defensa del excedente campesino: la comercialización del café en la Cooperativa Tosepan Titataniske”, México, Colegio de Postgraduados.
- Post, E. [2021], “Hydroelectric extractivism: infrastructural violence and coloniality in the Sierra Norte de Puebla”, *Journal of Latin American Geography*, 3: 49-95.
- Ramírez, A. [2018], “El cooperativismo integral de la Unión de Cooperativas Tosepan Titataniske: Un proceso de territorialización de los sujetos locales, San Cristóbal”, inédito.
- Ramírez, A. [2017], “*Timosempaleuia uan timoskaltia ika se kuali yeknemilis*. Unión de Cooperativas Tosepan: Estrategias de cooperativismo integral para la descolonización, autogestión y buen vivir”, tesis de Maestría en Ciencias en Recursos Naturales y Desarrollo Rural, México, Colegio de la Frontera Sur.
- Toledo, V. [2015], *El kuojtakiloyan, patrimonio biocultural náhuatl de la Sierra Norte de Puebla*, México, Conacyt.
- Tosepan [2020b], *Códice Masewal. Plan de vida. Tikochitah tisentekitiskéh ome powal xiwit. Soñando los próximos 40 años*, parte 2, México, 2020.
- Tosepan [2020a], *Códice Masewal. Plan de vida. Tikochitah tisentekitiskéh ome powal xiwit. Soñando los próximos 40 años*, parte 1, México, 2020.
- Tosepantomín [2021], Presentación Power Point, julio y diciembre (no publicado).

Zuckerhut, P. [2016], “Pluriversalidad exitosa: epistemologías y ontologías de los maseuales del municipio Cuetzalan, México”, *Trama, Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 6 (2): 41-56.

RELACIÓN DE DIÁLOGOS

Bonifacio Iturbide, abril de 2021.

Don Romualdo, julio de 2021.

Herminio, enero de 2023.

Maestro Gabriel, noviembre de 2017.

III.
REFLEXIONES
FINALES

REFLEXIONES FINALES

Boris Marañón • Hilda Caballero

Los trabajos presentados a lo largo del libro muestran la necesidad apremiante de buscar soluciones que partan del desarrollo alternativo y de las alternativas al desarrollo ante la convergencia de diversos problemas históricos y climáticos que ponen en riesgo las bases materiales de la vida en el planeta. El desarrollo está siendo cuestionado y hay críticas que proponen superar sus dificultades (desarrollo alternativo) y otras que plantean sustituirlo por visiones diferentes (alternativas al desarrollo), como los buenos vivires, la comunalidad y los comunes.

Los análisis reunidos en esta obra buscan contribuir a enfrentar las presiones diversas que históricamente han generado mayores desequilibrios sociales y ecológico-ambientales, expresados en crecientes índices de desigualdad y pobreza entre la población rural en México y la devastación de amplios territorios, en contextos en los que las políticas públicas estatales son limitadas u omisas para resolverlos.

Las reflexiones críticas y las propuestas alternativas en términos teórico-metodológicos y de prácticas políticas promueven una mirada crítica e integral de lo que hasta ahora se ha entendido como “desarrollo”, vinculado en particular a crecimiento económico, y que legitima y perpetúa relaciones de opresión y extracción de bienes naturales a partir de considerar las necesidades del capital, el mercado y las grandes corporaciones. En los estudios de caso se presentan análisis de problemas situados en territorios específicos, así como de las propuestas que están construyendo las comunidades, y se da cuenta de la heterogeneidad histórico-estructural del sector rural y de la diversidad de estrategias que emprenden para tratar de resolver sus necesidades más apremiantes.

Dichas estrategias, como lo muestran las experiencias estudiadas, muchas veces se van distanciando de las concepciones y prácticas vinculadas al pensamiento dominante sobre el “desarrollo”.

Se trata de sentipensamientos y prácticas que rechazan producir, mercantilizar y acumular ganancias sobre la base de perpetuar las desigualdades sociales, la verticalidad en la organización colectiva de la vida, la imposición violenta de modos de vida universalizantes desde la racionalidad instrumental y el eurocentrismo. Pugnan por abrir espacio a los saberes propios y tratan de incorporar innovaciones y tecnologías no invasivas ni destructoras de los territorios, y de impulsar prácticas de cuidado de los ecosistemas que son parte de su sustento. Estos saberes y prácticas buscan restablecer los equilibrios en la relación sociedad-naturaleza con base en una racionalidad que pone en el centro la reproducción de la vida (humana y no humana) y que se distancia de la lógica empresarial de reproducción de capital. Esto sin desconocer las dificultades y contradicciones que afrontan, en donde hay procesos de resignificación de los conceptos y las prácticas, como la resiliencia que desde las realidades concretas identifica la necesidad de diversificar las estrategias y habilidades (autosuficiencia, aprendizaje, conectividad) para enfrentar los desequilibrios externos y locales.

En el conjunto de experiencias estudiadas se identifica que se trata de un nuevo horizonte de sentido (alternativo al desarrollo) que plantea el reconocimiento y la comunicación entre los diversos, sin que la diferencia signifique jerarquía, y permite dar cuenta de la emergencia de una nueva intersubjetividad mundial, una diversidad de “movimientos de la sociedad” impulsados por sectores “indígenas”, populares, campesinos, que al resistir el despojo y la destrucción capitalista de los ecosistemas van construyendo alternativas de trabajo y de vida basadas en la organización comunitaria, el trabajo colectivo, la igualdad social y el autogobierno, para distanciarse y eliminar diversas formas de opresión.

HILDA CABALLERO

Académica en el Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (IIEC-UNAM). Doctora y maestra en Estudios Latinoamericanos y licenciada en Sociología, por la UNAM. Sus áreas de investigación derivan de una perspectiva crítica al desarrollo capitalista, en temas relacionados con pobreza, marginalidad, desigualdad, políticas públicas, consumo, solidaridad económica y sustentabilidad, desde la perspectiva crítica de la descolonialidad del poder. Ha sido coordinadora de libros, autora y coautora de capítulos de libros, artículos en revistas y ponente en reuniones académicas nacionales e internacionales. Docente y tutora en el Posgrado en Estudios Latinoamericanos y en licenciatura en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Correo de contacto: <hildac@unam.mx>.

BORIS MARAÑÓN PIMENTEL

Nació en Perú y vive en México, donde se doctoró en Estudios Latinoamericanos en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y obtuvo la Maestría en Ciencias Sociales en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso). Actualmente es investigador titular del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM y profesor de licenciatura en el Centro de Estudios Sociológicos (CES) en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Está interesado en la des/colonialidad del poder para sentipensar y actuar para la transformación de la sociedad; en ese sentido, ha coordinado diversos proyectos colectivos, entre ellos un par de grupos de trabajo del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (Clacso), problematizando sobre la

solidaridad económica, la interculturalidad, espiritualidad y los buenos vivires descoloniales. En trabajos recientes se ha propuesto la coinvestigación para impulsar la interculturalidad y una relación sujeto/sujeto con los colectivos con quienes se hacen las investigaciones. También ha acompañado el trabajo de diversos colectivos solidarios. Correo de contacto: <maranonboris@gmail.com>.

ISMAEL NÚÑEZ

Académico del Instituto de Investigaciones Económicas (IIEc) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM); miembro de la Unidad de Investigación de Economía del Conocimiento y Desarrollo. Es economista por la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Xochimilco, doctor en Ciencias de la Administración por Facultad de Contaduría y Administración de la UNAM y diplomado en Administración de Tecnología por el Centro de Investigaciones Teóricas de la UNAM. Premio “Ernest Feder” en la UNAM por una investigación sobre la industria alimentaria mexicana. Premio a la investigación económica por el IIEc-UNAM el estudio sobre el cambio tecnológico en las agroindustrias y en la agricultura mexicana. Coordinador del Proyecto y la Red Pensamiento Latinoamericano sobre el Cambio Tecnológico y la Innovación para el Desarrollo: <<https://pensalatitec.iiec.unam.mx/>>. Correo de contacto:<ismaeln@unam.mx>.

ARGELIA SALINAS ONTIVEROS

Investigadora del Instituto de Investigaciones Económicas (IIEc) de la UNAM, adscrita actualmente a la Unidad de Investigación Economía del Sector Agroalimentario. Coordinadora de la Unidad de Investigación del Sector Primario de 2006 a 2012. También fue coordinadora del Seminario de Economía Agrícola durante el mismo periodo. Licenciada en Economía, Facultad de Economía de la UNAM, con estudios de Maestría en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM y de Doctorado en Investigación Económica en la Universidad Complutense de Madrid. Sus publicaciones más recientes son: *El rezago tecnológico de la agricultura campesina en México. Problemática y posibles alternativas con aprovechamiento de recursos de origen nacional*, IIEc-UNAM, 2021, así como, *Impactos de la crisis económica y sanitaria en la producción de alimentos y la seguridad alimentaria en México*, IIEc-UNAM, 2022. Correo de contacto: <argelia@unam.mx>.

VÉRONIQUE SOPHIE ÁVILA-FOUCAT

Investigadora del Instituto de Investigaciones Económicas y miembro del Consejo Directivo del Laboratorio Nacional de Resiliencia Costera, ambos en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Doctora en Economía Ambiental y Manejo de Ecosistemas en la Universidad de York, Reino Unido. Maestra en Manejo de Costas Tropicales por la Universidad de Newcastle Upon Tyne, Reino Unido, y bióloga por la UNAM. Sus investigaciones se han centrado en el estudio de la resiliencia de los sistemas socioecológicos, en particular el papel de la diversificación sustentable en los medios de vida, el bienestar y el desarrollo de los hogares rurales. También ha estudiado la valoración de los servicios ecosistémicos y los impactos de las políticas públicas. Correo de contacto: <savila_1@yahoo.com.mx>.

UBERTO SALGADO NIETO

Doctor en Economía e investigador asociado del Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM, con líneas de investigación que abarcan el desarrollo económico, la migración, los mercados laborales, la sustentabilidad y el cambio climático. Actualmente desarrolla un proyecto enfocado en los medios de vida y la pobreza rural en México, respaldado por su experiencia en numerosos proyectos del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica y el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, así como en la investigación multinacional franco-mexicana Trayectorias de los Sistemas Socioecológicos en Cuencas Latinoamericanas: Enfrentando la Complejidad y Vulnerabilidad en el contexto del Cambio Climático (Trasse). Su destacada producción académica comprende la coordinación de dos libros, la autoría de 35 capítulos y 26 artículos científicos, además de una activa labor de difusión que incluye dos invitaciones a impartir conferencias magistrales por su amplia trayectoria en temas migratorios, además de la presentación de alrededor de 40 ponencias en diversos eventos nacionales e internacionales. Correo de contacto: <ubesk8@gmail.com>.

CRISTINA GONZÁLEZ QUINTERO

Doctora en Ciencias de la Sostenibilidad por la UNAM, maestra en Ciencias en Desarrollo Sostenible por el Tecnológico de Monterrey y bióloga por la UNAM. Es candidata del Sistema Nacional de Investigadoras e Investigadores. Ha desarrollado una trayectoria interdisciplinaria orientada a comprender y atender

los retos del cambio climático, con el objetivo de generar conocimiento que fortalezca las capacidades de resiliencia y adaptación en comunidades y territorios vulnerables. Su experiencia profesional abarca la colaboración con organismos internacionales, el sector gubernamental, la sociedad civil y la academia. En el ámbito docente, ha impartido asignaturas relacionadas con política ambiental, sustentabilidad, socioecosistemas y economía ambiental, promoviendo una perspectiva crítica e interdisciplinaria. Correo de contacto: <crisrina.gq@unam.mx>.

ULISES SÁNCHEZ GUERRERO

Es licenciado en economía por la Facultad de Economía de la UNAM y realizó estudios de especialización en microfinanzas en la Unidad de Posgrado de la misma institución. En 2016 recibió la medalla “Gustavo Baz Prada” por su compromiso social. Actualmente es técnico académico asociado C de la Unidad de Economía Ambiental en el Instituto de Investigaciones Económicas de la UNAM y miembro activo del Laboratorio Nacional de Resiliencia Costera (Lanresc). Cursa una maestría en Business Analytics en el programa Powered by ASU de la Universidad Autónoma de Guadalajara en alianza con Arizona State University. Ha sido analista de datos y colaborador en diferentes proyectos y artículos de investigación en temas de migración, mercados de trabajo y economía ambiental. También ha sido consultor independiente en proyectos de sustentabilidad para TEEB AgriFood Café México, WWF y Biofin México. Correo de contacto: <ulises.sg@comunidad.unam.mx>, <jesuis.sulisesg@gmail.com>.